

Angell no se equivocó al asegurar que la destrucción del ejército alemán y el haber perdido un alto porcentaje de su marina mercante, no evitaría que las exportaciones del Reich siguiesen penetrando en los mercados mundiales.

Así quedó suficientemente probado después del armisticio de 1918 y después del Tratado de Versalles, época durante la cual fué tan prodigioso el crecimiento de la industria y del comercio de Alemania, derrotada, como lo había sido después de la guerra del 70, victorioso y convertido el Reich en el grande y cohesionado imperio de Bismarck.

Y lo fué, después de la primera guerra mundial, como ya se ha demostrado, gracias al auxilio económico de las potencias aliadas, ni más ni menos, cuyos barcos tanto transportaban sus propias manufacturas como las exportaciones alemanas.

Sería difícil encontrar demostración más evidente de cómo son agudas las contradicciones del capital monopolista; porque ligado y conectado de un país a otro por medio de grandes monopolios financieros internacionales, cooperando y ayudándose mutuamente, llega a producir, por otra parte, desquiciamientos como los que ha presenciado la humanidad en los últimos años.

Pero ciñendo esta lección a realidades concretas, vamos a ellas de lleno aprovechando, una vez más, los apuntes del maestro Quintana, quien confirma, basado en cifras y en estadísticas incontrovertibles, la invasión de los mercados de Inglaterra, de Norteamérica y de Francia, así como sus territorios coloniales, con productos de procedencia alemana, sin que haya sido posible detener esa invasión. Dice así el señor Quintana:

“El progreso de Alemania se desarrolla después de su triunfo sobre Francia en 1870. Hay entonces una era de paz en toda Europa, durante la cual la industria y el comercio se desenvuelven en forma inusitada, especialmente en el nuevo Imperio alemán, cuya producción carbonífera, de hierro y de tejidos ha podido fortalecerse con la posesión de Alsacia y de Lorena. Ha surgido una nación nueva y fuertemente vigorosa, dispuesta a competir con sus productos en los mercados mundiales, que va penetrando en las colonias de la propia Inglaterra y de la propia Francia, y que va derrumbando los viejos procedimientos industriales anglofranceses con el empuje de una nueva técnica de producción y de venta.”

A continuación ofrece el autor de referencia una serie de infor-

maciones estadísticas, minuciosamente detalladas, sobre la forma en que se realizó la prosperidad alemana desde 1880 hasta 1910. Esos datos tienen enorme importancia, tanto para el sociólogo como para el historiador y el economista, porque dan una idea exacta de la forma extraordinaria en que pudo desarrollarse y ocupar posición destacadísima en el mundo la nación teutona.

De las tablas agrícolas publicadas en la Memoria del Dresdner Bank, en 1913, se desprende que Alemania pudo ponerse a la cabeza de todos los países agrarios, en virtud de sus métodos científicos para explotar la tierra, de la enseñanza técnica de la agricultura y de la aplicación de abonos en fabulosa cantidad, habiendo llegado a consumir tanta potasa como todos los demás países del mundo juntos.

Tan intensa como su agricultura era la industria de Alemania; y tan intenso como el trabajo en el campo y como el trabajo en el taller, el incremento sistemático de la enseñanza pública, dispuestos los alemanes a realizar metódica y conscientemente su progreso, acabando con la ignorancia y con el analfabetismo.

Revolucionó también Alemania el viejo sistema europeo de distribución y de venta concediendo amplios créditos, estudiando la psicología y las preferencias de sus clientes, hablándoles y escribiéndoles en su propio idioma, mezclándose con ellos y adaptándose a sus costumbres.

Así logró la floreciente nación penetrar con firmeza en todos los mercados mundiales, lo que tenía que agudizar la lucha interimperialista de las grandes potencias.

Al Reich no le han sido indispensables sus colonias

Lo relatado hace pensar, como se explicó al final del capítulo anterior, que ni en aquella época, ni después del Tratado de Versalles, era el aspecto colonial de importancia decisiva para el Estado alemán. Y no lo era porque aplicando la técnica moderna a su agricultura intensiva, a su industria poderosa y a sus métodos nuevos de distribución, Alemania ha podido aprovechar, efectivamente, las colonias de las demás potencias, sin riesgos, sin acorazados, sin las fuertes erogaciones que implica la colonización, habiéndole sido posible exportar sus manufacturas e importar las materias primas que necesitaba para su producción industrial.

Sobre el particular afirma el documentado economista señor

Quintana: "El alemán no necesitaba, realmente, de posesiones coloniales. Gustavo Le Bon relata en alguno de sus libros que viajando se encontró con un economista germano, con quien comentaba el dominio francés sobre Marruecos y las ventajas evidentes que Francia obtenía de sus colonias.

"Una vez que los ejércitos de otras naciones han peleado para la conquista de un territorio —repuso el alemán—; y así que han establecido el complicado sistema de gobierno colonial, gastando mucho dinero y perdiendo muchas vidas en esa conquista, los alemanes recogemos el producto del sacrificio y del esfuerzo de nuestros contrincantes, tan pronto como podemos establecer nuestras tiendas y nuestros almacenes, sin gasto ninguno para nuestro país."

"El mismo sabio alemán hacía notar a Le Bon que casi todos los hoteles de la costa francesa eran alemanes; y que el alemán se acomodaba más sólidamente que los otros europeos en cualquier parte del mundo, debido a su facilidad de adaptación y a su conocimiento de la psicología de los nativos y principalmente de los compradores.

"Tratando con el cliente el alemán es mexicano en México, colombiano en Colombia, chileno en Chile, peruano en el Perú; pero dirigiendo su negocio siempre es alemán: alemán capitalista y alemán imperialista. Responde a su programa de gobierno: "Alemania sobre todos". Es decir, "Deutschland über alles".

En los párrafos transcritos puede observarse con la más absoluta claridad el fenómeno de la lucha imperialista; y es fácil observar, de igual manera, la forma eficaz en que fueron los alemanes predominando mucho tiempo antes de la guerra del 14, y después del Tratado de Versalles, en el comercio internacional.

En el caso concreto de Inglaterra aprovecharon el método libre-cambista inglés para invadir sus mercados, vendiéndose la mercancía alemana a precios muy bajos. El público consumidor, naturalmente, acogió de muy buena gana esta invasión, prefiriendo los productos de Alemania por sus buenas condiciones de precio y porque prestaban el mismo servicio que los productos ingleses o franceses.

"El Gobierno de la Gran Bretaña —asegura el autor mexicano ya referido— juzgó que esa preferencia dependía de que el público ignoraba el origen de dichos productos; y que dándolo a conocer, el patriotismo inglés actuaría de modo que se prefiriesen los artículos nacionales. Exigió, por consiguiente, que a la mercancía alemana

introducida en Inglaterra o en sus colonias, se la marcara con la frase "Made in Germany", para que se conociera su procedencia. Pero los ingleses defraudaron las intenciones de su Gobierno y siguieron comprando los artículos que llevaban esa marca impresa.

"Estableció también Alemania el sustituto de los productos naturales por los sintéticos, pudiendo prescindir de gran número de materias colorantes ofrecidas al hombre por la naturaleza, cuyo lugar tomaron los productos de laboratorio; y pudo prescindir, igualmente, del salitre de Chile y de otros nitratos naturales, llegando a fabricar sus abonos químicos en enormes cantidades, con aumento notable de sus cosechas agrícolas.

"Con apoyo, pues, en la técnica científica y en sus productos de laboratorio, Alemania era un competidor al que no se le podía hacer frente con los viejos sistemas de la industria tradicional inglesa y francesa, adormecida sobre viejos laureles de más de cien años de dominación comercial y económica. Y como los Estados Unidos siguieron la escuela de sus maestros de la Gran Bretaña, se encontraron, por lo mismo, en iguales o parecidas condiciones.

"Los fabricantes extranjeros estaban acostumbrados a comprar la maquinaria inglesa, fuerte, compacta, pesada, eficiente y de gran duración. Pero esa maquinaria era en extremo cara por su costo original y por los altos fletes y derechos que debían pagarse a causa de su peso excesivo. Los alemanes, en cambio, pudieron presentar la misma máquina para igual trabajo, rebajando al mínimo su peso y sus medidas, de tal manera que pudiera venderse en mejores condiciones y a precio mucho más bajo. En esa forma fueron apoderándose de grandes renglones de exportación, especialmente en los ramos de mercería y ferretería.

"Pero la gravedad del caso no sólo dimanaba de la presentación y el precio de los productos manufacturados, sino también —como ya se dijo antes— del sistema germánico de venta. El inglés vendía lo suyo "porque era bueno", acogido al lema anglosajón de "tomar o dejar", teniendo el cliente que sujetarse a las condiciones que imponía el exportador británico. Ni siquiera se preocupaban los ingleses de escribir una carta que no fuese en su propio idioma, que los importadores tenían por fuerza que conocer o mandar a traducir.

"El alemán, en cambio, llegó hasta el cliente por otros medios. Al hispanoamericano, por ejemplo, escribiéndole y hablándole en castellano, haciendo uso de sus propios modismos regionales y recor-

dándole antiguas o nuevas relaciones, especialmente familiares. Así logró Alemania, antes de la guerra de 1914, y al reorganizarse y compactarse después de la derrota de 1918, ocupar un sitio preferente en todos los mercados del mundo."

Qué se entiende por "espacio vital"

Si el sistema del gran capitalismo obedeciese a normas absolutamente lógicas, es indudable que por la propia interdependencia económica de los diversos núcleos monopolistas, rivales hasta cierto punto pero íntimamente unidos en otros aspectos, se hubiera podido mantener la estabilidad y se habría logrado el equilibrio de la producción y del consumo mundiales.

La realidad demuestra, sin embargo, y las estadísticas así lo pregonan, que las contradicciones tremendas de ese régimen, que el inmoderado afán de lucro de la poderosa plutocracia de unas y otras potencias, que sus fantásticas explotaciones, junto con las doctrinas políticas o mesiánicas de dominación; que todo eso, sin remedio, conduce fatalmente a que los amos del poder, de la riqueza y de la fuerza lancen a los pueblos unos en contra de los otros.

Así Guillermo II, no satisfecho con la prosperidad de Alemania a la sombra de la paz, del trabajo, de su gran producción industrial y agrícola; no satisfecho con la grandeza y la tranquilidad de su pueblo; no satisfecho, tampoco, con las colonias que a la sazón poseía el Reich en Africa y en otras regiones del planeta, con una superficie casi seis veces mayor que todo el territorio de la metrópoli, lanzó por fin a su patria en la hecatombe de 1914, puestos los ojos del Kaiser, de su casta militar y de los industriales germanos en la Europa Central, en Francia, desde luego, y en el enorme poderío británico que deseaban quebrantar.

Quería el Gobierno de Berlín, con el respaldo de las clases privilegiadas, de los grandes manufactureros y de la poderosa banca nacional, nuevas tierras, campos mayores de explotación, conquistas sin duda innecesarias, porque ya se ha visto que Alemania competía con los demás imperialismos en sus propias posesiones extracontinentales.

Pero no había quien detuviese la ambición del último soberano Hohenzollern, poseído de que era un enviado de Dios para imponer su voluntad al mundo. Y así la tranquilidad, el optimismo, los hábi-

tos honestos del laborioso pueblo alemán, la alegría de sus hogares, todo lo que era vida y generoso sentimiento de humanidad y de concordia, se convirtió en tragedia.

Pasaron los años; se repuso el Reich de sus heridas; volvieron a ponerse en pie de producción los campos agrícolas y las industrias alemanas; penetraron de nuevo los comerciantes teutones en las colonias de sus rivales; obtuvieron los capitanes de las fábricas y de las finanzas materias primas y empréstitos para su producción en gran escala.

Mas he aquí que surge otra vez el mesianismo, heredado del Kaiser, heredado de Hegel, heredado de toda una serie de filósofos y de pensadores, de políticos y de militares, cuya manía de mando y de superioridad racial viene a formar el ideario del nazifascismo, antihumano por antidemocrático.

Surge, pues, otro Guillermo II en la figura de Hitler, con idénticas ambiciones de poder y de dominio, con su mística guerrera, sintiéndose también apoyado por la divinidad.

Hitler, como el destronado y ya muerto Emperador, lanzó de nuevo al pueblo de Alemania al crimen de la guerra, con el ánimo resuelto a emplear toda su fuerza contra Francia y los demás países, más o menos preparados o más o menos débiles de Europa, pero puesta siempre la mirada en el poderío colonial, naval y económico de la Gran Bretaña.

Ciertamente que Inglaterra es la potencia mayor y de más intenso y extraordinario poderío que se conoce en la Historia, con su fantástica extensión territorial de 35,000,000 de kilómetros cuadrados y con su población de 510,000,000 de habitantes.

No ha de ser Alemania, sin embargo, con sus procedimientos totalitarios, con su soberbia legendaria, con su doctrina racial y con su desprecio por las "razas inferiores" y los pueblos dominados, la que pueda ofrecer garantía ninguna de liberación al sér humano por estar en guerra con la Gran Bretaña.

Su demagogia, en parte, como la del Japón y la de Italia —que en Versalles se aprovecharon de los despojos teutones—, ha sido la del "espacio vital". Pero ¿qué llaman los agresores de naciones débiles espacio vital?

No es, ni mucho menos, la falta de territorio para su exceso de población. Ya se explicó antes que Alemania poseía, en otros continentes, colonias varias veces mayores que toda la extensión de la

metrópoli; y a pesar de ello eran en realidad muy pocos los alemanes colonos que se radicaban en dichas posesiones imperiales.

Los súbditos del Kaiser, en efecto, en la misma forma que los de Hitler, emigraban más bien a Centro América, a Estados Unidos, a la América del Sur, a países organizados e independientes, y no por centenares ni por millares sino por millones. Caso semejante ha sido el de Italia, y más o menos lo mismo acaece con el Japón.

Quiere decir, entonces, que el "espacio vital", tan defendido por los totalitarios, no es otra cosa que la necesidad de mercados. Al efecto cita el profesor Quintana el ejemplo de naciones realmente prósperas, no obstante ser pequeñas en territorio y con una cifra muy elevada de población, tales como Suiza, Bélgica, Holanda y algunos otros países europeos.

Suiza, sin colonias, goza de un bienestar colectivo más o menos uniforme, mientras que la propia Inglaterra —y los Estados Unidos!—, con su enorme extensión territorial, casi podría lanzar al mundo la misma queja de Italia, Alemania y el Japón, por la falta de trabajo de sus obreros, por la imposibilidad de colocar sus manufacturas incluso en sus colonias, por el desequilibrio económico de la gran masa de población, en grado mayor que el que se observa en países mucho más densamente poblados.

Aceptada la tesis de que el "espacio vital" no es un problema demográfico, de asfixiante superpoblación en reducido territorio, toma fuerza extraordinaria el punto de vista de los mercados o de la expansión económica. Y mercados ha podido comprobarse que no le faltaban al Reich ni a sus cómplices antes de la catástrofe que iniciaron en 1939.

Ha podido comprobarse, de igual modo, que para la venta de sus productos manufacturados y para la adquisición de sus materias primas, no le eran absolutamente indispensables sus colonias al capital monopolista del antiguo Imperio germánico. Trataron por otra parte de complacerlo y de apaciguarlo, a mayor abundamiento, los demás imperialismos encabezados por Inglaterra, a pesar de que ello significó el sacrificio de pueblos indefensos que tenían derecho a su independencia y a su vida soberana.

Vuelve a ser válida, por consiguiente, junto al factor económico, junto a las contradicciones del régimen capitalista, la tesis del mesianismo, factor psicológico tan importante y decisivo como el de la economía, pues la ambición de mando y de dominio vuelve locos a

los hombres, haciendo víctimas de la tragedia y de la muerte a pueblos inocentes que son, en suma, los que pagan con su carne y con su sangre los efectos destructores de la guerra.

CUESTIONARIO

1. *¿Ha sido un obstáculo para el desarrollo de la gran industria del Reich su falta de colonias?*
2. *¿Cómo pudo abrirse paso Alemania en los mercados mundiales después de la guerra de 1870?*
3. *¿Cómo pudo rehacerse una vez terminada la guerra de 1914?*
4. *¿Se puede considerar el llamado "espacio vital" como un problema demográfico?*
5. *Referirse al sistema alemán de producción y de distribución, a su técnica científica, a su industria y a su agricultura.*
6. *Hacer un paralelo entre Guillermo II y el Fuehrer Adolfo Hitler.*

LECCION XII

COMO LLEGO AL PODER EL FASCISMO ITALIANO

Por qué han fracasado las ideas imperialistas de Mussolini

POCOS países han sido tan infortunados en sus aventuras guerreras, y en sus sueños de grandeza y poderío, como el Estado italiano. Deliberadamente se usa en estos apuntes la palabra Estado, para que no puedan confundirse los errores ni las ambiciones políticas o plutocráticas de los amos de Italia, con la abnegación, con la sencillez, con las virtudes ancestrales de la gran masa que forma el pueblo victimado de aquella laboriosa nación mediterránea.

Como poder imperialista no ha tenido Italia los elementos necesarios para compartir, con las grandes potencias, el reparto del mundo. Estado relativamente joven, que pudo forjar su unidad nacional cuando ya casi no existían territorios coloniales aprovechables, era imposible que ocupara sitio al lado del viejo Imperio británico, ni del Imperio francés, ni de la gran economía supercapitalista norteamericana, ni del Japón en el extremo oriente, ni del Imperio industrial alemán, ni siquiera al lado del antiguo dominio semifeudal, europeo y asiático, de la enorme Rusia czarista.

Si todos sabemos, por otra parte, que el imperialismo es el exceso de capital, la superindustrialización, la urgencia de materias primas, la necesidad absoluta de mercados, los barcos mercantes, la preponderancia de grandes fuerzas económicas, en fin, será fácil llegar entonces a la conclusión de que Mussolini, a pesar de sus estudios y de sus entusiasmos marxistas juveniles, vino a caer en la misma equivocación en que también ha incurrido, por ignorancia, al hablar de imperio a grandes voces, el militar español Francisco Franco.

Porque el imperialismo contemporáneo, imperialismo económico, nada tiene que ver con lo que fueron los imperios en la antigüedad. Así el de Roma y el de Grecia, por ejemplo, en un mundo reducido, sólo se basaban —sólo podían basarse— en la conquista de territorios más o menos vecinos, en el dominio de la tierra, en esclavizar al derrotado, para lo cual era suficiente la fuerza militar, la posesión de

navíos de guerra, lo que fuese menester para que las naciones fuertes, con las armas, sojuzgaran a los pueblos débiles.

En esta época, por el contrario, van primero adelante los productos manufacturados, los empréstitos, el capital financiero en sus distintas formas, todos los medios que emplea el capital monopolista para explotar cercanos o lejanos territorios, para conseguir materias primas, para dominar en las colonias y en otros pueblos de relativa independencia que están dentro de su órbita de acción.

Quiere decir, en otras palabras, que actualmente la flota de guerra, los acorazados, los marinos invasores, los elementos bélicos de que disponen las grandes potencias, con el fin o con el pretexto de defender lo que ellas consideran sus propios intereses, no van abriendo camino sino cubriendo la retaguardia de la flota mercante. O, en términos más claros, el imperialismo moderno ya no puede ser el de Alejandro el Grande ni el de Julio César, que es precisamente el que ha querido poner de nuevo en boga el jefe supremo del fascismo italiano.

Ese ha sido su error y esa su derrota frente a la realidad. Como ese fué el error y esa fué la derrota de algunos de sus antecesores en 1896, cuando la Corona italiana pretendió adueñarse de Etiopía. Pero los ejércitos de Italia fueron destrozados en aquella fecha por los aguerridos abisinios del Emperador Menelik, soberano del único país del Africa que, junto con Liberia, había podido mantener su independencia.

El haberse apoderado en 1885 de los desiertos arenosos del oriente africano, que hoy forman la Somalia; y posteriormente de Eritrea, hizo creer al Gobierno de Italia que la patria de Cavour y de Garibaldi, en los últimos años del siglo diecinueve, ya estaba madura para convertirse en poderoso y victorioso imperialismo. La respuesta de los agredidos fué tremenda. Tan rudo golpe le dió Menelik al presunto conquistador, que postrado y mal herido lo tuvo durante poco más de quince años.

*En 1911 y en la guerra del 14 le volvieron a Italia
sus bríos guerreros*

No fué sino en 1911 cuando el régimen de Roma se sintió con nuevos bríos guerreros, lanzándose intempestivamente contra Trípoli, a la sazón colonia de Turquía. No pudo o no quiso acudir Constan-

tinopla en defensa de aquel territorio suyo, invadido por las armas italianas; pero los beduinos del desierto, con sus viejos rifles, con sus bayonetas y con sus filosos cuchillos, hicieron que Italia pagara con raudales de sangre la posesión de su tercera e improductiva colonia en el continente africano.

En esas condiciones estalló la guerra de 1914 a 1918. Italia tenía su vieja alianza con Alemania y con el Imperio austríaco; mas creyeron los gobernantes y los capitalistas italianos que rompiendo ese compromiso, para unirse con Inglaterra y con Francia, obtendrían mayores ventajas después de la victoria.

No tanto como esperaba, sin embargo, logró recoger la tierra musical de Verdi y de Puccini en el reparto de Versalles. Y poco vino a tocarle, porque su acción durante la guerra no fué tan brillante que ameritase substanciosa recompensa.

En el concepto de los estadistas europeos que dirigieron los debates de Versalles —Lloyd George, Balfour, Clemenceau, entre ellos— más bien se le dió a Italia demasiado, pues le fué adjudicada buena parte de la costa de Austria en el Adriático y todo el sur del Tirolo, sin contar el carbón y otros productos que tendría Alemania que entregarle; y sin contar, tampoco, los pagos a su favor por concepto de reparaciones.

Bien pudo afirmarse, por consiguiente, al principio de esta lección, que pocas naciones han sido tan infortunadas en sus aventuras guerreras como el Estado italiano. Y bien puede afirmarse ahora que esa mala fortuna no se ha logrado enderezar con la mística del ideario fascista ni con los encendidos discursos del señor Mussolini, no obstante la arrogancia y la soberbia de los flechas y de las camisas negras.

Sus triunfos momentáneos sólo han podido hacerse efectivos, en el curso de la segunda guerra mundial, con el apoyo de las fuerzas hitlerianas, pues allí donde los fascistas presentaron combate sin el auxilio de sus aliados tudescos, siempre las ofensivas se convirtieron en fracasos y en retiradas.

Vencedores en 1939, es cierto, de un pequeño e indefenso Estado como Albania, se les batió después en Grecia; millares de ellos cayeron en España, de 1936 a fines de 1938, no importa su mucho correr en Guadalajara, en Brunete y en otros sitios en que el ejército popular español logró hacerlos combatir; le declararon la guerra a Francia en 1940, cuando ya los galos estaban derrotados; llegaron a Creta,

cuando la pequeña isla se encontraba en poder de los paracaidistas germanos; quebrantada fué quedando su escuadra bajo el fuego de los acorazados ingleses en el Mediterráneo; y en el segundo trimestre de 1941 perdieron los fascistas, al final de cuentas, el territorio de Abisinia, que a sangre y fuego habían podido conquistar en 1936, como tardía venganza de Mussolini contra Menelik.

Calcula el escritor italiano Luis Zacci, que cuando menos un millón de los mejores hijos de Italia han sucumbido en estériles guerras de conquista, durante los últimos treinta años; y que cientos de millares de hombres han quedado inválidos o mutilados, sufriendo sus padres, sus mujeres, sus hijos o sus nietos hambre y miseria, sin que en forma ninguna se le pueda encontrar justificación a semejante sacrificio.

Terreno abonado para el movimiento fascista

Así como Hitler dió comienzo a la organización del nacional socialismo, llevando como bandera el lema de las represalias y la cohesión de Alemania contra el Tratado de Versalles, también Benito Mussolini supo aprovechar demagógicamente el malestar de la postguerra y el descontento de su país, por no haber obtenido Italia todo lo que deseaba y esperaba en las Conferencias de Paz.

Del mismo modo que Hitler usó en el Reich la tesis nacionalista, en su acepción agresiva, con iguales prédicas había podido fundar antes Mussolini en Milán, a fines de marzo de 1919, el primer "fascio di combattimento". Su programa era tan demagógico, tan partidario de la violencia y tan nacionalista, como fué posteriormente el de los nazis en Munich, fortalecidos al cabo —unos y otros— por la caverna reaccionaria y por los magnates de la gran industria.

El buen éxito del jefe italiano, sin embargo, fué mucho más rápido que el del caporal tudesco, porque Mussolini aprovechó una serie de circunstancias favorables para hacerse dueño de la situación con relativa facilidad. Entre esas circunstancias deben citarse el caos político y económico de Italia, en 1922; el pánico de las clases privilegiadas frente al dominio de los grupos radical-socialistas, y frente a la ocupación de las fábricas por los obreros; pero, sobre todo, la debilidad del Gobierno y su falta absoluta de orientación y de dirección para encauzar los legítimos anhelos de las grandes mayorías trabajadoras.

En terreno tan fecundo para un golpe de audacia, a continuación de un congreso del Partido Fascista celebrado en Nápoles, organizó el líder de los camisas negras su famosa marcha sobre Roma, el 28 de octubre del año citado de 1922, al frente de 40,000 manifestantes.

Para entonces, después de haber obtenido solamente 4,000 votos en 1919, el movimiento había tomado gran fuerza, gracias al convenio electoral celebrado por el Duce con los liberales de Giolitti en 1921. Merced a ese apoyo y a esa combinación política, ya tenía el fascismo 38 curules en el Congreso cuando los partidarios de Mussolini marcharon sobre Roma.

Tambaleante la corona en las sienes de Víctor Manuel, comprendió el monarca que sólo podría afirmársela sobre la cabeza con el respaldo del movimiento fascista. Y así, tan pronto entraron los nuevos "legionarios" en la Ciudad Eterna y demandaron el poder para su jefe, el Rey optó por nombrarlo Primer Ministro, sin pérdida de tiempo.

El hombre que en esa forma se hacía dueño de Italia, nació el 29 de julio de 1883 en Predappio, provincia de Forli, siendo su padre un laborioso herrero de la pequeña aldea, tan pobre y tan golpeado por el destino que su hijo Benito, desde sus años mozos, empezó a predicar el socialismo y la urgencia de la revolución social.

Perseguido y expatriado vivió algún tiempo en Suiza, cuando no había cumplido todavía 20 años. Regresó de nuevo a Italia; siguió proclamando sus ideas radicales; declaró guerra a muerte a los que él llamaba reformistas; y como premio a su encendido socialismo revolucionario, logró que en 1912 se le confiara la dirección del periódico *Avanti*, órgano oficial del Partido Socialista Italiano.

Pero ya en 1914, al estallar la guerra europea, con el mismo ardor de sus campañas proletarias, favoreció de manera tan entusiasta la necesidad de que Italia tomara parte activa en la hecatombe, y no con Austria ni con Alemania sino en contra suya, que como consecuencia de su fogosidad guerrera fué expulsado de la dirección de *Avanti* y del Partido Socialista.

Es de suponer que con dinero de Francia y de Inglaterra, urgidas de una intensa propaganda para que Italia rompiera con los poderes centrales y se uniese a Londres y a París, pudo fundar Mussolini su propio diario, el bien conocido *Popolo d'Italia*, que empezó a circular en noviembre de 1914.

Cuando por fin el Estado italiano entró en la conflagración, codo

a codo con los aliados, en mayo de 1915, decidió prestar sus servicios al ejército el futuro Duce, aunque bien es cierto que no se tienen noticias de que se le haya citado en ningún parte militar por su bravura ni por actos extraordinarios de heroísmo.

Apenas se sabe que en febrero de 1917 resultó herido; pero algunos de sus biógrafos aseguran que el orificio de salida de los impactos lo tiene Mussolini por delante, lo cual quiere decir que los disparos le fueron hechos por detrás.

De regreso a Roma, una vez curado, volvió a tomar la dirección del *Popolo d'Italia*, tribuna que en el transcurso de poco tiempo le serviría para iniciar su agresivo movimiento de nacionalismo a todo trance, germen del fascismo y de la campaña de los inconformes por el fracaso parcial de Italia en Versalles.

Ya con el poder en sus manos, durante los años 1923 y 1924, dominaba el Duce casi totalmente en la Cámara, a pesar de la fuerte oposición parlamentaria que mantenían en contra suya los socialistas auténticos, los comunistas, los liberales e incluso el conservador partido clerical.

Hizo crisis la oposición al régimen fascista el 10 de junio de 1924, como consecuencia del asesinato del diputado y líder del socialismo italiano, Matteotti; y tomó la oposición caracteres tan violentos que todas las minorías abandonaron el recinto del Congreso y decidieron boycotear al Gobierno.

Le fué posible a Mussolini sortear la difícil posición en que se encontraba el régimen, durante varios meses, hasta que en 1925 dió un golpe de estado decisivo, proclamándose dictador del reino, suprimiendo a todos los partidos políticos enemigos del fascismo, anulando las credenciales de los diputados y persiguiendo a las figuras sobresalientes de la oposición y de la intelectualidad de Italia.

Muchos de ellos no tuvieron más remedio que buscar refugio en el exterior, pudiendo así salvarse de la persecución incesante de que les hacía objeto la dictadura del omnipotente nativo de Predappio.

Organización política del fascio

Dueño ya de la situación, Mussolini concentró en sí mismo las más importantes funciones del Estado italiano: Jefe del Gobierno, Ministro del Interior, Ministro de Guerra, Ministro de Marina, Ministro de las Colonias y Ministro de todas las fuerzas aéreas de la

nación. Sus partidarios adoptaron desde entonces la siguiente divisa: "Mussolini a sempre ragione", o sea que "Mussolini siempre tiene la razón".

Ha mantenido el Duce el régimen de la monarquía; pero la importancia del Rey se encuentra tan reducida, que bien podría considerársele como figura ornamental, sin la menor influencia en la política del fascio. Tampoco tiene importancia el Gran Consejo Fascista, órgano supremo del Partido, ya que sus miembros son nombrados por el propio Mussolini y no tienen otra misión que la de aprobar los actos de la dictadura.

¡Tal vez más adelante logre el Gran Consejo desempeñar algún papel de trascendencia en la historia de Italia, pues tiene asignada entre sus atribuciones la de nombrarle sucesor al Duce, cuando su puesto quede vacante!

Toda la organización fascista, en resumen, gira en torno del señor Mussolini, árbitro supremo de lo que él y los suyos llaman Estado Corporativo; y árbitro supremo de los destinos de su patria, como lo es Hitler de los destinos del Reich, y como lo es el Mikado de los destinos del Japón.

El sistema social fascista sostiene que no acepta el régimen del capitalismo, pero tampoco está de acuerdo con la doctrina socialista. Quiere ser algo nuevo —no obstante que pocas cosas hay tan viejas como la tiranía—; y pretende educar en esa escuela a todos los italianos, acostumbrándolos al orden, a la obediencia, al trabajo y a la disciplina. Algo nuevo que no es en realidad sino una mezcla de distintas ideas, con mucho de literario y de contradictorio, como las de Sorel, Pareto, Nietzsche y lo que algunos encuentran genial en Machiavelo.

Mas lo único palpable del fascismo no es otra cosa que la dictadura, en el interior de la nación; y en su política exterior, el afán imperialista de "civilizar" a otros pueblos, olvidando que todos los países, que todos los hombres, tienen derecho a la libertad y a la vida.

En su régimen interno, en prueba de antisocialismo, conservan los fascistas el "sagrado derecho" de la propiedad privada; y por otra parte, en prueba de anticapitalismo, tratan de poner la propiedad privada bajo el control del Estado. Resulta de todo ello una economía dirigida que se apoya, irremediablemente, en el poder de las castas privilegiadas, a las que —en justa correspondencia— presta el

régimen su favor en toda forma, pues necesita el respaldo económico de los grandes intereses de la plutocracia para no asfixiarse.

Bien es verdad que en 1927 se puso en vigencia la reglamentación del trabajo, conocida con el nombre de "Carta del Lavoro", con la intención aparente de reconocer, por lo menos en teoría, los derechos del proletariado. Mas lo cierto es que esa reglamentación prohíbe a los obreros el derecho de huelga, rechaza como un sacrilegio la teoría de la lucha de clases —aceptada incluso por el Vaticano— y no permite ninguna manifestación de los trabajadores en demanda de condiciones menos inhumanas de vida.

El fascio aplasta despiadadamente las legítimas aspiraciones de las grandes mayorías productoras, abrumadas por los enormes sacrificios que la estrafalaria locura imperial de Mussolini les impone. Y con objeto de conservar su dominio a todo trance, cuenta el Partido —nervio motor del Gobierno— con su propio ejército, con sus fuerzas de choque, con su temible policía secreta, la Ovrá, y con sus "bravas" legiones o milicias voluntarias para la seguridad nacional, más fuertes y mejor equipadas que el ejército regular del país.

De modo que los camisas negras están organizados en forma estrictamente militar, con todos los elementos necesarios para perseguir y vencer a cualquier grupo de ciudadanos que pretendiera enfrentarse a la maquinaria fascista. El propio Estatuto del Partido indica claramente que todos sus miembros forman una milicia civil —convertida después en milicia de guerra— siempre a las órdenes del Duce y con la finalidad esencial de formar el Imperio italiano.

Se explica, entonces, que el fascismo tenga que ser antidemocrático, partidario de la violencia por sobre todas las cosas, enemigo declarado, en suma, de las libertades humanas, en lo cual coincide con el sistema de acción de la barbarie nazi.

Sobre otros extremos, cuando Mussolini no había formado todavía su alianza con el Reich, aseguraba ser enemigo del fervor racial de los arios, declarando reiteradamente que el antisemitismo podía considerarse como una doctrina extraña al pueblo de Italia. Al cabo de poco tiempo, sin embargo, todos sabemos que estuvo de acuerdo en adoptar una legislación antijudía y en predicar también la superioridad racial de los italianos, en la misma forma en que lo hace Hitler respecto de los tudescos.

¡De modo que al formarse el eje totalitario los fanáticos de Mussolini vinieron a resultar de raza nórdica, tan pura como la de los

teutones más antiguos! ¡Y como habrá de ser, de igual manera y con la misma lógica, la de sus aliados japoneses del extremo oriente!

Detalles concretos de las bases fundamentales del fascismo, de su ideario filosófico, más o menos semejante al de los nazis y al de los nipones, se estudiarán en la lección que sigue.

CUESTIONARIO

1. *¿A qué se debe que Italia no pueda convertirse en un imperio, como Inglaterra o como Francia?*
2. *Referirse a las experiencias coloniales de Italia en territorios africanos.*
3. *¿Qué suerte corrieron los ejércitos de Roma en España, en Grecia y en otros pueblos que han querido sojuzgar?*
4. *Reseñar las circunstancias en las cuales pudo hacer el Duce que triunfara rápidamente su movimiento fascista.*
5. *Sintetizar en pocas frases la biografía de Mussolini.*
6. *Hacer un resumen de la organización política del fascio.*

LECCION XIII

BASES FUNDAMENTALES DEL IDEARIO FASCISTA

*Contra la paz, contra las ideas liberales
y contra la democracia*

VIMOS en el capítulo anterior por qué ha fracasado Mussolini en sus sueños de grandeza y de poderío imperialista; lo que le han costado a Italia sus aventuras guerreras; la forma en que pudieron llegar al poder los camisas negras; y, a grandes rasgos, la organización política del fascio.

Parece oportuno agregar ahora algunos datos relacionados con el ideario fascista. Y la mejor forma de hacerlo es la de tomar como base escritos y discursos del propio Mussolini, que por sí mismos dan una idea precisa de una doctrina que poco tiene que envidiarle a la del Fuehrer supremo de la raza teutona.

Desde luego, así como lo hacen Hitler y sus ideólogos, también el Duce y sus fanáticos condenan la paz, las ideas liberales y el pensamiento democrático. En lo que el nativo de Predappio titula *La Doctrina del Fascismo*, dice cosas como las siguientes:

“Ante todo, el fascismo, en cuanto concierne al porvenir y al desarrollo de la humanidad, no cree en la posibilidad de la paz perpetua. Rechaza el pacifismo, que surge de un renunciamiento a la lucha y que es una cobardía ante el sacrificio. Sólo la guerra eleva todas las energías humanas a su máxima tensión, e imprime un sello de nobleza a los pueblos que tienen la virtud de afrontarla.

“Todas las restantes pruebas son substitutos que no enfrentan al hombre consigo mismo, en la alternativa de la vida y de la muerte. Una doctrina, por consecuencia, que parte del postulado perjudicial de la paz, es extraña al fascismo; como igualmente son extrañas a la esencia y al espíritu del fascismo, aunque se acepten por el tanto de utilidad que puedan tener en determinada situación política, todas las construcciones internacionales y societarias que, como lo demuestra la Historia, se esfuman en el viento cuando los elementos sentimentales, ideales y prácticos mueven a tempestad en el corazón de los pueblos.

“También aplica el fascismo su espíritu antipacifista a la vida de

los individuos. El orgulloso "me adorna", escrito en el vendaje de una herida, no es solamente un acto de filosofía estoica, sino el resumen de una doctrina nueva y elevada. La educación para la lucha, la aceptación de los riesgos que implica, es el estilo de la vida fascista del italiano."

Después de tan elocuente y cacofónica parrafada, ataca Mussolini las bases fundamentales del socialismo científico; insiste otra vez en negar la lucha de clases; y niega, sobre todo, el concepto de "felicidad", que no podrá realizarse socialmente "con la evolución de la economía". Asegura al respecto el señor Mussolini, así porque sí, que ese concepto de felicidad "debe abandonarse a los economistas de la primera mitad del año 700, ya que la ecuación, bienestar igual a felicidad, convertiría a los hombres en animales limitados a pensar en una sola cosa: alimentarse y engordar, reducidos a la pura y simple vida vegetativa".

A continuación arremete Mussolini contra las ideas liberales, tanto en el campo político como en el de la economía, "porque el liberalismo es la antecámara histórica y lógica de la anarquía". Pretende demostrar su tesis apoyándose en las victorias de Bismarck y de von Moltke, "quienes nunca supieron nada de liberalismo, ni de religión, ni de libertad, ni de los profetas que pregonan semejantes antiguallas". Sobre el particular agrega Mussolini:

"Es sintomático que un pueblo de elevada civilización, como es el pueblo alemán, haya ignorado por completo, durante todo el siglo diecinueve, la religión de la libertad. Sólo tuvo un paréntesis, representado por aquello tan ridículo que se llamó "el Parlamento de Francfort", que apenas duró lo que una estación. Alemania ha realizado su unidad nacional fuera del liberalismo, contra el liberalismo, doctrina por completo extraña al espíritu alemán, esencialmente monárquico."

En relación con la democracia declara Mussolini en su citada *Doctrina del Fascismo*, que la nueva Italia, cuya unidad sólo pudo realizarse con el esfuerzo de antiliberales y antidemócratas como Mazzini y Garibaldi, rechaza "todo el complejo de las ideologías democráticas, tanto en sus premisas teóricas cuanto en sus aplicaciones prácticas". Y más adelante siguen frases como éstas:

"El fascismo niega que el número, por el simple hecho de ser número, pueda dirigir a la sociedad humana; niega que este número pueda gobernar por medio de una consulta periódica; y afirma, por

el contrario, la desigualdad irremediable, fecunda, benéfica de los hombres, que no pueden ni deben nivelarse por medio del sufragio universal.

“La razón, la ciencia —decía Renan— son productos de la humanidad; pero es una quimera querer o buscar la razón por el pueblo y a través del pueblo. Para la existencia de la razón, no es necesario que todo el mundo la conozca. En todo caso, si esa iniciación debe hacerse, no será a través de la democracia, que parece conducir a la extinción de toda cultura difícil y de toda disciplina elevada.

“El principio de que la sociedad existe únicamente para el bienestar y la libertad de los individuos que la integran, no parece estar de acuerdo con los planes de la naturaleza, planes en los que sólo se toma en consideración la especie y el individuo siempre se sacrifica. Es muy de temer que la última palabra de la democracia no sea sino un estado social en el que una masa degenerada no tenga otra preocupación que gozar de los placeres innobles del hombre vulgar.”

Concepto fascista del Estado

Como habrán advertido los lectores, casi todos estos párrafos del libro de Mussolini, *La Doctrina del Fascismo* (Vallecchi Editore Firenze), podrían insertarse en el ideario nazi o en las páginas hitleristas de *Mi Lucha*. Lo mismo puede afirmarse de las frases que siguen, escritas y constantemente repetidas por el capataz de Italia en relación con su concepto del Estado:

“Para el fascismo el Estado es lo absoluto, ante el cual los individuos y los grupos son lo relativo. Individuos y grupos son posibles en cuanto forman parte del Estado, con una voluntad y con una conciencia definida. Lo que se acrecienta es el Estado. Lo que puede resolver la dramática contradicción del capitalismo es el Estado. Eso que se llama crisis debe resolverse por el Estado y dentro del Estado.

“Si al decir liberalismo se dice individuo, al decir fascismo se dice Estado. El fascismo quiere un Estado orgánico, fuerte, vigoroso, con una voluntad indomable de imperio y de poder. La tradición romana es aquí una idea de fuerza. Porque la tendencia al imperio, o sea a la expansión de las naciones, es una manifestación de vitalidad. Lo contrario, el recogimiento, es un signo de decadencia. Los pueblos que nacen o renacen tienen que ser imperialistas; los pueblos que mueren son renunciadores.”

De manera que lo que Mussolini pregona es, en esencia, exactamente lo mismo que anotamos en la lección x acerca de la concepción germánica del Estado. Ya vimos que para Hegel, Fichte, Nietzsche, etc., el Estado representa la divinidad, a la que todos deben sentirse dichosos en obedecer; y que los jueces, el teatro, la iglesia, el gobierno, las reuniones públicas son, como si dijéramos, los órganos de esa divinidad estatal, “que no pide a los ciudadanos un asentimiento razonado, sino la obediencia más absoluta, puesto que se halla por encima de todo vituperio y de toda alabanza”.

No hay siquiera originalidad, entonces, en la tesis de Mussolini, copiada de los filósofos y de los sociólogos alemanes. Basta comparar lo transcrito en la lección antes referida con estos otros períodos oratorios del fundador del fascismo:

“Hemos creado el Estado unitario italiano. Pensad que desde el Imperio, Italia no ha sido un Estado unitario. En esto reafirmamos, solemnemente, nuestra doctrina acerca del Estado. Y reafirmamos, con no menor energía, mi fórmula del discurso en la Scala de Milán: “Todo en el Estado, nada contra el Estado, nada fuera del Estado.” (Cámara de Diputados, 26 de mayo de 1927. Publicado en *Discursos* de ese año, página 157.)

“Estamos en un Estado que controla todas las fuerzas que obran en el seno de la nación. Centralizamos las fuerzas políticas, centralizamos las fuerzas morales, centralizamos las fuerzas económicas; nos encontramos, por consiguiente, en pleno Estado corporativo fascista.

“Representa el fascismo un principio nuevo en el mundo. Representa la antítesis neta, categórica, definitiva, de la democracia, del liberalismo, de la plutocracia (sic), de la masonería, de todos los principios, para decirlo en una palabra, considerados como inmortales en 1789.” (*Discursos*, 1926, página 120.)

“En el régimen fascista la unidad de todas las clases, la unidad política, social y moral del pueblo italiano, se realiza en el Estado y sólo en el Estado fascista.” (*Discursos*, 1928, página 333.)

Y para terminar las citas y las transcripciones, que no necesitan interpretación ni comentario, léanse estas otras palabras del Duce, recogidas de su volumen *Discursos políticos*, página 107, edición hecha en el establecimiento tipográfico del *Popolo d'Italia*:

“La lucha es el origen de todas las cosas, porque la vida está llena, toda ella, de contrastes: el amor y el odio, lo blanco y lo negro, el día y la noche, el bien y el mal. El día en que no se luce —lucha

guerrera, lucha de las ideas, lucha económica— será día de melancolía, de fin, de ruina.

“Pero ese día no llegará, precisamente porque la Historia se presenta siempre como un panorama cambiante. Si se pretendiese volver a la calma, a la paz, a la tranquilidad, se combatirían las actuales tendencias del presente período dinámico. Hay que prepararse, pues, a otras sorpresas, a otras luchas. No habrá período de paz sino cuando los pueblos se abandonen a un sueño cristiano de fraternidad universal. Mas yo, por mi parte, no creo demasiado en esas ilusiones.”

La invasión de Abisinia

Y como el Duce no estaba de acuerdo, ni mucho menos, en lo que predica el cristianismo; y como quería poner en práctica su ideario para que la belicosidad fascista no se quedara en palabras, decidió a la postre iniciar la era italiana de conquistas, repetición de las del siglo pasado, lanzándose sobre Abisinia el 2 de octubre de 1935.

Partió la agresión de Somalia y de Eritrea, en donde se habían concentrado cerca de 500,000 soldados del fascio, con artillería moderna, tanques, ametralladoras, camiones y cerca de 1,000 aeroplanos de combate. El ejército abisinio, en cambio, pobremente equipado, apenas contaría con 50 ó 60,000 hombres, divididos, sin unificación de mando, a las órdenes de diferentes jefes de tribu.

A pesar de ello, sin embargo, además de su ejército de medio millón de invasores italianos, tuvo necesidad Mussolini de utilizar los servicios de otros muchos millares de nativos de Eritrea y de la Somalia, para que prestaran su cooperación en las acciones más arriesgadas. Pero no obstante su enorme superioridad, no les fué posible a los fascistas quebrantar la heroica resistencia de los abisinos, sino después de ocho largos meses de constante lucha.

Intervino en el conflicto la Liga de las Naciones, de la que tanto Italia como Abisinia eran miembros activos. Mas su acción se redujo a decretar un bloqueo económico incompleto contra el agresor, bloqueo que anuló de hecho el Gobierno de Francia, con Pierre Laval a la cabeza, amigo y simpatizador de los totalitarios.

Apoyaba Laval en toda forma la actitud de Mussolini, como apoyó posteriormente las agresiones de Hitler, incluso la nazificación de Francia. Inglaterra, a su vez, no prestó su cooperación a la Liga para que, de acuerdo con el Pacto de dicha Sociedad Internacional,

se adoptaran sanciones militares en favor del país abisinio, tan injustamente atacado.

En esas circunstancias sobrevino, irremediabilmente, el colapso de las fuerzas que defendían su tierra, y se produjo la caída del Emperador Haile Selassie, en la primavera de 1936. El 9 de mayo de ese mismo año proclamó Mussolini la anexión de Etiopía al flamante Imperio italiano, poniéndole sobre las sienes al monarca de Saboya la pesada corona del Negus.

Pero ya en páginas anteriores quedó explicado que al cabo de cinco años, en la primavera —también— de 1941, con el apoyo del poderío británico, vinieron los descendientes de Menelik a quitarle dicha corona de la cabeza al ilusionado Rey Víctor Manuel.

Es penoso advertir que en el curso de la guerra de invasión de Abisinia, no obstante que el régimen fascista afirmaba que su intención era civilizar a los etíopes, pudo demostrarse plenamente que la barbarie no era en realidad característica de los africanos sino de los europeos.

Los pilotos de Mussolini, en efecto, no tuvieron escrúpulo en bombardear inicuaente, con proyectiles incendiarios de gran potencia, numerosas poblaciones del indefenso territorio invadido, utilizando además gases asfixiantes y asesinando impunemente a millares de mujeres y de niños, así como después lo hicieron en España.

Y es penoso recordar, asimismo, que hasta muy ilustres prelados del alto clero católico italiano, olvidando como el Duce lo que es y lo que significa el cristianismo, prestaron toda su cooperación al señor Mussolini, en la misma forma en que, de igual manera, respaldaron pocos meses después, en forma inexplicable y antihumana, al general español Francisco Franco, nada menos que contra el pueblo profundamente católico de España.

Sin deseo ninguno de hacer hincapié en asuntos que falazmente confunden los reaccionarios con el problema religioso, que nada tiene que ver con el crimen ni con la matanza, parece oportuno, sin embargo, a título de simple información, reproducir aquí los siguientes cablegramas:

“Londres, 19 de noviembre de 1935 (AP).—Ayer tuvo lugar el más grande bombardeo contemporáneo después de la guerra europea. Se verificó esta acción de la escuadra aérea italiana sobre los campos poblados de Ambaalagi, en Etiopía, estimándose en 6,000 las bajas abisinias. La computación se hizo por medio de aeroplanos, cuyos

pilotos describieron la enorme cantidad de muertos y de heridos que quedaron sobre las tierras bombardeadas. Con motivo de esa terrible matanza se ha solicitado la intervención del Vaticano, pero no ha sido posible obtener ninguna declaración del Pontífice católico en favor de Abisinia.”

“Roma, 19 de noviembre de 1935 (AP).—Dos altos dignatarios de la Iglesia católica han condenado enérgicamente las sanciones económicas de la Liga de Ginebra contra Italia. Dichos prelados son el Arzobispo de Brindisi y el Arzobispo de Messina, quienes dirigieron sendas pastorales a los fieles italianos, pidiéndoles su contribución liberal y el aporte de cuanto puedan para la guerra. El Arzobispo de Brindisi es el que más se ha caracterizado por su acerba crítica contra las naciones que no están de acuerdo con el proceder de Mussolini.”

El largo cablegrama de Roma termina con estas palabras del belicoso mitrado: “Agotaremos nuestro dinero, nuestras alhajas, todo lo que poseemos, para llevar a cabo y a buen fin esta campaña, que es la campaña de la civilización y de la cultura en aquellas regiones infortunadas, donde todavía impera la barbarie bajo el dominio del rey etíope.”

Derrumbada por los totalitarios la seguridad colectiva

La consecuencia de la guerra de Mussolini contra el Imperio de Haile Selassie, y lo que vino a resultar por la actitud de la Sociedad de las Naciones, fué el principio del derrumbamiento de la política civilizada de la seguridad colectiva.

Las sanciones económicas no se pudieron poner en práctica por la actitud de Laval en el Gobierno francés. Tampoco la Gran Bretaña estuvo de acuerdo en que al agresor se le impusieran las sanciones militares que debían imponérsele.

Y ya hemos visto que hasta prelados católicos, en vez de apoyar la causa de la paz, condenaron la estéril actitud ginebrina en relación con la política del régimen fascista.

A pesar, en todo caso, de su culpabilidad, Italia decidió abandonar su sitio en aquella organización, ideada para mantener en el mundo la supremacía del derecho por sobre el dominio de la fuerza.

Ya para entonces, por haberse atrevido la Liga a condenar el ataque del Japón contra Manchuria, en 1932, el Gobierno de Tokio la había de igual modo abandonado. Y un año después, al establecer

Hitler su dictadura nazi en Alemania, también el Reich se salió de la Sociedad de Ginebra, alegando que era una agencia de los poderes aliados.

En esa forma las tres potencias totalitarias, que habrían de formar más adelante el Eje antidemocrático Roma-Berlín-Tokio, se desligaron de sus compromisos en favor de la paz, iniciando su carrera sangrienta de ataques, de agresiones y de absoluto desprecio a los tratados internacionales. Tendría todo ello que parar en la nueva catástrofe guerrera de 1939, como quedará demostrado en lecciones subsiguientes.

CUESTIONARIO

1. *¿Qué sostiene el ideario fascista en relación con la paz, las ideas liberales y la democracia?*
2. *Explicar en qué consiste la similitud ideológica entre lo que predicaban Hitler y Mussolini.*
3. *Hacer una reseña del concepto fascista del Estado, citando frases textuales del propio Mussolini.*
4. *Referirse a la invasión de Abisinia por los ejércitos italianos, anotando fechas y número de combatientes de una y otra parte.*
5. *¿Qué actitud asumió la Liga de las Naciones contra el Estado fascista agresor?*
6. *Explicar cuál fué la responsabilidad de los gobiernos de Francia y de Inglaterra en el derrumbamiento de la política internacional de la seguridad colectiva.*

LECCION XIV

DE LA IDEOLOGIA NAZIFASCISTA A LA BARBARIE DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

*Después de Manchuria y de Abisinia empezaron las agresiones
en la propia Europa*

DE MODO que las tres potencias totalitarias, al iniciar su carrera sangrienta de ataques, de agresiones y de absoluto desprecio a los tratados internacionales —como ya se dijo en el capítulo anterior—; al derrumbar, en otras palabras, la política civilizada de la seguridad colectiva, repudiando sus compromisos en favor de la paz, y abandonando y enfrentándose a la Liga de las Naciones, abrieron el camino a la nueva catástrofe guerrera de 1939. ¡Así convertían en hechos, en trágica y espantosa realidad, las doctrinas sumariamente estudiadas en las últimas lecciones!

El Japón, en septiembre de 1931, inició el ataque contra Manchuria y contra Jehol, provincias del inmenso territorio chino, logrando dominar a los nativos y establecer el nuevo Estado de Manchukuo.

Como posteriormente lo ha hecho el Reich con los Quislings, los Antonescus y los Francos, hizo el Mikado que se coronase como Emperador de Manchukuo, dándole el nombre de Kang Teh, con el apoyo del poderío militar japonés y bajo su absoluto dominio, al último Emperador chino de la dinastía manchú, Pu Yi. Su coronación tuvo lugar el primero de marzo de 1934, pero no ha logrado el reconocimiento de ningún país del mundo, con excepción del Eje Roma-Berlín, de El Salvador en América y, naturalmente, del general Francisco Franco, pupilo de Hitler y de Mussolini.

El Manchukuo, desde luego, ocupado por un poderoso ejército del Japón, y administrado por consejeros y funcionarios japoneses, no es más que un feudo de las castas dominantes y de la plutocracia de Tokio, quienes han convertido al llamado Imperio de Pu Yi en una de sus más importantes fuentes de materias primas, de productos agrícolas y de recursos minerales; y a los nativos, además, en esclavos al servicio de la voracidad nipona.

Quedó también reseñado, en capítulos anteriores, que poco tiem-

po después de la conquista de Manchuria por el Japón, decidió lanzarse Mussolini sobre Abisinia, en 1935, hasta proclamar Emperador etíope al ilusionado y resignado soberano de Saboya, Su Majestad Víctor Manuel. Recordarán los lectores que la corona del Negus le fué puesta sobre las sienes al Rey de Italia el 9 de mayo de 1936; pero recordarán, de igual manera, que se le vino sin remedio al suelo en la primavera de 1941, como resultado de la total derrota sufrida por los fascistas en la patria de Menelik y de Haile Selassie.

Tanto en la agresión de Manchuria como en la de Abisinia, fracasaron los esfuerzos de la Liga de las Naciones para aplicar a las potencias agresoras la doble sanción, la militar y la económica, solemnemente establecidas en varios artículos del Pacto. Y no fué posible sancionar a los agresores —según antes se explicó— por la complicidad de hombres como Laval en Francia, y como los apaciguadores ingleses, quienes con su actitud empezaron desde entonces a fortalecer a los totalitarios. Hitler, en situación tan favorable para sus designios, ante la lenidad de las democracias capitalistas, se sintió con ánimo bastante para dar su primer golpe de fuerza en la Rhenania, aun cuando en este caso podría decir el Fuehrer que se trataba de una recuperación de antiguo territorio germánico.

Pero no fué en realidad sino con la invasión nazifascista de España, en julio de 1936, que la segunda guerra mundial propiamente dicha dió comienzo en territorio europeo, ya que las agresiones antes referidas habían tenido lugar en el Asia y en el Africa. Desde la guerra no declarada de Italia y de Alemania contra la República Española, en efecto, se inició en toda forma y sin disimulo la carrera bélica de los agresores totalitarios, que habría de parar en la conflagración de 1939.

Detalladamente se dijo en las primeras lecciones cuál era la realidad política, social y económica de España, desde la caída de la monarquía; cómo aprovecharon las potencias nazifascistas a los militares desleales, al clero, a la nobleza, a la plutocracia y a las demás clases privilegiadas de la península para encender allí el fuego de la rebelión; y cómo, en fin, la propaganda alemana hizo creer al mundo que se trataba de una cruzada de Hitler y de Mussolini en defensa de la civilización occidental, amenazada de muerte por el “terrible comunismo de los rojos españoles”.

Veamos ahora, en forma sintética, lo que fué sucediendo en España y en Europa a partir de esa fecha, a partir del 18 de julio

de 1936, en que ya los facciosos estaban posesionados de los cuarteles y de las guarniciones de España, cuyas armas volvieron los militares contra las autoridades constituídas y contra el pueblo católico de la República.

*El alzamiento militar fué rápidamente dominado en Madrid
y en Barcelona*

El 19 de julio de 1936, poco después de estallada la sublevación, tuvo que renunciar el Gabinete de Casares Quiroga, formándose el Ministerio de Martínez Barrio, que por considerarse extremadamente débil apenas se pudo sostener muy pocas horas. En medio de una gran agitación popular y de una tremenda incertidumbre, logró el Presidente Azaña constituir un nuevo Gobierno, presidido por el señor don José Giral, con la esperanza de que pudiera cohesionar a todos los sectores y a todos los partidos, no sólo de izquierda sino también a ciertos grupos de centro y de derecha.

Se peleaba, entretanto, en las calles de Barcelona. El Gobierno catalán, días antes de la sublevación, había tenido el buen criterio de adoptar precauciones para enfrentarse al golpe de cuartel que tanto se anunciaba.

Minutos antes de las cinco de la madrugada del 19 de julio las tropas rebeldes, con sus armamentos y con sus pertrechos de guerra, salieron decididamente a la calle, echándose fuera de los cuarteles, con la única excepción de la Intendencia. Un aviso telefónico comunicó la noticia al Presidente de la Generalidad, quien se dirigió a la Comisaría de Orden Público, cuando ya se escuchaba por todas partes el ruido de los disparos.

Desde aquel instante no se esperó un solo momento el ataque de los facciosos, sino que se fué a la ofensiva. Las fuerzas leales, los sindicatos de trabajadores, la gran masa del pueblo, no defendían sino que conquistaban posiciones. Las tropas enemigas, colocadas en puntos estratégicos de la ciudad condal, fueron vencidas rápidamente por sorpresa.

Las organizaciones obreras y los millares de voluntarios, que surgían de todas partes, se lanzaron con tal violencia sobre los sublevados, que los militares desleales y su gente de tropa no fueron dueños más que del terreno que pisaban. El pueblo, en realidad, atacó a los insurgentes en cada lugar y en cada punto de avanzada, conquistando ametralladoras y cañones a pecho descubierto.

A las doce del día los sublevados habían perdido sus posiciones de la Plaza de España y de la Plaza de la Universidad. A esa hora ya iban llegando a la Comisaría de Orden Público los primeros grupos de jefes, oficiales y soldados prisioneros. Y con los prisioneros también llegaban los primeros cañones tomados al enemigo. Estos cañones, empujados por la multitud al caer la tarde, sirvieron para el ataque a la Capitanía General, en la que el jefe supremo, señor Goded y su Estado Mayor de militares facciosos, se encontraban reclusos.

Mientras desde la Plaza de Cataluña se batía a los rebeldes que aún quedaban parapetados en el Hotel Colón y en la Telefónica, otros grupos de ciudadanos iniciaron el bombardeo definitivo de la Capitanía General. Impresionó de tal modo dicho bombardeo a los oficiales sublevados que allí estaban con Goded, que éste no tuvo más remedio que rendirse a los cuarenta y cinco minutos de asedio. La bandera blanca, puesta en el balcón principal del edificio, señaló al pueblo la derrota del movimiento cuartelario.

A las siete de la noche el citado general Goded fué conducido al Palacio de la Generalidad. El Presidente Companys le notificó la urgencia de que anunciara al país la derrota que había sufrido, con objeto de evitar mayor número de víctimas. Así lo hizo por radio dicho militar, desde el micrófono de la Generalidad, relevando a todos sus compañeros del compromiso que con él habían contraído.

De manera que los centenares de muertos y los miles de heridos que cayeron en la ciudad de Barcelona, no opusieron en vano su resistencia ejemplar a los partidarios de la tiranía. Su sacrificio no ha sido estéril ni lo será en lo futuro, a pesar del triunfo posterior pero momentáneo de Franco y sus secuaces, con el apoyo del nazifascismo. Esa resistencia es la gran lección escrita por los trabajadores catalanes, con su sangre, el 19 de julio de 1936.

Del mismo modo que se luchaba en Barcelona, los trabajadores peleaban también desesperadamente en Avila, Almansa, Hellín, Zaragoza, Toledo, Guadalajara, Logroño, San Sebastián, Tortosa, Irún, Oviedo, Almería, Segovia, Córdoba, Sevilla, Cádiz, en casi todas las plazas más importantes de la República.

Respecto de Madrid, el tiroteo se había generalizado en toda la ciudad durante la noche del 19 y en la madrugada del 20 de julio. Las masas populares, como en Cataluña, estaban dispuestas a enfrentarse a los sublevados, con los escasos elementos de que podían disponer; con las pocas armas de algunos cuarteles leales de policía,

inflamado de indignación patriótica el pueblo madrileño, al enterarse de que en Melilla y en Ceuta se inició el conflicto, con el tercio extranjero y con regulares marroquíes, al mando del general Francisco Franco y Bahamonde.

Durante todo el día 20 se libró en Madrid la gran jornada contra los militares traidores. En menos de una hora cayó en poder de los primeros milicianos el cuartel María Cristina. Y con los fusiles, los cañones, las ametralladoras y dos viejos tanques de asalto de dicha guarnición, lograron armarse los más decididos y entusiastas componentes de la Unión General de Trabajadores, la Confederación Nacional del Trabajo, las Juventudes Socialistas, la Federación Anarquista Ibérica, los partidos republicanos y demás agrupaciones del Frente Popular.

Esos hombres, con sus mujeres y sus hijos, llenos de valor y de coraje, se lanzaron a tomar el Cuartel de la Montaña, arrostrando todos los peligros. Les acompañaba, vitoreándoles, una inmensa muchedumbre, con palos y con piedras para poner su contingente en la lucha contra los militares sublevados. El entusiasmo de la multitud tomaba visos de delirio cuando centenares de mozos cantaban el Himno de Riego.

Varios "técnicos" espontáneos colocaron sus pobres piezas de artillería, tres pequeños cañones destartados, en puntos estratégicos de la Plaza de España. Había ya comenzado, desde los fortines de la guarnición, el fuego graneado de las ametralladoras. Los militares estaban disparando sobre el pueblo, pero era imposible detener a aquellos miles de hombres y de mujeres, dispuestos a todo, que exponían jubilosamente su vida por defender a la República. Dos horas después de haber comenzado el asalto de aquella fortaleza, al parecer inexpugnable, no tuvo más remedio que deponer las armas y entregarse preso el general Fanjul.

En otros sitios de la ciudad, en la Puerta del Sol, en el Ayuntamiento, frente al Ministerio de la Guerra, en calles y avenidas, la población entera pedía armas para batir a los facciosos. Se había confirmado plenamente la noticia de que el general Franco, quien pocos días antes reiteró su adhesión incondicional al Presidente Azaña y al régimen republicano, acababa de transportar a territorio español el primer contingente de seis mil rifeños.

No olvidaban los españoles que esas fuerzas reaccionarias eran las mismas que llevaron a cabo la represión de Asturias, en octubre

de 1934, también con regulares marroquíes y con legionarios extranjeros. Recordaban las matanzas tremendas de Oviedo, ordenadas durante el régimen de Lerroux y de Gil Robles. Y se hablaba entonces de una nueva guerra de independencia. ¡Dos de mayo de 1808! ¡Veinte de julio de 1936!

Italia y Alemania entran en acción

Con la derrota de los facciosos en Barcelona y en Madrid; con el desconcierto que les causó la muerte del general Sanjurjo, jefe del movimiento militar; con la actitud de la mayoría de los tripulantes de los barcos de guerra, quienes se enfrentaron, resueltamente, a sus jefes rebelados contra la República; con el empuje, en fin, del pueblo español, que demostró en toda forma su lealtad a las instituciones democráticas, pudo haber terminado el cuartelazo, ya que estos movimientos sólo triunfan por sorpresa.

Pero la conspiración de los militares no solamente tenía ramificaciones de un extremo al otro de la península, sino que contaba, como ya quedó dicho, con el apoyo decidido de tres gobiernos dictatoriales de Europa: el de Italia, el de Alemania y el de la bien situada República portuguesa. Armas, aeroplanos, ametralladoras, municiones en cantidades fabulosas empezaron a llegar a los alzados desde las dos potencias totalitarias, a través de Portugal y de los puertos que dominaban los desleales, cuya cabeza visible, después del accidente de aviación en que pereció Sanjurjo, comenzó a ser el tantas veces mencionado Franco. Este militar que se lo debía todo a la República, a falta de españoles, a falta de respaldo popular, intensificó la redada de moros en Marruecos para transportarlos a territorio español.

Una semana había apenas transcurrido desde la caída de las guarniciones de Barcelona y de Madrid en poder del pueblo, y ya se publicaba la noticia en periódicos extranjeros, como el *Manchester Guardian*, de que aviones italianos se dirigían hacia el Marruecos español y la región de Orán. Otros diarios, por informaciones precisas de sus corresponsales, daban detalles pormenorizados de las máquinas con "órdenes para España", del número de ametralladoras con que esos trimotores italianos estaban equipados, de su marca Savoia-Marchetti, del nombre de sus tripulantes y de las escuadrillas a que pertenecían dichos aparatos.

Días después, al terminar el mes de julio, varios periódicos fran-

ceses informaron que treinta y seis barnizadores de la fábrica Breda estuvieron trabajando ininterrumpidamente, en dos campos militares, desde la mañana del sábado 26 hasta la tarde del domingo 27 de julio, con instrucciones de tapar las insignias italianas de numerosos trimotores de bombardeo S-81.

El mismo domingo, según las informaciones referidas, los citados bombardeadores salieron con rumbo desconocido. Y el 2 de agosto publicó *Le Temps* un lacónico mensaje, fechado en Rabat, en el cual daba la noticia de que catorce aviones italianos de bombardeo habían llegado a Nador y que seguirían con rumbo a España. Por lo que estaba sucediendo y por los datos que obraban en su poder, pudo el mencionado periódico llegar a las siguientes conclusiones:

“Dedúcese, no sin haber hecho antes una cuidadosa investigación, que el general Franco se apresta a utilizar gran número de aeroplanos de guerra alemanes e italianos, recibidos ya por él y tripulados por personal técnico de las dos potencias fascistas. Entre estos aeroplanos de que dispondrá el ejército rebelde los hay de caza y Junkers alemanes de bombardeo, así como italianos del tipo Caproni. Se cree que el primer ensayo de estos aparatos se ha hecho contra la población de Badajoz.”

En tales condiciones la sublevación cuartelaria, dominada ya por el Gobierno y por el pueblo en las plazas más importantes del país, tenía forzosamente que prolongarse. Y se iba agudizando la contienda a tal extremo que, durante las primeras semanas de agosto, se peleaba desesperadamente en la mitad del territorio español contra las fuerzas invasoras, que habían podido avanzar en varios sitios, haciéndose fuertes en el Guadarrama, en el Alcázar de Toledo, en gran parte de Andalucía, en Castilla la Vieja y en las provincias que colindan con Portugal.

La lucha armada contra invasores y facciosos dió origen a un hondo movimiento de transformación social

El ataque de los militares y de las castas privilegiadas contra el auténtico pueblo español, era lógico que engendrara al mismo tiempo un hondo movimiento revolucionario, de tal modo que las grandes mayorías se enfrentaban simultáneamente con los invasores y con sus poderosos enemigos del interior del país.

El ánimo de esos días, el “clima” o ambiente de la España leal,

se reflejaba en los periódicos, en las manifestaciones populares, en todos los comentarios, en las radiodifusoras, en los sindicatos de trabajadores, en calles, en plazas públicas y en lo íntimo de los hogares. El pensamiento colectivo que se respiraba en España, la vibración profunda del espíritu español, como consecuencia de la invasión nazifascista y del movimiento revolucionario que se gestaba paralelamente, podría resumirse en una frase: consagración de la utilidad.

¡Consagración de la utilidad! Lo que no era útil se calificaba como cosa superflua. Los casinos, los palacios, los clubs de señoritos, todo aquello que en momentos tan agudos de lucha se apreciaba como insolencia histórica, tenía que dar paso a hospitales, sanatorios, guarderías infantiles, bibliotecas, salones de conferencias, casas del pueblo, sindicatos, confederaciones, locales, en fin, de unificación democrática.

Hasta elementos simplemente republicanos, o alejados de la política, que nunca se habían distinguido como radicales en ninguna forma, expresaban su indignación contra los militares sublevados y se unían al movimiento popular. Y los intelectuales de más renombre y prestigio, los escritores públicos más autorizados, abogaban por la aplicación del artículo 44 constitucional a la plutocracia, a los latifundistas, al alto clero por su apoyo a los facciosos, a los "grandes" de España, a los detentadores de todo jaez, cuyos bienes muebles e inmuebles se pedía que pasasen al Estado.

Pero eso no era suficiente. Se proclamaba que era indispensable, al mismo tiempo, depurar el servicio diplomático, depurar el magisterio, depurar, radicalmente, las oficinas gubernamentales, en las que continuaban todavía en funciones, taimadamente guarecidos, miles de burócratas, monárquicos y fascistas, quienes en cualquier momento traicionarían a la República.

Se inició, entonces, una higienización en algunos Ministerios. En el de Relaciones Exteriores quedaron cesados varios diplomáticos, que siempre habían soñado con la reinstalación de los Borbones en el poder. En el de Instrucción Pública, sobre todo en la sección universitaria, se hicieron cambios y remociones definitivas. En lo relativo a Justicia, aunque bien es cierto que jubilándolos, se les dió las gracias por sus servicios a numerosos jueces y magistrados que siempre fallaban en perjuicio de los desposeídos, para congraciarse con las derechas.

En lo económico, a reserva de dar cuenta en su día a las Cortes,

se dispuso la rebaja del cincuenta por ciento en alquileres mensuales inferiores a 201 pesetas; se concedió una moratoria para satisfacer las mensualidades atrasadas; se decretó intervenir las explotaciones mineras; fué establecida una ordenación de la energía eléctrica; y el Consejo de Ministros, después de mucho meditarlo, acordó incautarse de la Compañía Trasatlántica, como ya se había hecho con la Transmediterránea, propiedad del contrabandista Juan March, financiador principal de los generales insurrectos.

Se hacía todo esto dentro de la ley, aplicando simplemente el ya mencionado artículo 44 de la Constitución. Así procedían los "rojos" españoles, a quienes la propaganda reaccionaria señalaba en el extranjero con los más denigrantes adjetivos, llevándose dedos y uñas a la cabeza los llamados defensores de la civilización occidental, adornada con botas militares y con charreteras. Porque mientras la gran masa popular española y el Gobierno legítimo de la República se enfrentaban a los militares y a los invasores extranjeros, mientras en la península ibérica se libraban las primeras batallas de la nueva guerra europea, todas las fuerzas reaccionarias del mundo intensificaban su campaña de difamación contra los defensores de sus derechos, de su independencia y de su libertad.

Y a los "rojos" españoles se les echaba encima el derechismo de América y de Europa, no obstante que hasta el Conde de Romanones, don Alvaro de Figueroa y Torres, declaraba en periódicos de Francia: "A los sublevados contra el pueblo de mi patria, en las mayores condiciones de iniquidad, es necesario aplicarles íntegramente el código de justicia militar. Y quienes les apoyan y financian deben purgar también el grave delito de traición que cometen contra España".

En igual sentido se pronunciaban estadistas de tan reconocida serenidad como don Angel Ossorio, católico y monárquico, quien decía con franqueza que le honra: "El pueblo, al mismo tiempo que se bate, coloca espontáneamente los cimientos del porvenir. Los señoritos, incomprensivos y holgazanes, que nos llamaban bolcheviques a los demócratas cristianos, están servidos. No se sorprenda nadie de las consecuencias. Los rentistas, la aristocracia, el clero y el ejército no mueren a mano airada: se han suicidado".

E incluso el doctor Gregorio Marañón, especialista en todo lo que se refiere a glándulas de secreción interna y a complejos sexuales, cuya conducta posterior acabó con lo que pudiera tener de pres-

tigio como hombre de honradas convicciones, se emocionaba ante "el destino de lujosos palacios, símbolo de tantas cosas, destinados a ser un día refugio de niños y escuela de sus mentes, antes condenadas a perderse en la ignorancia".

Pero estaba en acción la gran maquinaria de la propaganda nazifascista contra esa democracia, que los dirigentes de Roma y de Berlín desfiguraban y señalaban como el más feroz y sanguinario "comunismo" de la época contemporánea. El resultado de semejante campaña y de la incomprensión de las democracias capitalistas, cuyos gobernantes no quisieron darse cuenta de la realidad, se verá en los capítulos siguientes.

CUESTIONARIO

1. *¿Cuándo y cómo se formó el Estado de Manchukuo?*
2. *¿Qué hizo la Liga de las Naciones en los casos de agresión a Manchuria, Abisinia y la Rhenania?*
3. *¿Qué actitud asumió el pueblo español frente al ataque de los militares y de las potencias nazifascistas, iniciado en julio de 1936?*
4. *Hacer una relación sintética de la resistencia que Madrid y Barcelona opusieron a los sublevados.*
5. *Explicar cómo pudo comprobarse, desde las primeras semanas de la lucha en territorio español, la complicidad de Hitler y de Mussolini con los insurrectos.*
6. *Señalar algunas de las medidas burocráticas y económicas que empezó a tomar el Gobierno republicano, presionado por las grandes mayorías trabajadoras.*

LECCION XV

CON EL LLAMADO PACTO DE NEUTRALIDAD SE INICIO EN EUROPA LA POLITICA DEL APACIGUAMIENTO

*En qué forma, para rodear a Francia, habían minado
a España los nazifascistas*

EN LOS primeros días de agosto de 1936 quedó plenamente confirmada la intervención nazifascista en España. Y no se confirmaba esa intervención a base de noticias falsas ni de exageraciones periodísticas, sino con apoyo en hechos reales, que no era posible pasasen desapercibidos en la Europa supercultura y democrática.

En Inglaterra y en Francia, por ejemplo, se sabía de las concentraciones de "voluntarios" italianos y alemanes en la península ibérica, quienes llegaban a reforzar a los militares españoles sublevados. Y se sabía, además, que con los contingentes de Roma y de Berlín arribaban al territorio invadido los aeroplanos de bombardeo, los tanques, las ametralladoras, los obuses, las granadas, los cañones, todo el equipo moderno de matanza que Hitler y Mussolini enviaban a los facciosos.

Se sabía, en realidad, mucho más que todo eso, de acuerdo con informaciones documentadas sobre las actividades y los planes de las dos potencias agresoras, con anterioridad a lo que indebidamente han insistido en considerar los reaccionarios como "guerra civil". Era público y notorio, en efecto, que algunos miembros del ejército y de la marina del Reich habían hecho varios viajes a España, y habían conferenciado repetidas veces con el político José María Gil Robles y con los generales Mola y Sanjurjo, meses antes del 18 de julio.

Era público y notorio, de igual manera, que tanto Leon Blum como Neville Chamberlain tuvieron evidencia de que a fines de mayo y principios de junio de 1936 se habían hecho los últimos arreglos, en Madrid y en Berlín, para la ayuda militar de Italia y de Alemania en favor de los rebeldes; y que el propio general Sanjurjo había llegado a un acuerdo en firme con el Fuehrer, durante la visita del inescrupuloso militar español a la capital de Alemania, en febrero

y en marzo de 1936. Visitó Sanjurjo en esa fecha varias fábricas de armas, tuvo frecuentes conferencias con sus colegas del Estado Mayor alemán, e hizo grandes pedidos de material de guerra, aprovechando el amplio crédito que se le concedía en el Reich para que se subleva-
vara contra las autoridades republicanas de su patria.

Refrendó los pedidos de armas Gil Robles, como garante político, y el conocido millonario y poderoso contrabandista Juan March, como fiador financiero. Y se llegó a la conclusión, en esas pláticas, de que el apoyo más efectivo que prestaría Alemania, para desmoralizar al pueblo español y dominar rápidamente la situación, sería el de aviones de bombardeo con sus correspondientes pilotos.

Pudo evidenciarse, además, que la ayuda italiana era tan intensa como la de Berlín; que se planeó, como la de los alemanes, anticipadamente; y que Portugal tendría que ser la base de operaciones anti-españolas en la península ibérica. No era posible alegar, por consiguiente, ignorancia de la realidad, puesto que, a mayor abundamiento, también llegaron a descubrir las autoridades anglofrancesas que el agregado político de la Embajada alemana en Madrid, Herr Schwendemann, entre el 7 de junio y el 15 de julio de 1936, había mantenido constante comunicación con varios núcleos nazis, distribuidos en puntos estratégicos de la República Española para mantener contacto con los más destacados jefes de Falange.

Todos estos agentes del Reich despleaban sus actividades de acuerdo con la Gestapo, la tenebrosa policía secreta del terror nazi, cuyos hilos se extendían hasta las Baleares, Canarias y Marruecos, territorios en los que operaban, simultáneamente, numerosos espías de la Ovrá, enviados allí como avanzada por órdenes de Mussolini.

No obstante lo difícil que resulta obtener nombres correctos, cuando se trata de espionaje, se logró averiguar lo que habían estado haciendo y tramando en España un tal Hermann Riechling, una tal Margarita Adler y los jefes del Servicio Secreto alemán, General Oberlan y U. H. von Behr. A esos nombres se agregaban los de 35 altos funcionarios secretos más de la Gestapo, con verdaderas legiones de quintacolumnistas a su servicio.

Esos hombres de confianza de Hitler, desde Wolfgang Ziegler hasta Engen Arnold, con los falangistas y los agentes secretos de Mussolini, operaban como jefes de grupo, jefes de círculo, jefes de centro o enlaces en Granada, Santander, Barcelona, Bilbao, Madrid, Valencia, Gerona, Alicante, la Coruña, Vigo, Eibar, Zaragoza, Málaga,

Melilla, Gijón, Islas Baleares, Marruecos, Sevilla, Burgos, Cartagena y casi todas las regiones y las plazas más importantes de España.

No era posible, por lo tanto, disponiendo como disponían de todos estos informes el Quai d'Orsay y Downing Street, abrigar ninguna duda en relación con los planes y con las ambiciones de Hitler y de Mussolini, en el teatro que habían escogido para iniciar la guerra europea. Conforme a sus proyectos de dominación, para su futura guerra contra el Eje Londres-París, les era indispensable el dominio de las Islas Baleares y del Mediterráneo español, con objeto de cortarles toda comunicación a Inglaterra y a Francia con sus posesiones del Africa del Norte. Y con un gobierno aliado en España, que no era ni podía ser el del Frente Popular, tendría Francia que distraer gran parte de sus fuerzas para resguardarse de un ataque nazifascista a través de los Pirineos, en la frontera francoespañola.

De modo que lo que con anticipación se había planeado, y lo que ya estaba sucediendo en España no era otra cosa, en resumen, que el principio de la realización de las prédicas de Hitler contra Francia, ostensiblemente delineadas en su libro *Mi Lucha*.

Actitud inconcebible del Gobierno de Leon Blum

¿Qué actitud asumió ante situación tan difícil, pero al mismo tiempo tan clara, el Gobierno del Frente Popular francés? Es de advertir que dicho Gobierno, organizado pocas semanas antes, el 4 de junio de 1936, había llegado al poder con el respaldo fervoroso de las grandes masas trabajadoras, afiliadas en los tres grandes partidos de la coalición, cuyos jefes eran el propio Blum, Eduardo Daladier y Maurice Thorez.

Pues a pesar de ese enorme respaldo que tenía el régimen de Blum; a pesar de que todas las izquierdas y los sindicatos obreros de Francia estuvieron de lleno con la causa del pueblo español; a pesar, en fin, de que en el mismo sentido se pronunciaron los más ilustres escritores tanto de Francia como del resto de Europa y de los países democráticos de América, a Blum y a su Ministro de Relaciones Exteriores, Delbos, no se les ocurrió otra cosa que dirigirse a Londres a conferenciar con Chamberlain.

Allí se tramó lo que vino después a conocerse con el nombre de Pacto de Neutralidad o de No Intervención en España, creyendo Chamberlain que con cruzarse de brazos y con cerrar los ojos ante la

realidad, era fácil evitar la hecatombe que tres años después habría de sacudir al mundo entero.

El famoso Pacto de Neutralidad fué debatido por el Gobierno francés en Consejo de Ministros, el 8 de agosto, provocando acaloradas discusiones y airadas protestas en la opinión pública. Solamente las fuerzas derechistas, la gran plutocracia y los periódicos reaccionarios, en connivencia desde la época de Laval con los propagandistas de Hitler y de Mussolini; solamente esas fuerzas en plena descomposición, como se pudo comprobar tiempo después, al ser vencida y humillada por las hordas teutonas la República Francesa, se declararon abiertamente partidarias del general Franco y de la política de "neutralidad", no obstante ser contraria a los intereses fundamentales de su patria.

Pero en medio de la tempestad que suscitó la discusión de esa medida, y contra el criterio de Pierre Cot y de otros miembros del Gabinete por semejante vulneración del Derecho Internacional, prevaleció a la postre la tesis no intervencionista, la tesis absurda de ignorar lo que sucedía en España. Se prohibió entonces el envío de armas al Gobierno de Madrid o a los facciosos de Burgos, con apoyo en la seguridad dada por Blum y por Delbos de que Italia y Alemania estaban de acuerdo en adherirse al Pacto y en no cooperar con los rebeldes españoles.

Influencia decisiva tuvo en la aceptación de ese convenio el Presidente de la República, Alberto Lebrun, quien sostuvo y respaldó constantemente a Delbos en su defensa de la neutralidad, inspirada por Chamberlain, como habría después de sostener a Bonnet, durante largos meses, en su política delictuosa de colaboración a todo trance con Hitler y con Mussolini.

Tanto el Presidente Lebrun como sus más allegados colaboradores, temerosos de crearle conflictos inmediatos a Francia, afirmaban que proceder en otra forma sería lanzar a su país en la guerra; y con objetó de explicar en alguna forma su actitud ante el clamor de las grandes mayorías del Frente Popular, no tuvieron inconveniente en decir y escribir que la Gran Bretaña, según lo había informado el Embajador inglés oficialmente, "no estaba en condiciones de ayudar a Francia si por su actitud, en favor de los republicanos españoles, se veía envuelta en una guerra con Alemania o con Italia".

Nació, pues, en esa forma, la política fatal del apaciguamiento en Europa, que sólo sirvió para fortalecer a las potencias agresoras del

Eje Roma-Berlín. Ambas potencias, con la complicidad de las democracias capitalistas, tuvieron todas las facilidades para dominar en España y rodear a Francia por el sur, por el Atlántico y por el Mediterráneo, tomando así posiciones para la lucha en gran escala que ya estaban preparando.

*Las clases privilegiadas europeas se sentían a salvo
con Hitler y con Mussolini*

Tomaría muchas páginas hacer una relación detallada en estos apuntes de la heroica resistencia del pueblo español en contra de los invasores nazifascistas, resistencia que pudo prolongarse desde julio de 1936 hasta febrero de 1939. Páginas sangrientas y dolorosas tomaría, también, lo que aquí pudiera decirse sobre los terribles bombardeos de Madrid, de Barcelona, de Guernica, de Durango y de tantas otras ciudades y poblaciones indefensas de la nación española.

Baste decir que las plazas en poder del régimen legítimo fueron cayendo después de largas y de terribles luchas, teniendo a su favor los invasores y los militares sublevados todos los elementos necesarios para triunfar, desde los más modernos aviones de combate, de marcas italianas y alemanas, hasta los pesados tanques que en territorio español ensayaban los totalitarios.

Al Gobierno legítimo, en cambio, de acuerdo con el Pacto de Neutralidad, se le negaban hasta envíos de armamento que había contratado la República con anterioridad a la iniciación del cuartelazo de los militares. Podrá decir la Historia —ya lo está diciendo por lo que sucedió después en Europa— que los leales españoles lucharon denodadamente hasta lo último, hasta quedar materialmente exhaustos y sin las pocas municiones con las cuales podían defenderse.

Uno de los casos más elocuentes en que se pudo comprobar lo que significaba el Pacto de Neutralidad, a los dos meses escasos de contienda, fué la pérdida de Irún. Al otro lado del Bidasoa, casi a la vista de los defensores de la ciudad, se hallaban detenidos por el Gobierno francés varios cargamentos de material de guerra, con los cuales aquella región hubiera sido invulnerable.

Habría bastado con respetar el Derecho Internacional, y esas armas hubieran servido a los guipuzcoanos para mantener su dominio en el norte. Como a los vascos, desprovistos también de municiones. Como a los asturianos indomables, quienes han escrito páginas glo-

riosas en defensa de su patria, en defensa de la República, en defensa de la democracia y de la dignidad humana.

Pero las potencias europeas, encabezadas por hombres como Blum y Chamberlain, las potencias del Comité de Londres, las que mandaban en la Liga de las Naciones, no querían que el pueblo español se armase contra los nazifascistas. Apoyaban, antes bien, a los totalitarios, porque las castas dominantes, las clases privilegiadas del viejo mundo preferían el triunfo de Hitler y de Mussolini, considerados a la sazón como campeones del anticomunismo; preferían ese triunfo, desde luego, a la liberación de un pueblo que simultáneamente a su defensa contra los invasores extranjeros, estaba ya convirtiendo en realidad los postulados de la gran revolución social española.

Eso explica que dichas potencias permitieran que Italia y Alemania siguiesen conquistando posiciones estratégicas en la península, hasta su derrumbamiento en 1939. Y eso explica, como lógica consecuencia, que perdieran valor en Europa todos los tratados internacionales, que fracasara la Liga de Ginebra, que cayera en plena anarquía y en pleno caos el continente que todos habíamos considerado como cuna de la civilización y de la cultura.

*Consecuencias del apaciguamiento en el lejano oriente:
el Japón se lanza contra China*

Acontecimientos tan lamentables, complicidades en tal forma monstruosas, primero en Manchuria, después en Abisinia y por último en España, también explican que el incendio del crimen y de la barbarie llegase de igual modo hasta el lejano oriente. Allí estaba el Japón, esperando su momento. Y ese momento llegó por fin el 8 de julio de 1937, fecha en que de nuevo iniciaron los ejércitos de Tokio la guerra y la invasión de China.

Como los italianos y los alemanes nazifascistas lo hacían en España, los pilotos japoneses empezaron a bombardear las grandes e indefensas ciudades de la costa china. Millones de civiles tuvieron que evacuar sus humildes hogares, buscando refugio en las provincias occidentales. Carnicerías horrendas llevaron a cabo los invasores japoneses. Pero se encontraron con un enorme pueblo que sigue todavía defendiendo su libertad, en 1942, cohesionado por la memoria de un caudillo tan ilustre como el doctor Sun Yat-Sen y por el carácter extraordinario de Chiang Kai-Shek, de quien pudo exclamar Rabin-dranath Tagore, pocas semanas antes de morir:

“La China es invencible. Su civilización, bajo la custodia del intrépido Chiang Kai-Shek, dispone de recursos maravillosos. Una nueva edad se edifica en la China, gracias al heroísmo desesperado de sus hijos, unidos hoy como jamás antes lo estuvieron.

“La China, sin preparación militar ninguna, encerrada en un círculo de hierro por el gigantesco engranaje de los japoneses, resiste y no desmaya ni una vez siquiera. Ninguna derrota temporal podrá jamás destruir su alma, plenamente despierta.

“Frente a la ciencia del militarismo japonés, groseramente occidentalizado en el carácter, la actitud del pueblo chino, con Chiang Kai-Shek a la cabeza, rebela un estado moral superior. Mas el resto del mundo, desgraciadamente, no osa llevar a juicio a los reos de tan tremendo crimen, a causa de las espantosas posibilidades que amenazan su propio porvenir. Así se explica que se esté dejando a los perversos manchar la Historia a su sabor, ennegreciendo la reputación de los hombres de nuestro siglo ante la eternidad.”

Y así como Tagore, Guillermo Ferrero y otros conocidos hombres de letras han proclamado la caída del viejo continente en una barbarie como nunca la tuvo, por la incapacidad de las democracias capitalistas para contener la avalancha de los Estados agresores en Europa, en Africa y en el Asia. Porque los regímenes de Blum y de Chamberlain, en otras palabras, al iniciarse el conflicto guerrero en territorio europeo, al oír la ronca y audaz vocinglería de Hitler y de Mussolini, se cubrieron los ojos, levantaron los hombros y se lavaron las manos para no comprometerse.

A las terribles matanzas de la población civil en China y en España; al bombardeo de puertos y de poblaciones indefensas; a lo que llamaron los mismos apaciguadores “piratería desconocida”; a la movilización constante de fuerzas nazifascistas, con el pretexto de atacar al comunismo; a todo eso, para su propia desgracia, únicamente opusieron resistencia tan débil Londres y París, que su actitud vino a traducirse en franca complicidad con la barbarie.

La voz de los agresores, entretanto, subía de tono. Rehusaban toda mediación en contra de sus designios y de sus ambiciones. No querían nada. No aceptaban nada. Proclamaban que tenían que triunfar a todo trance.

Imploraba el Gobierno de China, desde 1937, que las potencias occidentales no siguieran armando al brutal invasor que había roto la paz en el oriente; que no se le vendiesen armas; que se ejerciera sobre

el Japón una presión económica conjunta. Pero no querían oír las llamadas potencias democráticas el clamor de aquel heroico pueblo destrzado.

El régimen legítimo de España, desde 1936, solicitaba con insistencia que se respetase el Derecho Internacional; que se le permitiera proveerse del material necesario para defender su territorio; que no se le atasen las manos frente a la traición y frente a la invasión de que estaba siendo víctima. Pero los países europeos, excluida Rusia; las repúblicas americanas, con excepción de México; el mundo entero, pues, se cruzaba de brazos ante todos esos atropellos. Y seguían manteniendo 26 Estados la tesis monstruosa de la No Intervención, que sólo podía considerarse como tesis abiertamente favorable a los designios de los poderes antidemocráticos.

¡Y en medio de todo, para explicarlo todo, para buscarle justificación al atropello, para excusar complicidades, el fantasma rojo del comunismo! Pero ya el mundo, después de tan rudas y de tan crueles experiencias, después de tanto dolor y de tanta angustia, ha podido darse cuenta de que hay una justicia superior, una justicia inmanente que acabará, tarde o temprano, con el crimen y con la barbarie de las potencias agresoras.

CUESTIONARIO

1. *¿Cuándo y en qué condiciones se inició en Europa la política del apaciguamiento?*
2. *Hacer una reseña de los arreglos de los militares españoles con Hitler y con Mussolini, anteriores al 18 de julio de 1936.*
3. *Dar algunos detalles sobre la forma en que fué recibida por el Frente Popular de Francia, y por las clases privilegiadas, la noticia del Pacto de Neutralidad propuesto por Blum y por su Ministro de Relaciones Exteriores.*
4. *¿Cuáles fueron las consecuencias de la política del apaciguamiento en el lejano oriente?*
5. *Referirse a la resistencia ejemplar del pueblo chino contra la invasión de su territorio por los ejércitos japoneses.*

LECCION XVI

MERCED A LA POLITICA DE CHAMBERLAIN CONTINUARON LOS NAZIFASCISTAS SUS AGRESIONES EN EUROPA

Anexión de Austria por los ejércitos de Hitler

QUEDA relatado en el capítulo anterior cómo se inició en el viejo mundo la política del apaciguamiento, con el llamado Pacto de Neutralidad, arma de las plutocracias europeas contra el pueblo y contra el Gobierno constitucional de España; vimos también, a grandes rasgos, de qué manera sirvió esa política de complicidad para que el Japón se aprovechara de ella, lanzándose sobre la China en julio de 1937; y se hizo, por fin, una ligera referencia a la figura brillante de Chiang Kai-Shek, quien desde entonces, establecido su Gobierno en la nueva capital china de Chungking, ha continuado siendo el alma y el cerebro de la resistencia de su patria al invasor japonés.

Volvamos ahora a lo que, encendida ya la guerra de los totalitarios en el Asia y en España, vino lógicamente a suceder al norte de los Pirineos. Pero como sería difícil y no es el objeto de este trabajo hacer una reseña pormenorizada de todo lo acaecido, se procurará ofrecer a los lectores, a título de orientación, un sumario sintético de los acontecimientos de mayor trascendencia que se fueron registrando durante la carrera bélica, desenfrenada y sangrienta, de las potencias agresoras.

De lo relatado salta a la vista, insistiendo en este punto, que todos los convenios internacionales, todos los protocolos de paz mencionados en el curso de estas páginas, todas las convenciones sobre derechos y deberes de los Estados, anteriores o posteriores a la guerra de 1914, habían sido violados y ya no existían en Europa, de hecho ni de derecho, en el transcurso de 1937.

Quiere decir, entonces, que ya eran letra muerta el Tratado de las Nueve Potencias, el Pacto Kellogg, el de Versalles, el de San Germán, el de Trianon, el de Sévres, el de Locarno, el de Lausanne y —como remate de todo lo violado y de todo lo escarnecido— el Pacto de la Sociedad de las Naciones, en el cual se estipulaba que los miembros de la Liga contraían el compromiso de respetar y mantener, contra

toda agresión exterior, la integridad territorial y la independencia política de las naciones asociadas.

No se ayudó a los abisinios. No se ayudó a los chinos. No se ayudó a los españoles. Nada se respetaba: ni la legitimidad de los gobiernos, ni la voluntad de los pueblos, ni la jurisprudencia solemnemente aceptada en defensa de la integridad territorial y de la soberanía de los Estados libres de la tierra.

Sin ley que amparase a los débiles; sin Derecho Internacional; burlada y escarnecida la institución de Ginebra, era lógico que el terror y la anarquía prevaleciesen en el viejo mundo. Allí sólo se hablaba de acorazados, de cañones, de fuerza, del peligro tremendo de la guerra.

Y ante las amenazas de Italia y de Alemania, ante las palabras de desafío que Hitler y Mussolini lanzaban constantemente para imponer su voluntad y su dominio, persistían en mantener su actitud suicida las potencias democráticas, encabezadas por Chamberlain y por sus aliados del Frente Popular francés. De esa manera, sin que la Historia pueda negarlo, iban convirtiéndose París y Londres —¡por temor al comunismo!— en cómplices del crimen y de la barbarie.

Llegamos así a 1938. Hitler estaba en su apogeo, bombardeando a España, ensayando impunemente su maquinaria bélica en las indefensas ciudades españolas, ganándose la simpatía de todas las clases reaccionarias del mundo con su demagogia anticomunista, codo a codo con el señor Mussolini, y ampliamente respaldados ambos dictadores por la torpeza o por la debilidad del imponderable Chamberlain.

El 20 de febrero, apenas iniciado el año 38, pronunció el Fuehrer un discurso fulminante en el Reichstag, afirmando que no tenía ambición ninguna sobre el territorio austríaco, y condenando la política exterior inglesa de Anthony Eden, quien ya empezaba a darse cuenta de sus errores en relación con los totalitarios.

Bastó ese discurso de Hitler para que a Eden se le hiciese renunciar, tomando sobre sí el propio Chamberlain las funciones de Canciller británico, con el hitlerista Halifax como ayudante. Desde ese momento, en su doble carácter de Jefe del Gobierno y de Ministro de Relaciones Exteriores del Imperio, anunció Chamberlain que no tenía más remedio que intensificar su "política de realidades". Y tendió sus largos brazos, decididamente, al Fuehrer y al Duce.

Le contestó Berlín con efusivas notas de agradecimiento y de

simpatía por actitud en tal forma "pacificadora". Mas sin pérdida de tiempo, a pesar de su discurso ya citado del 20 de febrero, en el que Hitler declaraba no tener ambición ninguna sobre el territorio austríaco, decidió a los 19 días, el 11 de marzo, enviar sus ejércitos a Austria y ocupar todo el país, porque el Canciller Schuschnigg había "engañado al Reich" disponiendo que se efectuara un plebiscito en Austria, en lo que no era posible que Alemania estuviese de acuerdo.

Inquieto Chamberlain preguntó a Berlín qué buscaba con la invasión de Austria. Replicó Hitler que no se trataba de una guerra sino de una simple "ocupación pacífica". ¡Aunque bien es cierto que con 100,000 soldados de choque, tanques, ametralladoras y varios centenares de aeroplanos en viaje de inspección!

Nada hizo Inglaterra para evitar el atropello. Nada hizo Francia. Nada pudo hacer, tampoco, la Liga de las Naciones. Y el 14 de marzo, a la retaguardia de sus ejércitos, entró Hitler en Viena, sin que nadie osara oponerle resistencia a la regocijada marcha triunfal de los tudescos.

Dueño ya del territorio y de los habitantes de su tierra nativa, creyó necesario asegurar el Fuehrer que estaba cumpliendo una misión encomendada por Dios a su destino. Y con el apoyo de su teutónica divinidad, de los ejércitos invasores y del terror que sembraba la Gestapo, celebró y ganó un famoso plebiscito, realizado "libremente", no obstante su odio a la democracia y el haberse opuesto al que había convocado Schuschnigg, preso a la sazón y torturado inicuaamente por la policía secreta de los nazis.

La invasión de Austria, empero, con música, discursos, banquetes y celebraciones, no agradaba mucho a un hombre como Hitler. ¡Había que darle color heroico a la conquista! Empezaron entonces los encarcelamientos en masa, la más atroz persecución de los "perros judíos", los asesinatos de conocidos jefes socialistas, los suicidios, en fin, de centenares de hombres y de mujeres que preferían la muerte, por su propia mano, a las torturas y a los ultrajes a que estaban expuestos con el dominio de las hordas nazifascistas en su pequeña patria.

Nuevas concesiones de Chamberlain a los totalitarios

Le resultaba todo tan fácil a Hitler, gracias a la política del apaciguamiento, que su alarmante mesianismo iba creciendo cada

día. ¡También le mandaba Dios que librara de penas a Checoslovaquia! Francia se dirigió entonces a Londres para evitar nuevos avances del Reich. Pero el señor Chamberlain no quería comprometerse, ya que el robustecimiento del Fuehrer tendría que ser, a su debido tiempo, la guerra de todos contra la Unión Soviética.

Juzgaba necesario, no obstante haber sido burlado por los nazis en Austria, seguirlos ayudando. Y ante el nuevo peligro que se cernía sobre Checoslovaquia, en contestación al llamado que le hizo Francia, decidió responder el Primer Ministro y Canciller inglés, reconociendo oficialmente la unión de Austria con el Reich.

Hizo saber al Quai d'Orsay que sería fácil apaciguar a Hitler en el caso de Checoslovaquia, siempre que París se ciñera sin titubear a la "política realista" de la Gran Bretaña, no solamente mediante una cooperación decidida con el Fuehrer de los alemanes y con el Duce de los italianos, sino también con el Japón.

Era indispensable, por lo tanto, empezar negociaciones con los representantes del Mikado. Y de acuerdo con lo que tenía en mente el señor Chamberlain, Inglaterra reconocería la conquista japonesa de la China del norte —como si fuese la China propiedad inglesa— a cambio de protección nipona para los intereses comerciales de Londres en el lejano oriente.

Aparte de esas pláticas inició Chamberlain, al mismo tiempo, conversaciones oficiales con Italia, que habrían de parar, un mes más adelante, en el acuerdo angloitaliano del Mediterráneo. La esencia de ese acuerdo pudo advertirse desde que comenzaron las pláticas entre Roma y Londres, a saber:

Mussolini prometió retirar de España sus "voluntarios" y su material de guerra —confesando implícitamente que había violado el Pacto de Neutralidad—, "siempre que la Gran Bretaña reconociera la conquista de Etiopía".

Mas agregó el Duce que estaba dispuesto a retirarse de España sólo cuando terminase la guerra civil. Es decir, cuando las armas italianas y los soldados de la swástica tuviesen definitivamente asegurada la victoria de los insurrectos en la península ibérica, con el Generalísimo de la traición a la cabeza.

¿Qué ocurría, mientras tanto, en la República Española? El Gobierno parlamentario, el Gobierno constitucional presidido por el doctor don Juan Negrín, después de la renuncia del Gabinete Giral

y de la caída de Largo Caballero, hacía un nuevo llamamiento a las potencias llamadas democráticas. España, la verdadera España, no solicitaba intervención de nadie. No pedía hombres. No había menester de auxilios que pudieran considerarse deshonorosos. Reclamaba, nada más, su derecho de comprar armas para defenderse.

Personalmente habló de estos asuntos el doctor Negrín con León Blum, quien al ver cómo avanzaban los invasores y cómo tenían ya dominado todo el norte de la península, repuso al Gobierno legítimo español que se comunicaría sin dilación con el señor Chamberlain.

La respuesta de Londres no pudo ser más desconcertante: "Lo único que Inglaterra está en la obligación de hacer es no quebrantar el Pacto de Neutralidad". Y le recordó Chamberlain a Blum que aquel convenio fué firmado, en agosto de 1936, como un "pacto de caballeros".

No podía ni debía Francia, por consiguiente, abrir la frontera de los Pirineos para ayudar, con apoyo en el Derecho, al pueblo español. Y los dos apaciguadores, el de París y el de Londres, le contestaron al doctor Negrín que estaban obligados a seguir siendo neutrales.

Mussolini a su vez, ante el temor de que el Frente Popular de los franceses pudiera en alguna forma prestar su ayuda a España, gritó entonces que cualquier auxilio al Gobierno español por parte de Francia o de sus ciudadanos, sería la guerra con Italia. Así declaró el Duce, textualmente:

"Si Francia quiere dar un golpe de mano a favor de nuestros enemigos, que se prepare a enfrentarse con otros golpes. Si Francia mueve un solo dedo a través de los Pirineos, si pierde la cabeza, nadie puede decir en dónde la encontrará."

Y no movió un solo dedo Francia, ni lo movió Inglaterra, ni lo movieron las demás naciones que decían ser democráticas, sino precisamente en favor de los agresores y en perjuicio del pueblo español. Porque no sólo permitían que Italia y Alemania siguieran burlando el escarnecido Pacto de Neutralidad, que continuaran armando abiertamente a los facciosos y enviándoles sus ejércitos de "voluntarios", sino que hacían cuanto de su parte era posible para asfixiar al régimen legítimo de la República Española.

*Otra forma de complicidad europea con las
potencias ágresoras*

Bien es cierto que la guerra militar la estaban haciendo en España los totalitarios, pero también es verdad que la guerra económica, que el bloqueo contra el Gobierno constitucional de ese país lo hacían las demás naciones europeas, cooperando en esa forma con Hitler y con Mussolini.

En *Cosas y hombres de Europa*, en *La Doctrina de Monroe frente a los nazis en América*, en la revista *Futuro*, en distintas publicaciones sobre la tragedia española, ha creído necesario el autor referirse con insistencia a estos hechos, que muchas gentes parecían ignorar.

Por su importancia, para formarse un criterio justo de lo que se hacía en perjuicio de España; y porque se trata de datos oficiales obtenidos en el Centro Oficial de Contratación de Moneda, será preciso insistir una vez más sobre este tema del sabotaje de casi todos los Estados europeos, y de la banca oficial, semioficial o privada, contra el pueblo que con más vigor y heroísmo se enfrentó, desde que fué atacado, a la voracidad de la barbarie nazifascista.

Solamente del mes de agosto de 1936 a enero de 1937 fueron bloqueadas, en números redondos, las siguientes cantidades al Estado republicano español:

- Francia, 40,000,000 de francos.
- Dinamarca, 2,000,000 de coronas danesas.
- Suecia, 3,000,000 de coronas suecas.
- Holanda, 3,100,000 florines.
- Finlandia, 9,000,000 de marcos finlandeses.
- Suiza, 3,000,000 de francos suizos.
- Rumania, 150,000,000 de leis, por 8,000,000 de pesetas.
- Gran Bretaña, 1,999,000 libras esterlinas.

Las cantidades retenidas por la Gran Bretaña, violando todos los principios del derecho de gentes, pero complaciendo al señor Chamberlain, incluían el bloqueo inicial del Anglo Spanish Clearing Office, por 1,700,000.00 libras esterlinas; remesas enviadas al Martins Bank Limited, para pagos urgentes que tenía que hacer España, por 239,000.00; y 60,000.00 libras, retenidas en forma verdaderamente escandalosa por el British Overseas Bank, causando graves trastornos en el pago de legaciones y embajadas.

La lista anterior no está completa. Pero ese cuadro es suficiente para comprender y juzgar la actitud del mundo oficial y financiero de Europa contra España, arrebatándole el producto de sus exportaciones para dejarla sin divisas y desequilibrar su balanza de pagos; poniendo, pues, todo su empeño en complacer a Roma y a Berlín, al prestarles la cooperación que necesitaban para que pudiesen dominar en la península.

Banqueros londinenses de la City, al mismo tiempo, de acuerdo con empresas petroleras como la Royal Dutch —a su vez en connivencia con la Standard Oil—, otorgaban fuertes créditos a los militares sublevados. De ese modo tenían combustible en grandes cantidades los aviones y los tanques de los agresores, con el visto bueno de las democracias, cuya complicidad iba fortaleciendo cada vez más al Eje Roma-Berlín. Al eje, pues, de la barbarie, que al correr de poco tiempo habría de lanzar sobre esas mismas democracias, ni más ni menos, toda la fuerza de su poderío guerrero.

Y así, con el doble apoyo de totalitarios y demócratas —¡demócratas apaciguadores!— en favor de Franco y sus secuaces, seguía corriendo el tiempo y seguía corriendo la sangre de mujeres, de ancianos, de niños y de no combatientes españoles.

Poco antes de que Chamberlain le recordase a Blum que el convenio de neutralidad era un “pacto de caballeros”, las fuerzas nazifascistas al servicio del movimiento cuartelario se hacían llegar a 30,000 moros, 100,000 italianos, 20,000 alemanes (pilotos y mecánicos de aviación en su mayoría), 10,000 portugueses y grandes contingentes de mercenarios de la famosa legión extranjera. A todas esas fuerzas de choque, “nacionalistas”, había que agregar los requetés, los hombres de Falange, los guardias civiles y los reclutas españoles de once quintas forzadas a movilizarse.

Enormes contingentes nazifascistas para la ofensiva sobre Levante y Cataluña

“Todos los oficiales y los soldados de las unidades nazis que operan en España —decía el *New York Times*, con fecha 15 de marzo de 1938—, pertenecen al ejército alemán.” Y a continuación informaban los corresponsales de dicho periódico acerca de la enorme cantidad de aparatos Heinkel de bombardeo, tipo 111, tipo 45 y tipo 51, que estaban empleando los aviadores germanos “en cooperación con

el Generalísimo". E incluían detalles precisos, además, sobre las nuevas marcas Dornier-Wal y Messerschmidt de persecución, tipo 109, que en esos mismos días llegaban a distintos aeródromos de la zona franquista.

Como si tales denuncias no fuesen todavía suficientes para demostrar la violación totalitaria del Pacto de Neutralidad, agregaba el *New York Times*, en esa misma fecha, los nombres de los más destacados comandantes de distintos escuadrones aéreos, tales como el General Veidt, el Comandante Neudorfer, el Comandante Hermann, el Comandante Scholtz, el Comandante Schroeder, el Comandante Fischer, el Comandante Zeilberg y 47 jefes más, aparte de los copilotos y de los mecánicos de las flamantes máquinas alemanas de destrucción y de matanza.

O sea que mientras Londres y París se acogían al "pacto de caballeros", continuaban los otros dos caballeros, el de Berlín y el de Roma, reforzando su ofensiva contra la auténtica España. Porque además de los contingentes alemanes referidos por el *New York Times*, habían llegado del Reich pocas semanas antes, durante el mes de febrero, 280 aviadores, 400 artilleros y 120 técnicos exploradores, con otras partidas de bombas, explosivos y aeroplanos.

Las marcas de dichos aparatos, dadas a conocer por el *Popolo d'Italia* —seguramente con instrucciones de Berlín—, eran Falke, Brummer, Desaw y Rumpe. A esos aviones alemanes había que agregar 700 aparatos italianos Stormi, Issota-Fraschini, Romeo, Fiat, Savoia-Marchetti, Caproni, Alfa y Masurati.

El renglón de "voluntarios" nazifascistas, tratándose como se trataba de hacer un movimiento envolvente hacia el Mediterráneo, y de caer sobre Levante y Cataluña, se había ya duplicado al finalizar la segunda semana de marzo. Para entonces las concentraciones extranjeras en España eran de 120,000 legionarios italianos, 90,000 mahometanos dispuestos a defender la fe católica, 50,000 alemanes de pura raza aria y 35,000 fugitivos de las cárceles europeas, cruzados todos ellos de la civilización occidental.

Lo que ese amontonamiento tan heterogéneo de hombres y de máquinas hizo en el territorio leal de la península ibérica, principalmente en Barcelona, causó tal sensación de espanto y de terror que en todas partes del mundo —exceptuadas, por supuesto, las clases reaccionarias— se alzaron voces de condenación y de protesta. Pero Neville Chamberlain, como se demostrará en el capítulo siguiente,

creyó arreglarlo todo firmando, por fin, el pacto angloitaliano del Mediterráneo.

CUESTIONARIO

1. *¿Cómo pudo realizarse la anexión de Austria por los ejércitos de Hitler?*
2. *¿Por qué tuvo que renunciar Anthony Eden a sus funciones de Canciller británico?*
3. *¿Qué entendía Chamberlain por "política de realidades"?*
4. *¿Hicieron algo las potencias llamadas democráticas por evitar el atropello y la invasión de Austria?*
5. *Referirse a las nuevas concesiones que siguió haciendo Chamberlain a los totalitarios.*
6. *Dar algunas cifras relacionadas con el bloqueo económico de España por la plutocracia internacional europea.*
7. *Reseñar lo que se refiere a los contingentes de Italia y de Alemania para la ofensiva nazifascista sobre Levante y Cataluña.*

LECCION XVII

PRELIMINARES DEL PACTO DE MUNICH

*A pesar de todo continuaban Londres y París fortaleciendo
a los totalitarios*

TENEMOS, pues, que con sus poderosos contingentes humanos y mecánicos, disfrazado todo con el nombre de "guerra civil", ya estaban listos los dos rejoneadores totalitarios para dominar las costas mediterráneas españolas y envolver a Francia. Levante y Cataluña eran la meta. Y sobre los principales centros de población se dejaron ir los pilotos extranjeros.

Tres días seguidos de feroz bombardeo lanzaron sobre Barcelona, el 17, el 18 y el 19 de marzo. Sólo el 17 pasaron de mil los muertos y de tres mil los heridos de la población civil. Cincuenta y siete grandes edificios quedaron destrozados. Y fué entonces cuando el mundo de la civilización y de la cultura se estremeció, como se había estremecido con anteriores bombardeos.

Pero el mundo oficial, el mundo de los gobiernos, parecía no tener conciencia. Tenía miedo. Y ambiciones, codicias, intereses. ¡Las cosas reales de que hablaba Chamberlain!

A pesar de su torpe o de su calculada complicidad, sin embargo, también llegó a emocionarse Neville Chamberlain con la masacre criminal de Barcelona. Y puede ello afirmarse porque ante las protestas de la opinión pública, anunció en la Cámara de los Comunes que la Gran Bretaña y Francia ya buscaban el apoyo del Vaticano para pedir, "a las dos facciones españolas", que cesaran tales bombardeos, a sabiendas de que el Gobierno republicano no estaba bombardeando Burgos, ni Salamanca, ni Sevilla, ni ninguno de los reductos de que se habían posesionado los invasores y los militares insurrectos.

Sin duda que algún efecto tuvieron las gestiones de Downing Street y del Quai d'Orsay, porque el 23 de marzo dió instrucciones Pío XI a su representante diplomático ante los facciosos, Monseñor Antoniutti, para que se pronunciase ante el "Generalísimo" contra el bombardeo de ciudades españolas indefensas.

Aseguró al efecto el *Osservatore Romano* que "Franco tuvo una

grande y hondísima emoción al recibir la nota de Su Santidad, al que envió sin demora una respuesta filial, explicándole en ella que no era responsable de lo acaecido". Confesaba, en otras palabras, que la culpabilidad de las matanzas colectivas en su patria recaía sobre sus protectores y amigos de Berlín y de Roma.

Desde Nueva York, al mismo tiempo, 61 obispos de iglesias cristianas pidieron a los católicos de su país que usaran su influencia religiosa para poner fin al asesinato en masa de civiles. Pero no estuvo de acuerdo con esa petición Su Eminencia el Cardenal Hayes, quien, como réplica a los que condenaban tan monstruosos crímenes, celebró una gran misa solemne en la Catedral de San Patricio, pidiendo a Dios por la victoria del traidorzuelo Franco.

Datos sintéticos son los anteriores y serán los que siguen, del propio libro del que esto redacta, *España Heroica*, por estar en ellos condensado lo que fué sucediendo en Europa en el curso de los trágicos meses de 1938. A propósito de la actitud incomprensible del Cardenal Hayes —fallecido poco tiempo después— se preguntaba y se sigue preguntando el autor, en esas mismas páginas de la obra mencionada, cosas como las siguientes:

¿Rezará el Cardenal Hayes por algún general Franco norteamericano, que con aviones y pilotos nacionales o extranjeros quisiera derrocar al Presidente Roosevelt por su política del "nuevo trato", bombardeando Nueva York, Chicago, Filadelfia, Boston, Washington, los pueblos y las ciudades abiertas de la gran Federación anglosajona de América?

¿Cree Su Eminencia que Mussolini hubiera tenido paz relativa en el interior de Italia, y que le hubieran respaldado sus fanáticos, si la marcha sobre Roma hubiese implicado la matanza de mujeres y de niños italianos, el bombardeo de Nápoles, de Milán, de Florencia, de la Ciudad Eterna, del Vaticano, en suma?

¿O que Hitler hubiera podido ser el Fuehrer de los teutones, si hubiese tenido que vencerlos con ejércitos del Africa, o mongoles, o ingleses, o franceses, violando mujeres arias, asesinando a sus compatriotas, destruyendo pueblos y ciudades alemanas?

Eso es lo que habría que preguntarse y contestar honradamente en el caso de Franco y de sus aliados extranjeros, para llegar a la conclusión de que se estaba cometiendo uno de los más horrendos crímenes de la Historia con el pueblo católico español. Aunque bien es verdad que contra el modo de pensar de obispos y de cardenales,

los más altos funcionarios de los Estados Unidos, y los escritores de mayor prestigio, y el Colegio de Abogados, y el magisterio de escuelas y universidades, y la opinión pública en constantes manifestaciones, y el propio Presidente Roosevelt, condenaban reiteradamente los bombardeos y la barbarie nazifascista.

Lo mismo sucedía en los centros culturales de la vieja Europa, y entre las masas trabajadoras de la América española, y entre gentes de la clase media, que empezaban a darse cuenta de lo que se les esperaba. Sí. Todos sentían que era humano y justo protestar. ¡Pero los gobiernos no levantaban el embargo de armas para que pudieran los agredidos defenderse de los agresores!

No lo levantaban, a pesar del sentimiento mundial antifascista, mientras los testafierros entorchados de Burgos seguían recibiendo bombas fabricadas en las naciones democráticas, ni más ni menos; aceite y gasolina para sus aeroplanos; productos químicos de Norteamérica, de Francia, de Bélgica, de Holanda, de Inglaterra, de los diversos países que a su turno fueron después abatidos por las mismas potencias a las cuales ayudaban.

*Toda esa tormenta vino a culminar en los pactos anglo
y francoitaliano del Mediterráneo*

En esa forma, con el desenfado espectacular de las dictaduras totalitarias, con la complicidad de las demás naciones europeas y con el estruendo de la propaganda de Goebbels, continuaban avanzando en abril los invasores internacionales de España. Iban decididamente hacia Levante. Ya se acercaban al Mediterráneo. Llegaron, finalmente, a pocos kilómetros de Cataluña.

En el exterior, por las noticias de los diarios, parecía todo perdido para la causa leal. Los periódicos del Duce, principalmente, celebraban con anticipación "la gran victoria" italiana. *Stampa, Corriere della Sera, La Tribuna, Il Popolo*, entre tantas otras publicaciones del régimen fascista, hacían exaltaciones constantes y conmovedoras de la "heroicidad extraordinaria de las alas negras". He aquí, por ejemplo, esta frase de *Il Popolo*, entresacada de una larga información que publicó, el 8 de abril, sobre los bombardeos de Barcelona:

"La gloriosísima aviación italiana ha volado seis veces sobre la capital de Cataluña en una sola jornada, dejando caer con precisión

matemática toda su carga de explosivos sobre las calles y las plazas principales de la ciudad.”

Tales sucesos hicieron despertar a medias y empezaron a poner nervioso a Chamberlain. Mussolini —pensó el jefe del Gobierno inglés— será el amo de España, pues Hitler es probable que le deje manos libres en sus arreglos con el “Generalísimo”, a cambio del apoyo de Italia para que el Fuehrer extienda sus dominios a Checoslovaquia.

Había, por consiguiente, que adelantarse. ¡Y Chamberlain se adelantó! El 16 de abril de 1938 —fecha que no debe olvidarse— Londres y Roma firmaron por fin el Pacto del Mediterráneo, que durante varias semanas había estado en gestación, como ya lo vieron los lectores en el capítulo xvi.

En ese convenio, humillante para la Gran Bretaña, ganó Mussolini todos los puntos que estaba defendiendo: retiraría sus “voluntarios” de España, pero no antes de que quedase terminada la “guerra civil” con el triunfo de los facciosos. Y sin obtener nada en realidad, sino simples promesas de que sus intereses y sus derechos navales no serían perseguidos en aquel mar, Inglaterra tomó a su cargo el compromiso de liberar a los miembros de la Liga de un famoso acuerdo, que todos habían suscrito, de no reconocer la soberanía de Roma sobre Abisinia.

Cuarenta y ocho horas escasas habían pasado del convenio angloitaliano y ya Francia, el 18 de abril de 1938, estaba a su vez pidiendo a Mussolini hiciese saber al Quai d’Orsay si estaría dispuesto a negociar, con los franceses, un tratado similar al que firmó con Inglaterra. Al recibir respuesta favorable, el Gobierno de París enviaría un nuevo Embajador al Duce y a Su Majestad Víctor Manuel, a quien Francia le daría el tratamiento de Rey de Italia y Emperador de Abisinia.

*Entra en acción, caído Blum, el contradictorio político francés
Eduardo Daladier*

Para entonces ya no estaba Leon Blum al frente del Gobierno de su patria. Había tenido que renunciar el 20 de junio de 1937, aun cuando siguió colaborando como Primer Ministro adjunto en el Gabinete de Chautemps. Nuevamente se hizo cargo del Gobierno el señor Blum, al renunciar Chautemps el 13 de marzo de 1938, como

consecuencia de los sucesos de Austria que culminaron con su ane-
xión al Reich.

Pero ya estaba deshecho el Frente Popular; ya los jefes de los tres partidos que le dieron vida, se enfrentaban unos a los otros en abierta pugna; ya los descalabros en materia económica y las torpezas o las debilidades de Blum y de sus colaboradores, en política internacional, le restaban toda fuerza y toda autoridad al pusilánime líder socialista. Y no tuvo entonces más remedio que renunciar definitivamente a la jefatura de su segundo y mediocre Gabinete, en vísperas de que llegara Francia, detrás de Inglaterra, al ya referido Pacto del Mediterráneo.

El conocido y desastroso político francés Eduardo Daladier, sucedió al fracasado Blum en el Gobierno de París, reteniendo además para sí el Ministerio de la Guerra. Y con Daladier, como mala sombra, entró a formar parte del nuevo régimen el tenebroso Georges Bonnet, en su fatal carácter de Ministro de Relaciones Exteriores. Tenebroso era Bonnet a la par de Daladier, como tenebroso fué Halifax a la par de Chamberlain, por las tendencias marcadamente nazifascistas de ambos Cancilleres, tendencias que habrían de parar en todas las entregas y en todas las concesiones que fueron haciendo París y Londres a Hitler y a Mussolini.

De manera que el Pacto del Mediterráneo, celebrado por fin en la época de Daladier, fué el primer documento de importancia que el nuevo Primer Ministro y su inspirador Bonnet, a los pocos días de haber tomado sus carteras, tuvieron la mala fortuna de firmar en nombre y representación de la República Francesa, siguiendo el ejemplo de Chamberlain y Halifax.

El resumen de ese protocolo era que ya el Eje Londres-París estaba disponiendo de Abisinia como de cosa propia; que ya negociaba también el porvenir de España, entregándola a los totalitarios y a sus cómplices de adentro; y que ya, por añadidura, se sentía Inglaterra respaldada para tratar con el Japón y dejarle gran parte de la China.

¡Con británica flema procedía Chamberlain, pretendiendo disponer de lo que no era suyo ni de la Gran Bretaña! Pero iban muy de prisa el caballero Chamberlain y el caballero Halifax. Ahí estaban y habrían de continuar los ejércitos chinos, deteniendo al Japón en las trincheras. Y a pesar de todas las componendas y de todas las complicidades, seguiría resistiendo España hasta marzo de 1939, de-

fendiéndose a sí misma y queriendo defender a Europa de la catástrofe guerrera que fatalmente se veía llegar.

Cuando se firmaba la transacción mediterránea de Londres y de París con Mussolini, calculábase que había sacrificado la barbarie un millón de seres humanos en territorio español. Hasta el 31 de marzo anterior, solamente como consecuencia de los bombardeos aéreos de la aviación nazifascista, el número de niños muertos era de 10,709 y el de mutilados o heridos de 15,322. ¡Niños únicamente, sin contar adultos, ancianos ni mujeres! Léase bien la cifra: ¡26,000 niños asesinados, heridos o mutilados por los aeroplanos de Hitler y de Mussolini!

Pero semejante atrocidad quedaba impune. Y como remate de tragedia tan honda recibió Francisco Franco, el 17 de abril —mientras Inglaterra y Francia trataban con el Duce— la bendición apostólica del Sumo Pontífice, con motivo de la canonización de Salvador de Horta, santo peninsular. Así terminaba el mensaje de Pío XI para su “amadísimo hijo”, al cumplirse un mes cabal de las horribles matanzas de Barcelona:

“Desde nuestro corazón enviamos a Su Excelencia la bendición apostólica, propiciatoria de los favores divinos.” Comentó entonces el autor en sus apuntes:

“¡Más ha de oír el Nazareno a los 26 mil padres y a las 26 mil madres de esos niños, y más le moverán a piedad sus lágrimas y su dolor y su terrible angustia —angustia humana— que las bendiciones apostólicas y las ceremonias eclesiásticas por el “Generalísimo” español!”

Terminó en esa forma, sin duda lamentable, el mes de abril de 1938. Inglaterra y Francia dominadas. Hitler y Mussolini, en cambio, monstruosamente fortalecidos por la incapacidad, la cobardía o el egoísmo “pacificador” de sus futuras víctimas.

Así estaba Europa, así estaba la conciencia del mundo o “el mundo sin conciencia”, que ha dicho un escritor, al iniciarse el mes de mayo de 1938.

Comienzan los preparativos para el descuartizamiento de Checoeslovaquia

Pero los rejoneadores todavía no estaban satisfechos. Ya vimos preocupado a Chamberlain, antes de firmar el Pacto del Mediterrá-

neo, frente al peligro de que el Fuehrer hiciera con Checoslovaquia lo mismo que con Austria.

Mas Hitler y Mussolini le tranquilizaron con sus promesas pacifistas. Italia se sentía de sobra compensada con Abisinia y con la seguridad de la victoria franquista para sojuzgar a España. El Reich, con la anexión del territorio austríaco y con las materias primas que pudiera obtener de sus pupilos españoles, no deseaba nada más. ¡Si acaso, a su debido tiempo —le hacían saber ambos dictadores a Chamberlain y Halifax—, “los ingleses, los franceses y los alemanes, fuertemente cohesionados, estarán listos para lanzarse contra la Rusia bolchevique!”

Pocas semanas habían transcurrido, sin embargo, y ya se agitaba de nuevo el viejo mundo, porque Hitler quería seguir poniendo en vigencia las ambiciones y las prédicas de su libro *Mi Lucha*. El nuevo problema que la insaciabilidad germana le presentaba a Londres y a París era el de la región checoslovaca de los sudetas. Y planteaban ese problema los nazifascistas, no obstante que Hitler y Goering le habían asegurado, “por su honor”, al Ministro checo en Berlín, en distintas fechas a partir de la invasión de Austria, que no tenían reclamo ninguno contra Checoslovaquia.

Frente a las demandas violentas del régimen nazi, exigiendo el territorio de los sudetas; y frente a la furiosa campaña periodística desatada en Berlín contra Checoslovaquia y su Gobierno, en junio y en julio de 1938, volvió a inquietarse Chamberlain y empezó también a inquietarse Daladier. El Gobierno de Praga, mientras tanto, proponía una tregua de tres meses para suspender polémicas que dificultaban la discusión, “en frío”, de un proyecto de autonomía sudeta, que estaba de acuerdo en conceder y suscribir.

Pero Hitler no se conformaba con esa autonomía; lanzó una nueva “guerra de nervios” sobre Europa; e hizo que la tensión internacional tomara caracteres realmente dramáticos, hasta provocar, durante el mes de septiembre, una atmósfera de exasperación en todas las naciones europeas.

El 2 de ese mes estaba reunido el Fuehrer en Obersalzberg con sus lugartenientes Goebbels, Hess y Goering, a quienes se agregó poco después von Ribbentrop. El mismo día celebraban una larga conferencia con el Presidente Benes, en su residencia del Castillo de Praga, los delegados sudetas Kundt y Sebekovski.

Tratábase en esa conferencia de una cuestión de principio: la

reorganización del Estado checoslovaco. Y se discutía esa reorganización porque ya von Ribbentrop, en nombre de Hitler, había comunicado a Praga que Alemania no consentía en aceptar la famosa tregua de los tres meses. El Fuehrer, en forma inaplazable, reclamaba la protección inmediata de las minorías germanas en territorio checoslovaco, bajo el dominio completo y absoluto de las armas del Reich.

Ante semejante situación parecía que Inglaterra y Francia, por fin, estaban dispuestas a tomar una actitud enérgica, evitando así que se consumasen nuevas agresiones totalitarias. Mas Daladier y Chamberlain, antes de decidirse, esperaban lo que pudiera decir el amo de Alemania en Nuremberg, pues ya se anunciaba que pronunciaría un discurso sobre el particular el 12 de septiembre.

Estruendoso desafío de Hitler a las democracias

Diez días después, efectivamente, pronunció Hitler su discurso, aunque no para mejorar sino para empeorar y complicar todavía más la situación de Europa. Tan esperada pieza oratoria fué un estruendoso desafío de Hitler a las democracias, y un agresivo ataque contra Benes y Checoslovaquia. He aquí algunos párrafos textuales de ese discurso:

“Se quiere suprimir a los alemanes sudetas. A tres millones y medio de personas les fué robado el derecho de disponer de sí mismas: económicamente fueron arruinadas, y lanzadas después a un lento proceso de exterminación. Pero yo anuncio que si estas pobres criaturas oprimidas no pueden obtener justicia por sí mismas, la obtendrán de nosotros, porque es una nación fuerte y combativa la que cubre con sus pies las calles de esta ciudad de Nuremberg.

”Lo que dicen las democracias sobre los alemanes me tiene completamente sin cuidado. Reivindicaré los derechos de los sudetas, y esto no es una frase. Se ha dicho que a causa de la energía de los checoslovacos y de la intervención de Francia y de Inglaterra, el 21 de mayo próximo pasado, Alemania tuvo que retroceder. Y una gran potencia no puede permitir que por segunda vez se digan cosas semejantes.”

Esa misma noche, terminando Hitler de hablar, se reunió en Londres el Gabinete de Chamberlain para “formar opinión” sobre dicho documento. También en París decidió el Gobierno celebrar

una precipitada reunión ministerial, dirigida y orientada por los señores Daladier y Bonnet. Este último —ya se dijo antes— era al Primer Ministro de Francia lo que Halifax a Chamberlain.

En tanto que ingleses y franceses discutían, para “formarse opinión”, el Gobierno de Praga, ante la amenaza inminente de la fuerza, decretó el estado de sitio en varias localidades, dispuesto a defenderse. Entonces Inglaterra anunció su intención —simple intención— de reorganizar el ejército. Y el Presidente de la República Francesa, para no quedarse atrás, declaró con gran aplomo: “Si por desgracia la catástrofe se produjera, no nos cogería desprevenidos como en 1914”.

Mas he aquí que a mediados de septiembre empezó a temer Checoslovaquia que Inglaterra y Francia la abandonasen “en nombre de la paz”. ¡Y a fe cierta que no le faltaba razón! El 19 visitaron al Presidente Benes los ministros plenipotenciarios de Londres y de París, para entregarle las proposiciones francobritánicas elaboradas la víspera en la capital inglesa. Esas proposiciones, descuartizamiento inicial de Checoslovaquia, eran el resultado de la primera e intempestiva visita que —viajando con gran decisión en aeroplano— hizo Chamberlain a Hitler en Berchtesgaden.

El 21 se publicó la noticia de que el Gabinete de la Gran Bretaña y el Consejo de Ministros de Francia habían aprobado la proposición francobritánica, por la cual se le cederían al Reich determinadas zonas territoriales sudetas, con sus fábricas, sus fortificaciones, sus industrias y la propiedad urbana.

Escribió entonces Winston Churchill, cuya actuación decidida y enérgica habría de convertirlo en el hombre fuerte de Inglaterra durante la segunda guerra mundial: “Los gobiernos británico y francés tenían que elegir entre la guerra y el honor. Han elegido el deshonra y tendrán la guerra”.

El Consejo Nacional del Trabajo, por su parte, al terminar en Londres una reunión extraordinaria para discutir lo que estaba sucediendo, hizo la siguiente declaración oficial: “El Consejo deplora las proposiciones para el desmembramiento de Checoslovaquia, por considerar que constituyen una traición vergonzosa al pueblo pacífico y democrático de la nación checoslovaca, a la que expresamos nuestra más profunda simpatía”.

En el mismo sentido se pronunciaron algunos conservadores ingleses, encabezados por Eden, así como los laboristas y los liberales, quienes pedían una urgente e inmediata convocatoria del Parlamento

británico. A esa proposición se opuso Chamberlain, por estar "muy atareado en unas negociaciones extraordinariamente delicadas, que se dificultarían si tuviese que tomar parte en debates y discusiones parlamentarias".

Esas "negociaciones extraordinariamente delicadas" del señor Chamberlain, no eran otra cosa que la preparación del Pacto de Munich, al que se hará referencia en la próxima lección.

CUESTIONARIO

1. Referirse a los terribles bombardeos nazifascistas de Barcelona, el 17, el 18 y el 19 de marzo de 1938.
2. ¿Qué actitud asumió el Vaticano, y qué actitud asumió el Cardenal Arzobispo de Nueva York, frente a la matanza colectiva del pueblo católico español por los pilotos de Hitler y de Mussolini?
3. Explicar la génesis del Pacto Angloitaliano del Mediterráneo.
4. ¿Qué hizo entonces el Gobierno de Francia, y quién era a la sazón Primer Ministro, después de la caída de Leon Blum?
5. ¿En qué forma se iniciaron los preparativos para desmembrar a Checoslovaquia y entregar su territorio al Reich?
6. Comentar el discurso de Hitler en Nuremberg y las palabras de Churchill contra la política de Chamberlain.

LECCION XVIII

CON EL PACTO DE MUNICH SE CONSUMO LA ENTREGA DE CHECOESLOVAQUIA

En sus negociaciones "apaciguadoras", Chamberlain y Daladier ignoraron por completo al Gobierno de Praga

HABÍAMOS quedado en que el 21 de septiembre de 1938 se publicó la noticia de que Inglaterra y Francia estaban de acuerdo en ceder al Reich determinadas zonas sudetas, con sus fábricas, sus fortificaciones, sus industrias y la propiedad urbana. Y vimos, además, que el señor Chamberlain, ante las protestas de conocidos personajes políticos y de grandes sectores de la opinión pública, se negó a que se reuniese el Parlamento británico, por estar "muy atareado en una negociaciones extraordinariamente delicadas, que se dificultarían si tuviese que tomar parte en discusiones parlamentarias".

Ahora es necesario agregar que al Gobierno de Praga, al Gobierno del país cuyos destinos estaban decidiendo Downing Street y el Quai d'Orsay, ni siquiera se le había invitado a que participase en las deliberaciones anglofrancesas en las que se jugaba su porvenir. Se formó entonces un inquebrantable frente nacional checoslovaco para defender a la República, respaldado por las masas populares que, como en el caso de España, pedían armas para enfrentarse a la agresión de los germanos.

Al día siguiente, el 22 de septiembre, respaldado el Presidente Benes por su pueblo, rechazó rotundamente el inesperado acuerdo anglofrancés, elaborado sin su consentimiento. Y propuso el Gobierno de Checoslovaquia que el conflicto creado por las ambiciones de Hitler se sometiese al arbitraje del Tribunal de la Haya.

En respuesta a esa digna actitud del régimen constitucional checoslovaco, los embajadores de Francia y de Inglaterra le entregaron una nota conminatoria al señor Benes, quien reunió inmediatamente al Gabinete para deliberar sobre el contenido de tan extraordinaria comunicación. Y en espera de que Checoslovaquia decidiera sobre el particular, aplazó Chamberlain, por el término de 24

horas, su segundo viaje a Alemania, en donde tenía nueva y apremiante cita para conferenciar con el Fuehrer de los tudescos.

La resistencia de los checoslovacos, cohesionados como lo estaban, hubiera sido inquebrantable, si las potencias europeas —¡entre tantos arreglos de paz!— hubiesen siquiera respetado los convenios internacionales de Locarno, de los que ya se hizo mención en capítulos anteriores. Se recordará que como final de esas históricas conferencias se firmó un pacto de seguridad entre Alemania, Francia, Inglaterra, Italia y Bélgica, así como sendos tratados de arbitraje entre Alemania y Bélgica, Alemania y Francia, Alemania y Polonia y Alemania y Checoslovaquia.

Se recordará, de igual manera, que en el curso de esas negociaciones Francia concertó un tratado con Polonia y otro con Checoslovaquia, de alianza definitiva y recíproca, para el caso de que cualquiera de ellas sufriese, por parte de Alemania, un incumplimiento de lo estipulado. Y como remate de todos esos protocolos, decidido ya el ingreso del Reich en la Sociedad de las Naciones, se interpretó definitivamente el artículo 16 del Pacto de la Liga en el sentido de que:

“Cada uno de los Estados miembros de la Sociedad se obliga a colaborar, con toda lealtad y eficacia, para que se respete el susodicho Pacto y para oponerse a todo acto de agresión, en la medida que sea compatible con sus activos militares y teniendo en cuenta su posición geográfica.”

Habría bastado con ceñirse a la jurisprudencia de la seguridad colectiva y de los acuerdos de Locarno; hubiera sido suficiente que Francia, con el respaldo a su vez del Tratado francosoviético, repudiara la política suicida del apaciguamiento, y que a Chamberlain y a sus secuaces les hubieran sucedido en el poder de Inglaterra los Churchill y los Lloyd George, para que no siguiese fortaleciéndose en Europa el Eje Roma-Berlín.

Pero ya se ha explicado en estas páginas, detalladamente, cómo fueron violando los apaciguadores, en complicidad con los totalitarios, toda la organización jurídica del viejo continente. Y así, abandonada y traicionada por sus aliados la nación checoslovaca, ante la presión ejercida en su contra por Francia e Inglaterra, no tuvo más remedio el Presidente Benes que aceptar, a última hora del propio día 22 de septiembre de 1938, las proposiciones anglofrancesas que cercenaban el territorio y la soberanía de su patria.

Bien es cierto que intelectuales de mundial prestigio, organizaciones de izquierda y no pocas de derecha, centros universitarios y los más autorizados voceros de la opinión pública europea, externaron su repudio a las maniobras de Chamberlain, Daladier, Halifax, Bonnet y los demás representantes oficiales de la clase reaccionaria, a la sazón dueña del poder en el viejo mundo. Mas de nada servían en aquel momento crítico de Europa la voz de la razón, ni la voz del patriotismo, ni la voz de la justicia, ni nada en pugna con el apaciguamiento. Y en nombre del apaciguamiento, disponiendo otra vez de lo ajeno como de cosa propia, París y Londres le abrieron el camino a Hitler para que empezara su avance triunfal sobre Checoslovaquia.

Fracaso y humillación de Chamberlain en su segunda entrevista con el amo del Reich

Rusia, entretanto, por medio de Litvinov, así en la Sociedad de las Naciones como en sus conferencias con los plenipotenciarios de Francia y de Inglaterra, reiteraba insistentemente su lealtad al convenio franco-soviético, fustigando la política de concesiones y de halagos al agresor. ¡Inútil empeño el de Moscou! Las potencias llamadas democráticas tenían más bien puestas sus ilusiones en la futura guerra de todos contra el Soviet. Y así tenemos entonces al señor Chamberlain, en la mañana del 23 de septiembre, conferenciando de nuevo con el Fuehrer en Godesberg.

Pero vino a resultar lo inesperado: el Primer Ministro de la Gran Bretaña se encontró en esa segunda plática con un Hitler que ya no se conformaba con lo que se le había ofrecido en Berchtesgaden, y que el Gobierno de Praga estaba dispuesto a concederle. El Canciller del Reich, seguro de la debilidad de los que debieron haber sido sus opositores, creyó llegada la ocasión de presentarle nuevas y mayores exigencias al representante supremo de las castas privilegiadas de Inglaterra.

Ante situación tan difícil, hallándose todavía en Godesberg, dirigió Chamberlain una carta al señor Hitler "pidiéndole ciertas seguridades, de las cuales dependía la reanudación de las conversaciones". Y como no recibió del Fuehrer las garantías que solicitaba, no tuvo ánimo el infortunado Chamberlain para entrevistarse una vez más con su rejoneador, teniendo que regresar vencido y humillado a Lon-

dres. Así terminó su segundo viaje en aeroplano a territorio alemán.

Los patriotas checos, sin embargo de tanta incomprensión o de tanta cobardía, no se daban por vencidos. Mientras iba por los aires el pintoresco Primer Ministro de la Gran Bretaña, se había podido formar un nuevo Gobierno en Praga, dispuesto a defender la independencia nacional con el Presidente Benes a la cabeza. En pocas horas recuperaron los soldados checoslovacos algunas regiones sudetas, de las cuales habían logrado apoderarse fuertes contingentes de tropas alemanas. A todo lo largo y a todo lo ancho del país se respiraba un aire vivificador de bien entendida heroicidad.

¡Checoslovaquia podía ser, con España, un nuevo y poderoso baluarte contra la dominación totalitaria! Sus más importantes poblaciones cobraban un aspecto semejante al de Madrid y al de Barcelona, a todas las ciudades del territorio leal español cuando estalló, en julio de 1936, el movimiento cuartelario de Sanjurjo, de Franco, de Roma y de Berlín.

En esas condiciones la tensión iba en aumento, a tal extremo que el 26 de septiembre Europa estaba a punto de estallar, convertida en una hoguera. Hitler había enviado un ultimátum a las democracias, pero se anunciaba en radiodifusiones y en periódicos que Francia e Inglaterra rechazarían sus nuevas demandas, en la misma forma en que ya lo había hecho el Gobierno de Praga. Porque si Checoslovaquia pudo aceptar, al verse abandonada, las proposiciones iniciales anglofrancesas, no estaba dispuesta, en cambio, a permitir que el Reich ocupara sus puntos militares estratégicos, ni que la población tuviese que abandonar sus bienes y sus propiedades en favor del Estado alemán, junto con fábricas de gas, centrales eléctricas, ferrocarriles, material rodante, todo lo que el Fuehrer estaba exigiendo que se le entregara íntegramente y "exento de avería".

Reclamaba también el señor Hitler, sin intervención de comisiones internacionales, como se especificaba en el primer arreglo, la retirada total e inmediata de las fuerzas checas de policía, guardas fronterizos y agentes aduanales de la zona reclamada por Alemania, señalando como límite del ultimátum la fecha del primero de octubre.

"¡Berlín provocará la guerra, la más terrible guerra que se haya desatado sobre Europa!" Tal era la opinión que en esos días se reflejaba en todos los periódicos y en todos los círculos oficiales, políticos y obreros del viejo mundo. Mas Inglaterra y Francia seguían esfor-

zándose por encontrar una fórmula definitiva que conjurase el peligro de la conflagración.

¿Y cuál era esa fórmula? ¿Oponerse al agresor, obligándole a retroceder? No. Darle lo que solicitaba, "en nombre de la paz", como ya se había hecho con anterioridad en otros casos.

Para llegar a la fórmula que buscaba y deseaba ofrecer a Hitler el señor Chamberlain, les rogó a Daladier y a Bonnet que sin pérdida de tiempo se trasladasen a Londres. Y al anochecer del propio día 26 de septiembre ya estaban reunidos a orillas del Támesis, con gran número de secretarios y de ayudantes, "los grandes estadistas apaciguadores" de la poderosa Albión y de la ex temible Francia.

¡Ya estaban reunidos! En sus pláticas se llegó a la conclusión de que las proposiciones francoinglesas, aceptadas cuatro días antes por Checoslovaquia, debían considerarse como el límite máximo de concesiones al señor Hitler. Y todos, al mismo tiempo, estaban pendientes de lo que el Fuehrer habría de decir, esa misma noche, en un nuevo y anunciado discurso que pronunciaría en el Palacio de los Deportes.

Europa se pone en pie de guerra

En tanto discutían los estadistas, para que la hecatombe no encontrase desprevenidas a las democracias, empezó la movilización general en Londres, en París y en otras capitales europeas, amenazadas de verse envueltas en una catástrofe que parecía inminente. La "guerra de nervios", que con tan buena fortuna han sabido aprovechar los totalitarios en diversas ocasiones, había llegado a su grado máximo de tensión en esos últimos días de septiembre de 1938.

El Gobierno de Francia daba facilidades inmediatas a las personas que quisieran abandonar la capital, principalmente a las mujeres y a los niños, poniendo al servicio del público numerosos trenes suplementarios. Igual cosa se estaba haciendo en los países vecinos. Checoslovaquia, entretanto, tenía ya sobre las armas un millón y medio de hombres. Y en Inglaterra se tomaban también disposiciones urgentes de defensa.

"¡Es necesario tomarlas —aseguraban los periódicos y las Cancillerías—, porque Hitler amenaza en forma indubitable con la guerra, a pesar de las concesiones que le ha hecho Checoslovaquia!" A pesar, también, de la oposición que la actitud violenta del Reich encontraba en todo el mundo civilizado, sin excluir a los Estados

Unidos y a las demás naciones de América. El Presidente Franklin Roosevelt, en mensaje dirigido desde Washington al propio Fuehrer y a otros gobernantes europeos, declaraba que "ninguna nación puede incurrir en la tremenda responsabilidad de la guerra."

El viejo mundo, como puede advertirse, simbolizado a la sazón en la decrepitud de Chamberlain, se estremecía de pavor porque el nazifascismo, enloquecido, ponía a Europa y al resto de la humanidad en grave riesgo. ¡De las palabras de Hitler, en el Palacio de los Deportes; de lo que dijese y proclamase el antiguo pintor austríaco de brocha gorda; de sus promesas de paz o de sus amenazas de guerra, dependía la suerte de las naciones bien o mal consideradas como emporio de civilización y de cultura!

Y habló el capataz tedesco el 26, como lo había anunciado. Grandes y chicos, jóvenes y viejos, funcionarios y obreros, aristócratas y campesinos, Europa entera escuchó sobresaltada, con el susto en el cuerpo, la esperadísima pieza oratoria del Canciller alemán. "El territorio sudeta es la última de las reivindicaciones territoriales que tengo que hacer en Europa —dijo—, pues no me mueve ningún otro interés, y puedo garantizarlo, en el Estado checo. Los alemanes no queremos a los checoslovacos para nada."

Tuvo después una serie de frases en extremo laudatorias para Chamberlain y Mussolini. Pero a continuación lanzó rudos ataques contra el Gobierno de Praga y contra el Presidente Benes, porque para Hitler y sus secuaces ningún gobernante, "de raza inferior", tiene el derecho de defender la integridad y la soberanía de su patria. Tras de la catilinaria hitleriana contra Checoslovaquia, exigió de nuevo el Fuehrer la anexión inmediata de los territorios sudetas al Reich, ratificando que si el primero de octubre no se le entregaban, Alemania se apoderaría de ellos con la fuerza de las armas.

En la mañana del 28, después de reunirse el Consejo Privado de la Corona en el Palacio de Buckingham, bajo la presidencia del Rey, se decidió que fuesen llamados a las armas los reservistas ingleses de todas las categorías, tanto del ejército como de la marina. Desde Berlín se anunció, simultáneamente, que las empresas alemanas de navegación habían girado instrucciones urgentes a sus buques para que regresaran a los puertos alemanes, ordenándose, además, que ningún barco se hiciese a la mar.

El señor Daladier, al mismo tiempo, daba nuevas órdenes para acelerar la movilización de los ejércitos de Francia y la evacuación de

las ciudades principales, mientras las concentraciones de tanquistas, motociclistas, artilleros, aviadores y tropas de infantería se intensificaban hora tras hora.

¡Hasta el Cardenal Verdier, Arzobispo de París, hizo un caluroso llamamiento a sus conciudadanos desde el micrófono de una estación de radio! Explicó a los franceses que procedía rectamente el Gobierno en adoptar medidas de seguridad; y que si la República había podido demostrar hasta ese momento su amor a la paz, también era conveniente que hiciera sentir el valor de sus hijos al presunto invasor.

Parecía tan crítica la situación, llegaban a tal grado de inminencia las probabilidades de guerra, que el Presidente Roosevelt se dirigió por segunda vez a Hitler para que dirimiese, por medios pacíficos, por medios civilizados, el conflicto de Checoeslovaquia. “La amenaza de la fuerza puede provocar una conflagración general, inútil e injustificada”, le cablegrafió el gobernante de un gran pueblo de orientación democrática, al capataz mesiánico de una desbordada y belicosa autocracia. Y propuso el Gobierno de Washington la celebración de una conferencia internacional —fórmula aceptada de antemano por la Unión Soviética—, en la que pudieran resolverse definitivamente los más graves problemas europeos.

Pero no aceptaron Roma ni Berlín esa proposición, seguramente porque allí se discutiría la situación mundial sobre bases de paz verdadera y de justicia. Tampoco demostraron gran interés en acogerla Downing Street ni el Quai d'Orsay, tal vez porque ya Chamberlain y Daladier, Bonnet y Halifax, tenían bien madurado el plan de Munich, sin que en sus proyectos tuviera nada que ver el régimen socialista del antiguo imperio de los czares, pesadilla de la corrupción plutocrática que entonces dominaba en los altos círculos sociales y oficiales de Londres y de París.

Vino todo a parar en la desastrosa capitulación de Munich

Madurado ya su plan, es explicable que Chamberlain no perdiera su británica flema. “Mientras la guerra no haya empezado —declaró a los periodistas, a los Lores y a los Comunes— queda siempre una esperanza de impedirla.” ¡Y la impidió! Es decir, creyó haberla impedido con apaciguar al agresor, dejándole al fin la presa de Checoeslovaquia. Tuvo lugar la entrega en la ciudad de Munich, durante la noche del 29 al 30 de septiembre de 1938.

Allí se reunieron Hitler, Mussolini, Chamberlain y Daladier. En cuanto bajó del avión el Primer Ministro de la Gran Bretaña, en la grata compañía de von Ribbentrop, se le condujo a la Fuehrerhaus, en la Karlsplatz, en donde se celebraría la conferencia cuatripartita de "demócratas" y totalitarios. Un destacamento de las tropas de asalto, en traje de gala, con guantes blancos de seda y cascos de acero, rindió honores al máximo apaciguador inglés. Entró Chamberlain en el amplio edificio con su paraguas y con cuatro secretarios, portadores de grandes carteras llenas de documentos.

Minutos después, repitiéndose el mismo ceremonial, y rodeado también de mucha gente, se presentó ante Hitler el señor Daladier, quedando en salones vecinos sus comparsas y sus ayudantes, quienes portaban, de igual modo, voluminosos cartapacios.

Hizo su espectacular aparición, finalmente, el imponente y verborreico Duce. Seguíanlo su ministro-yerno Ciano, Rodolfo Hess y un batallón de "arios" morenos de Roma, cargados de igual manera con muchos mapas y papeles.

Hitler, radiante con huéspedes de tanta envergadura, les obsequió con una comida suculenta. Sentados a la mesa sonreía el Fuehrer con Mussolini, mostrándose en extremo obsequioso con Daladier y Chamberlain. Hasta que en ambiente tan agradable, al filo de la medianoche, lograron ponerse de acuerdo estos cuatro hombres, que estaban jugando con el honor de sus países y con la vida y con la muerte de muchos millones de seres humanos.

Lograron entenderse, pues, Chamberlain, Daladier y los dos sanguinarios dictadores de Italia y de Alemania, sobre la base de que poco tiempo después acabarían con Rusia y con "el peligro comunista". El convenio que firmaron, muy distinto al que hubiera podido elaborarse en la conferencia internacional propuesta por el Gobierno de Washington, podría sintetizarse en dos frases muy cortas, a saber: Victoria completa para los enemigos de la paz, para los agresores, para la barbarie criminal de los nazifascistas. Y capitulación deshonorosa para las llamadas democracias europeas, a merced de mediocres o de perversos gobernantes y de quintacolumnistas, descubiertos o encubiertos, en el propio corazón de las Cancillerías.

Churchill, Eden, Lloyd George y otros destacados personajes de la Gran Bretaña protestaron, una vez más, contra la política de Chamberlain. Cosa semejante hacían numerosas organizaciones obreras y periódicos de gran arraigo en la opinión pública. El Partido

Laborista, por su parte, después de una reunión conjunta con la Directiva de las Trade Unions, lanzó un manifiesto del cual vale la pena reproducir el párrafo siguiente:

“El convenio de Munich es una vergonzosa sumisión a las amenazas de Hitler. Ya no hay en toda Europa una sola frontera que sea segura. Los crímenes actuales del dictador alemán serán un nuevo punto de partida para nuevas aventuras guerreras, que terminarán, de todos modos, en un conflicto general.”

Y sir Archibald Sinclair, líder del Partido Liberal, dijo entre otras cosas: “Nos hemos sometido simplemente a las exigencias de Hitler, sin hablar de justicia ni de derecho. Nuestra sumisión nos ha sido arrancada con sólo asustarnos con la amenaza de una guerra. Hágase publicidad sobre todo ello. Ya es hora de que el pueblo británico conozca exactamente lo que ocurre y lo que el Gobierno viene haciendo en su nombre.”

Recriminaciones en el mismo tono se sucedían en Francia. Hasta Leon Blum, ya fuera del Gabinete, criticaba su propia tesis de “no intervención” en España y protestaba contra el entreguismo de Londres y de París. ¡Si así hubiese pensado cuando gobernaba con el Frente Popular, no hubieran ocurrido en Europa las cosas que estaban acaeciendo!

Pero no valían razones ni protestas, porque el acuerdo de Munich, como la anexión de Abisinia por Italia y la de Austria por Alemania, se consideraban por el régimen de Chamberlain como “hechos consumados”. Y así, al finalizar septiembre, con la entrega de Checoslovaquia a la voracidad del Reich, volvió la tranquilidad a los habitantes de las naciones europeas, sin que el país sacrificado hubiese tenido por lo menos la oportunidad de discutir su punto de vista.

Inglaterra y Francia, “en beneficio de la paz”, no perdieron nada, no entregaron nada, no hicieron nada que la humanidad pudiese agradecerles. Fué Checoslovaquia la que tuvo que cercenar su territorio y traspasarlo, sin oponer resistencia, al hombre que escribió *Mi Lucha* y que la iba poniendo en práctica, sobre bases firmes, con el apoyo de los que serían después sus víctimas.

Quedó convenido en el Pacto de Munich que la entrega del territorio sudeta se haría por zonas, a partir del primero y del dos de octubre, debiendo completarse la ocupación en el término perentorio de diez días. Y como se había estipulado, la mutilación de lo que fué Checoslovaquia estaba ya consumada en las primeras horas del 11

de ese mismo mes. Lanzó entonces al mundo estas palabras el Gobierno checoslovaco, por medio del Presidente del Consejo de Ministros, general Sirovy:

“Hemos superado el dolor, la desesperación y la indignación para asegurarnos el porvenir. Hemos sido abandonados. Nos hemos quedado solos. Todos nuestros vecinos están en pie de guerra. Y siendo nuestra posición idéntica a la de una fortaleza sitiada por fuerzas aplastantes, hemos tenido que aceptar el plan suscrito en Munich sin nuestro consentimiento.”

El 5 de octubre había optado por renunciar a su puesto, irrevocablemente, el Presidente Benes. Y al ver que su patria se desmoronaba y que era inútil enfrentarse a la fuerza bruta de los alemanes y a la traición de las potencias democráticas, no tuvo más remedio que salir de Praga con dirección al extranjero.

CUESTIONARIO

1. *¿Tomó parte Checoslovaquia en las deliberaciones que culminaron en su desmembramiento?*
2. *Referirse a la actitud del Presidente Benes y al respaldo que obtuvo de su pueblo para resistir al Reich.*
3. *Reseñar la forma en que Chamberlain fué humillado por Hitler en Godesberg.*
4. *¿Qué ventajas fueron obteniendo los totalitarios con la tesis famosa del apaciguamiento?*
5. *Hacer una síntesis de la “guerra de nervios” desatada sobre Europa en los últimos días de septiembre de 1938.*
6. *Explicar cómo vino a parar toda esa agitación en el desastroso Pacto de Munich, anotando su génesis y las consecuencias de tan lamentable capitulación.*

LECCION XIX

NUEVAS CONCESIONES DE LONDRES Y DE PARIS A HITLER Y A MUSSOLINI

*Diputados franceses, Lores y Comunes ratificaron la claudicación
de Munich*

UNA VEZ convenida y aprobada la desmembración de Checoslovaquia regresaron a sus dominios Daladier y Chamberlain, muy satisfechos y ufanos de haber acabado con el peligro de la guerra. En lo que concierne a Mussolini, terminadas varias pláticas secretas con su amigo y compañero el Fuehrer, tomó a continuación el lujoso expreso blindado que lo condujo a Roma.

En París, no obstante la actitud de los periódicos y de los grupos de izquierda, hubo grandes celebraciones de las fuerzas reaccionarias por el acuerdo de Munich. A esos festejos se agregaron, como suele ocurrir en épocas de confusiónismo, numerosos sectores de una opinión pública que parecía ser tan inconsciente como la del pueblo más retrasado del planeta.

De manera que no hay exageración en afirmar que al señor Daladier se le hizo un triunfal recibimiento, mientras casi todos los periódicos franceses, instrumentos serviles de las doscientas familias, del capitalismo y del quintacolumnismo, le dedicaban páginas enteras de alabanza "por haber salvado la causa de la paz". Es decir, por haber ayudado a Hitler, que no fué otra cosa lo que él y Bonnet hicieron al cegar con los checos al agresor nazifascista.

Cuatro días después de la ignominia de Munich, pudiéndose advertir desde ese momento que Francia estaba minada por la propaganda de Goebbels y por la desletaldad o por la falta de visión de sus clases dirigentes, aprobó la Cámara de Diputados la política "apaciguadora" del Primer Ministro, refrendando su actuación en favor de los totalitarios, por 535 votos afirmativos contra 75 negativos y 3 abstenciones.

En Londres, lo mismo que en París a los franceses, ya el susto se

les había salido del cuerpo a los súbditos de Su Majestad Británica. Y al señor Chamberlain, por su respaldo al Eje Roma-Berlín, por haber fortalecido a los dos rejoneadores europeos, creyendo así salvar la paz, se le llegó a considerar como “la más alta y la más heroica figura del Imperio”.

En mitad de su apoteosis, a los pocos días de su regreso, transcurridas apenas 48 horas escasas desde el voto de confianza dado en París a Daladier, la Cámara de los Comunes se lo otorgó también a Chamberlain, aunque bien es cierto que no con mayoría tan abrumadora como en Francia. 144 votos negativos, por 366 afirmativos, recibió de la Cámara baja el máximo apaciguador inglés. ¡Los Lores, por supuesto, ratificaron sobre la marcha la votación favorable de los Comunes!

El júbilo de Londres sólo era comparable al de la capital francesa. Ya se dijo líneas arriba que la apoteosis del señor Chamberlain estaba en su apogeo. Emocionado declaraba él mismo a los periódicos que recibía sin cesar millares de cartas de madres y de esposas, a cuyos corazones “les había devuelto la tranquilidad”.

¡No serían cartas de madres ni de esposas españolas; ni de madres o de esposas checoslovacas; ni de madres o de esposas chinas; ni de madres o de esposas abisinias; ni de las madres ni de las esposas de los millones de hombres que habrían de ser sacrificados más adelante en Europa por la bestialidad totalitaria!

Y para que todos estuviesen tranquilos, y para que nadie en Inglaterra le hiciera caso ni tomara en cuenta al grupo de los opositores, explicó además el señor Chamberlain en una emisión por radio: “Particularmente me dijo Hitler, y en Munich lo repitió públicamente, que la cuestión sudeta —una vez solucionada— sería la última de las reivindicaciones territoriales del Reich en Europa.”

Pero bien sabe el mundo que a pesar de esas declaraciones tan rotundas, y de las que había hecho el Fuehrer el 26 de septiembre, cuando dijo que los alemanes no buscaban nuevas concesiones en Checoslovaquia ni querían a los checos para nada; bien sabe el mundo que no obstante todo eso, alegando que “durante miles de años había pertenecido Checoslovaquia al espacio vital de los germanos”, decidió avanzar Hitler hasta Praga, el 15 de marzo de 1939, y anexionarse decididamente —como se verá en el próximo capítulo— todo cuanto quedaba de la sacrificada República de Masaryk.

Actitud pasiva de la Sociedad de las Naciones

Ocurrían tales cosas en Europa; se violaban todos los convenios y todos los tratados; desmoronábase la política de la seguridad colectiva, y ante el estupor de las personas cultas, de las clases intelectuales y de los directores honrados y conscientes de las organizaciones obreras de todo el mundo, la Sociedad de las Naciones no hacía nada por evitar semejante situación.

Nada hizo la Liga de Ginebra, efectivamente, durante la crisis que produjo la "guerra de nervios" desatada por los nazis en septiembre de 1938, y que culminó con las negociaciones cuatripartitas de Munich. Tampoco había hecho nada, durante ese dramático mes de septiembre de 1938, ni antes, ni después, en el caso de España ni en el caso de China, no obstante que mientras todo era confusión, negociaciones y carreras en las supercultas naciones del viejo continente, seguían los chinos y los españoles en su lucha desesperada contra la invasión totalitaria.

En esos días, que serán baldón para la historia de Europa, mientras las potencias democráticas se humillaban ante Hitler y ante Mussolini, estaba reunido en Ginebra el pleno de la Sociedad de las Naciones. De todo se hablaba en aquel ambiente de graves estadistas. De todo, menos de los acontecimientos trágicos de Checoslovaquia, de la continuada guerra del Japón contra China o de la franca y abierta invasión nazifascista de la República Española.

Es interesante tomar nota de que por fin, en medio de tan inexplicable pasividad, planteó crudamente el Ministro de Estado español, el 19 de septiembre de 1938, la ignominiosa realidad de la historia europea contemporánea, criticando con la mayor energía a las débiles o habilidosas democracias que se juzgaban salvadas retrocediendo por temor a los totalitarios. He aquí, condensadas, algunas frases del Ministro de referencia, Julio Alvarez del Vayo:

"Por tercera vez España comparece ante esta Asamblea en calidad de Estado agredido. Su sola presencia es, quiérase o no, una acusación contra quienes, teniendo el deber de proclamar el Derecho y de hacer cumplir el Pacto prefieren dejar que la Sociedad de las Naciones se les muera entre las manos, a ensayar seriamente el ponerle fin de una vez a la obra destructora de los enemigos de la paz.

"Nunca ha deliberado la Sociedad de Naciones bajo una sensación tan penosa de indecisión e impotencia. Mientras la guerra golpea

brutalmente a las puertas mismas de esta Sala, se nos quisiera reducir al papel de espectadores impasibles, que toman sitio aguardando a que se levante el telón tras el cual ha de desarrollarse la tragedia. Pero difícilmente se podía esperar que quien lleva aquí la voz de un pueblo que durante dos años largos viene vertiendo su sangre para detener en Europa el avance de las fuerzas de agresión, se aviniera a entrar en esta complicidad del silencio.

“La táctica de contemporización con el agresor, de ignorar la agresión, ha conducido a aumentar intensamente el peligro de una conflagración general, hasta llevarnos a las horas de alarma y de angustia que estamos viviendo. Nadie ha hecho más por precipitar la guerra que los que tenían sobre sí la misión de salvar la paz. Se ha abandonado al pueblo chino, delante de cuyo heroísmo yo me inclino con la emoción llena de solidaridad de quien conoce los dolores de la guerra, pero también con el orgullo común de preferir la muerte a dejar de existir como nación.

“Hemos visto desaparecer de entre nosotros, del día a la noche, a un Estado que hace apenas un año gozaba de las prerrogativas soberanas de miembro de la Sociedad de las Naciones, independiente y libre, que colaboraba regularmente en nuestra labor.

“Su desaparición del mundo de los vivos no ha merecido siquiera, en la memoria del Secretario General de este Organismo, unas palabras de condolencia o de adiós. Los agresores saben ya que el exterminio de un Estado miembro de la Sociedad de Naciones, además de tener asegurada una entera impunidad, será eliminado cuidadosamente de la lista de los crímenes internacionales por la más alta institución de la paz. Que se le permita al menos, a la Delegación española, dirigir al sitio que antes ocupara la Delegación austríaca una mirada en la cual se refleje nuestra indignada protesta.

“Era natural que los maravillosos resultados de la llamada política realista, condujesen a los nuevos intentos de agresión que se ciernen hoy sobre Checoeslovaquia. El ejemplo de todo lo que ha sido perpetrado en España, en China y en otros sitios durante los últimos años, tenía forzosamente que ser recogido y aprovechado por los que han hecho de la fuerza, de la violencia desenfrenada, la única realidad internacional.

“No es sobre los agresores, sino sobre sus cómplices, que recae la máxima responsabilidad. Los agresores siguen, en último término, la ley de su destino. Para ello viven y para ello existen. Son otras

naciones las que, proclamando el respeto y la soberanía de los Estados, y haciendo invariablemente la apología de la paz, han provocado la situación actual. Yo puedo hablar así porque ningún país, abandonado como el mío a los Estados agresores, ha dado pruebas —permítasenos la jactancia— de un sentido más alto de responsabilidad internacional como España, en medio de una considerable irresponsabilidad general.

“Nadie puede, entonces, reprocharnos que incitamos a la guerra europea o que especulamos con ella como un medio de asegurar nuestra salvación. De nuestra salvación se encarga por de pronto, y no con mala fortuna, ese ejército que en Madrid, en Guadalajara, en el Ebro, en Levante y en Extremadura, está dando la medida justa de la vitalidad y de la determinación del pueblo español. Espero que aquellos que ante las exigencias de los llamados Estados totalitarios creen equivocadamente que la única solución es abstenerse y capitular, hayan modificado un poco sus conclusiones a la luz de lo ocurrido en España. Ello sería extraordinariamente útil en estos momentos de tan baja temperatura, y esa es la mejor contribución que los españoles podemos aportar a Ginebra.”

Señaló a continuación el señor Alvarez del Vayo el peligro ya inminente de la guerra general europea, por la complicidad de todos en el derrumbamiento de la seguridad colectiva y por “la tendencia a negociar la seguridad propia a costa de la seguridad de los demás”. Hizo hincapié en el hecho extraordinario de que toda la sabiduría de la nueva política internacional (la de Chamberlain, Leon Blum, Daladier, Halifax, Bonnet, etc.) “consiste en tratar de convencer a los Estados víctimas de una agresión de que se dejen invadir amablemente, o de que entreguen, sin mucho ruido, la parte de territorio que se les exige”.

Tres días después, el 22 de septiembre, resonó otra vez en Ginebra la voz de España. Fué entonces el propio Presidente del Consejo de Ministros de la República, el doctor don Juan Negrín, quien dijo palabras concretas y tajantes a las naciones asociadas, proclamando en el seno de la Liga que bastaría restablecer el Derecho Internacional violado, para salvar a España, para salvar a China, para salvar a Checoeslovaquia, para solucionar, en fin, los graves problemas que amenazaban al mundo con una nueva y terrible conflagración, más cruel y más sangrienta que la de 1914.

Y para que nadie dudase del carácter netamente nacional de la

lucha española; y para que los totalitarios no siguieran abusando del pretexto del apoyo ruso, anunció el doctor Negrín, en esa histórica y sensacional asamblea, el retiro completo e inmediato de todos los combatientes, no españoles, que luchaban por la democracia y por la libertad en las filas gubernamentales.

*No era posible dar satisfacción a la voracidad
totalitaria*

Con clamoroso entusiasmo fué recibida en Ginebra la propuesta del Gobierno español. El estadista irlandés Eamon de Valera, Presidente de la Asamblea, informó que asunto de tanta trascendencia se sometería inmediatamente al estudio de un Comité especial; y que de acuerdo con el deseo de España, nombraría la Liga a los comisionados internacionales que solicitaba, para que controlasen el licenciamiento de los combatientes extranjeros en territorio republicano.

Empezó entonces a maniobrar el quintacolumnismo oficial de las grandes potencias, en el propio seno de la Liga, pretendiendo que la proposición española se pusiera en manos del famoso y desacreditado Comité de Neutralidad de Londres, en el que Hitler y Mussolini tenían voz y voto, pero no, en cambio, la propia España leal. Y aun cuando las intrigas de los enemigos de la democracia se multiplicaron, con el viejo y carcomido pretexto de que estaban combatiendo al comunismo, pudo lograrse a la postre que se integrara la Delegación en la forma solicitada por España, con representantes de Inglaterra, de Francia, del Irán, de Suecia, Finlandia, Letonia, Noruega y Chile.

El nombramiento lo hizo la Sociedad de las Naciones poco antes de terminar la última sesión de 1938, precisamente en la noche del 30 de septiembre, cuando acababa de firmarse el Pacto de Munich. De manera que mientras por un lado entraban los ejércitos de Hitler en Checoslovaquia, por otro iban saliendo de España, o estaban concentrados para su repatriación, todos los voluntarios que habían llegado a la península, por su cuenta y riesgo, a enfrentarse con la barbarie de las hordas del Fuehrer y del Duce.

Pero ni Roma ni Berlín, entretanto, seguían el ejemplo del Gobierno español retirando por su parte a sus pilotos, a sus artilleros ni a sus fuerzas de infantería. De todo eso estaba bien enterado el

señor Chamberlain. Mas el honorable Primer Ministro de la Gran Bretaña, a pesar de su política "realista", no quería basarse en realidades. Para él eran más elocuentes las palabras del señor Mussolini y sus ofrecimientos de no enviar nuevas tropas de refresco a España, en reemplazo de las que fuese retirando.

¿Y cuáles tropas retiraba Mussolini? Un comunicado oficial, fechado en Roma el 14 de octubre, informó que en los transportes de guerra Piamonte, Calabria, Cerdeña y Liguria habían salido de Cádiz, con rumbo a Italia, los primeros diez mil legionarios repatriados. Pero a continuación, en mensajes también oficiales procedentes de Gibraltar, pudo confirmarse que se trataba en su mayoría de inválidos, mutilados de guerra, heridos y enfermos. Muchos de ellos tuvieron que ser embarcados con el auxilio de las brigadas sanitarias.

Bastó esa maniobra, sin embargo, para que el señor Chamberlain se sintiera tan impresionado y tan convencido que el 3 de noviembre, con motivo de la clausura del Parlamento, juzgara oportuno referirse al "precioso apoyo de Mussolini en favor de la paz". Y afirmaba semejante cosa no obstante que la víspera —el 2 de noviembre, día de difuntos!— había entregado el Embajador de la República Española al Foreign Office un documento, absolutamente comprobado, acerca del volumen creciente de la intervención italiana en favor de los militares insurrectos.

La nota del Embajador de España en Londres no sólo contenía un detalle minucioso de los efectivos del Duce en la zona franquista, del número y marca de aeroplanos de bombardeo y cazas, del nombre de las divisiones mecanizadas en servicio, etc., sino que suministraba, además, el texto de las órdenes del día firmadas por los generales Bergonzoli, Francisci, Verdi, Guassaddo, Piazzoni, Manca, Favagrosso, Gambará, Mancini, Velardi y Bernasconi.

Y para que no quedase duda sobre lo que allí estaba sucediendo, terminaba el interesante documento con una relación de las nuevas fuerzas enviadas por Mussolini a España, durante el mes de octubre; es decir, precisamente cuando impresionaba a Chamberlain con el retiro de los diez mil mutilados a que ya se hizo mención. Los legionarios de refresco, los hombres sanos y fuertes que iban a tomar el sitio de los enfermos y de los heridos, eran 325 aviadores, 3,374 soldados y 600 técnicos y especialistas, sin contar los 2,000 mecánicos de

aviación, los radiotelegrafistas, los automovilistas y los 900 pilotos que habían llegado pocas semanas antes a reforzar al "Generalísimo".

Mas no tenía necesidad el señor Chamberlain de acudir a fuentes "rojas" para obtener las informaciones verídicas que pudieran orientarlo. Los mismos italianos insistían en proclamar al mundo su "fiereza" y su "heroísmo". Un simple cablegrama del *Popolo d'Italia*, entre tantos otros como los que lanzaba el Duce a los cuatro vientos, daba una idea bien elocuente de la situación y del "precioso apoyo de Mussolini en favor de la paz". Así decía dicho mensaje:

"Roma, octubre 21.—Mientras las tropas descansan, la aviación legionaria no da punto de reposo al enemigo. Nuestros aviones alternan continuamente en el cielo de las ciudades marxistas. El objetivo más frecuente es Barcelona. Nuestros heroicos pilotos lanzan de día y de noche, con la máxima serenidad, enormes cargamentos de explosivos."

¡El Gobierno de Londres, empero, se felicitaba por "la evolución pacífica del conflicto español, gracias a la retirada de los combatientes extranjeros"! Y Mussolini, apoyándose en el embarque de sus diez mil mutilados y heridos, exigía a Chamberlain y a Halifax que considerasen suficiente la retirada de esos hombres para poner en vigor, sin dilación, el famoso Pacto Angloitaliano del Mediterráneo convenido por ambos gobiernos, según se vió en capítulos anteriores, el 16 de abril de 1938.

Era indispensable, por lo visto, seguir haciendo nuevas concesiones a los totalitarios. Y el Ministerio inglés de Relaciones Exteriores, consecuente con su política de complicidad y de apaciguamiento, resolvió entonces que el miércoles, 16 de noviembre del mismo año, fuese solemnemente ratificado en Roma el acuerdo referido. Tuvo lugar la ceremonia a las cinco de la tarde de esa fecha en el Palacio Chigi, quedando acreditado Lord Perth como Embajador de Inglaterra ante el "Rey de Italia y Emperador de Abisinia".

La declaración de los dos gobiernos, redactada en inglés y en italiano, expresaba que "las Partes Contratantes han comprobado la realización de las condiciones que se estipularon para la entrada en vigor del acuerdo del 16 de abril"; y se ponía por consiguiente en vigencia inmediata aquel convenio.

¡Parece innecesario agregar que siguiéndole los pasos a Lord

Perth, y con parecido ceremonial, entregó también credenciales ante el Rey y Emperador de los etíopes, con residencia en Roma, el nuevo representante diplomático de la República Francesa!

CUESTIONARIO

1. *¿Condenaron o celebraron las fuerzas reaccionarias de Francia, y numerosos sectores de la opinión pública, la actitud de Daladier en Munich?*
2. *¿En qué forma fué recibido Chamberlain en Londres, después de haber cebado a Hitler con Checoslovaquia?*
3. *Referirse al apoyo que obtuvieron los apaciguadores en la Cámara de Diputados de París y en el Parlamento Británico.*
4. *¿Qué hacía, entretanto, la Liga de las Naciones?*
5. *Reseñar el discurso del Ministro de Estado español, pronunciado en Ginebra el 19 de septiembre de 1938.*
6. *¿A propuesta de quién y en qué forma salieron de España los voluntarios extranjeros, que luchaban en el territorio leal contra las fuerzas nazifascistas?*
7. *¿Cuándo se ratificó, por fin, el famoso Pacto Angloitaliano del Mediterráneo, quedando reconocido Vittorio Emmanuele como Emperador de Abisinia?*

LECCION XX

DERRUMBAMIENTO DE ESPAÑA, DESCUARTIZAMIENTO TOTAL DE CHECOESLOVAQUIA, CONQUISTA DE ALBANIA Y ANEXION DE MEMEL

*Nueva ofensiva de nervios con motivo de las reclamaciones
coloniales del Eje Roma-Berlín*

PODRÍA suponerse que con la corona del Negus, puesta al fin sobre las sienes del Rey de Italia, el señor Mussolini hubiera quedado satisfecho. Mas no fué así. 48 horas después de haberle reconocido las potencias democráticas su atraco de Abisinia, ya estaba el Duce reclamando a los franceses la entrega de Córcega, de Túnez y de Saboya. Y tomaba medidas el nazifascismo para intensificar el ataque a Cataluña, haciéndose cada vez más fuerte en las islas españolas de Mallorca, Ibiza y Formentera.

Podría suponerse, de igual modo, que el señor Hitler estuviese conforme con la conquista de Austria y con lo que había tomado de Checoeslovaquia. Pero tampoco el Fuehrer se daba por bien servido; y en nuevos discursos del propio mes de noviembre, olvidando a sus dos conspicuos colaboradores de Munich, inició una serie de rudos ataques contra las democracias. “Estamos dispuestos a conseguir —declaró en Weimar— que la oposición de ciertos países democráticos se reduzca al silencio.”

Chamberlain y Daladier se mostraron entonces sorprendidos. Deseaban saber qué estaba ocurriendo. Y cayeron entonces en la conclusión de que lo que estaba ocurriendo era muy simple: el Fuehrer de los tudescos exigía las colonias que fueron alemanas antes de la guerra de 1914. Así se lo había hecho saber al propio Chamberlain poco después de lo de Munich.

Suscitaron los violentos discursos de Hitler y de Mussolini una enorme agitación en Londres y en París. ¡Declaraciones de estadistas y de políticos de diversos colores —no, por supuesto, los Laval ni los Pétain— indignados por la desenfrenada ambición de Berlín y de Roma! ¡Candentes editoriales en periódicos y en revistas! Y como se trataba ya de herirles en su propia tierra, o en tierra y en hombres

que tenían bajo su dominio, buscaron Daladier y Chamberlain la manera de apaciguar de nuevo la voracidad de los totalitarios, a costa de cualquiera, pero no de Francia ni de la Gran Bretaña.

El *Daily Express*, con el visto bueno de las autoridades londinenses, sugirió que se ofreciesen compensaciones al señor Mussolini y al Tercer Reich "a base de algunos territorios africanos, en poder de pequeños países como Bélgica y Portugal, sin recursos suficientes para garantizar la defensa y el desenvolvimiento de esos territorios". A propósito de tan extraordinaria "exploración" periodística, comentó un escritor liberal que Chamberlain no hacía más que mantener la línea de conducta de sus antecesores, resumida en esta frase: "Regalar la piel del vecino para salvar el pellejo propio."

Pero la "exploración" del *Daily Express* sirvió, al menos, para que Londres y París supieran que Alemania, por su parte, no se saciaría con un pedazo del Congo belga, ni con las colonias portuguesas de Macao, Angola y Mozambique. El señor Hitler insinuaba que a esos territorios debían agregarse los mandatos de Ruanda y de Orundi, bajo la protección de Bruselas en el Africa; algunas colonias holandesas; y el Camerún, Madagascar y Togo, que usufructuaba Francia.

Comenzó a producirse, como tenía que suceder, un enorme mal-estar en Bélgica, en Holanda y en Portugal, por el plan de hacerles pagar cuentas ajenas, en tanto que se intensificaba la protesta periodística de numerosos escritores franceses contra la política exterior de Chamberlain, "contraria al espíritu democrático". A esas protestas se unieron numerosos sindicatos de trabajadores, lanzando un manifiesto que terminaba con la siguiente frase: "No permitiremos que el Gobierno de nuestra patria continúe arrastrándose tras la política lamentable del régimen conservador británico."

Era tan fuerte la agitación en Francia contra las nuevas amenazas de los totalitarios, que hasta los diputados que habían aplaudido y respaldado con su voto a Daladier por el Pacto de Munich, acordaron frenar su carrera ya intolerable de entreguismo. La Comisión parlamentaria decidió, al efecto, que no podría el Gobierno hacer ningún arreglo colonial sin previa consulta a la Cámara legislativa.

Igual reacción se operaba también al otro lado del Canal de la Mancha, en donde un grupo de Comunes hizo discutir y aprobar una resolución que decía textualmente: "La Cámara opina que no puede concluirse ningún acuerdo para conceder a Alemania colonias o

territorios bajo mandato inglés, sin la aprobación del pueblo británico.”

La actitud defensiva de los legisladores de ambas potencias preocupó y molestó sobremanera a Chamberlain, Halifax, Bonnet y Daladier, porque habría que consultar con diputados lo que ellos solos, “cuatripartitamente” como en Munich, hubieran podido ofrecerle al Fuehrer. Y para evitar malas inteligencias y cohesionar otra vez su punto de vista, decidieron reunirse en París el 23 de noviembre. ¡Allí se discutiría, por añadidura, la mejor forma de “salvar” a España!

Convenio francoalemán de no agresión

En la fecha indicada y a orillas del Sena estaban ya deliberando Daladier, Chamberlain y sus segundones, que tan excelentes servicios prestaban a los totalitarios. Se sabía, por supuesto, lo que pensaban hacer: dejarles a Hitler y a Mussolini manos libres en España, a cambio de que hicieran un paréntesis en sus reclamaciones coloniales. Pero no pudo cristalizar el nuevo Munich contra la República Española en la capital de los franceses, porque la auténtica España no permitiría que la pusiese nadie en almoneda.

Antes de que llegaran a París los flemáticos apaciguadores londinenses, el Ministro de Estado español ya estaba en la ciudad que se llamó Lutecia. Y allí permaneció, en tanto celebraban sus pláticas los “realistas” de Francia y de Inglaterra. Clara y penetrante se oyó la voz de España, en esta frase del referido funcionario:

“Lo único que puede ser objeto de examen en el orden internacional, es la intervención extranjera en mi país. Lo que nuestro problema tiene de carácter interior, las diferencias que puedan existir entre los españoles, es cosa que solamente hemos de resolver los propios españoles.”

España dió a entender, en otros términos: “Si efectivamente Londres y París se preocupan por la paz, entiéndanse ustedes, señores Ministros de Francia y de la Gran Bretaña, con Hitler y con Mussolini, cuyas fuerzas regulares de invasores tienen encendida la guerra en la península. Nosotros nos bastamos y nos sobramos para entendernos con el generalito Franco y con su grupo cavernario de facciosos.”

Optaron entonces Chamberlain y Daladier, Bonnet y Halifax, por tocar con pinzas lo de España, al comprender que la opinión pública

de sus países y de todo el mundo civilizado estaba en contra de nuevas concesiones a la barbarie. Resolvieron que lo más acertado sería que el famoso Comité de No Intervención resolviese tan intrincado problema. Y como demostración de su "buena voluntad", fracasado lo de París, estuvieron de acuerdo unos y otros en que Chamberlain visitase a Mussolini. ¡A Roma iría Chamberlain, dispuesto a todo, "en nombre de la paz"! El viaje se fijó para los primeros días de enero de 1939.

Pero no sólo se llegó a esas conclusiones en las conferencias del 23 de noviembre de 1938, sino que, sin haberse atrevido a discutir tampoco el problema colonial, porque el "clima" no era propicio para favorecer a los totalitarios, resolvieron además los apaciguadores que Francia y Alemania se dieran la mano y firmaran un convenio, "definitivo y solemne", de no agresión.

¡Creían los geniales diplomáticos del apaciguamiento que en esa forma, con el pacto de amistad francoalemana, obtenían un triunfo sobre Italia, poniendo fin a las reclamaciones estentóreas del Duce para que la República Francesa le entregase Córcega, Túnez y Saboya!

Es lógico suponer que tal proposición fuera recibida con gesto regocijado y amable por los totalitarios, quienes operaban siempre de común acuerdo. Y fué tan decidida la anuencia del grupo munichista para que galos y teutones se abrazaran, que el pacto solemnísimos de no agresión entre Francia y Alemania quedó finalmente suscrito, con las firmas de Bonnet y Ribbentrop, el 6 de diciembre del histórico año de 1938. Se firmó, pues, ese convenio, pocas semanas antes de que Chamberlain se dirigiese a Roma con la idea de compensar a Mussolini, permitiéndole que lanzara todas sus fuerzas sobre Cataluña, lo que vino a provocar el derrumbamiento final de la República Española.

En su visita a la Ciudad Eterna, desde luego, Halifax acompañaba a Chamberlain. Y cuando ya estaba decidida la suerte de España, en el banquete que el 12 de enero le dedicó el Duce a los británicos apaciguadores, no tuvo inconveniente en expresarles que los legionarios italianos solamente ayudaban a Franco por "cuestión ideológica"; pero que tan pronto terminase la guerra con la victoria del Generalísimo sobre los "comunistas", no quedaría ningún soldado italiano en territorio español.

Lleno de optimismo al escuchar promesa tan halagadora, regresó

tres días después Chamberlain a Londres, "muy satisfecho del resultado de su viaje y muy bien impresionado por la cortesía de Mussolini, más convencido que nunca de la buena fe y de la buena voluntad de aquel Gobierno".

Entretanto, mientras el señor Chamberlain exaltaba "el pacifismo y la sincera actuación" del bufonesco Duce, lanzaba Italia sus divisiones motorizadas sobre los pueblos y las ciudades del territorio catalán. Los aviones de bombardeo dejaban caer centenares de toneladas de explosivos sobre la población civil de la España "roja". Y los diarios italianos, cínicamente, se referían al victorioso avance de sus fuerzas y a la desmoralización completa de los republicanos, quienes en masa, ya vencidos, se retiraban desordenadamente hacia los Pirineos.

Tuvo lugar el colapso de Cataluña en los primeros días de febrero de 1939. Todavía hubiera sido posible resistir en Madrid y en algunas otras regiones del Centro y de Levante, si las democracias hubieran apoyado decididamente a la República, cuya derrota ponía en grave peligro a Francia.

No hubo manera, sin embargo, de que Londres y París reaccionaran por su propia conveniencia, pues más le temían las plutocracias al movimiento social antifascista y al fantasma del comunismo que a sus aliados de Roma y de Berlín.

En esas condiciones, después de casi tres años de incesante lucha, sobrevino el derrumbamiento definitivo del Estado republicano español y la entrega de Madrid a Franco, el 4 de abril de 1939. Hicieron esa entrega varios militares y políticos que habían desconocido al Gobierno constitucional, y que volvieron sus armas contra los que querían seguir defendiendo la integridad y el honor de España.

El resto de Checoslovaquia, Memel y Albania caen en poder de los totalitarios

En la lección anterior quedó explicado que a pesar de lo convenido en Munich, y de las repetidas declaraciones de Hitler afirmando que no tenía nuevos reclamos sobre Checoslovaquia, se anexionó decididamente el Reich todo lo que quedaba de la sacrificada República checoslovaca. Lanzó el Fuehrer sus poderosos ejércitos mecanizados con dirección a Praga, precisamente cuando ya Cataluña había caído en poder de los totalitarios, y cuando en Madrid preparaban la

capitulación de la heroica villa los que habían desconocido al régimen legítimo del Frente Popular.

Tan trágico y tan doloroso como el caso de España fué el de Checoslovaquia, descuartizada finalmente junto con la República Española, y con procedimientos más o menos semejantes de quintacolumnismo. Emilio Hacha, sucesor del Presidente Benes después del Pacto de Munich, fué el instrumento de Hitler para la entrega de su país.

Iniciada ya la ofensiva teutona en territorio checo logró el Fuehrer que Hacha se dirigiera a Berlín, en donde, como remate de una larga conferencia que tuvo lugar en la noche del 14 al 15 de marzo de 1939, el infortunado sucesor de Benes puso a su patria bajo la "protección" del Reich. Se formó entonces el protectorado de Bohemia y de Moravia, con fuerzas alemanas de ocupación y con el señor Hacha en calidad de gobernante marioneta.

Cuatro días antes, el 10 de marzo, habían organizado los nazis el Estado "independiente" de Eslovaquia, que durante veinte años formó parte de la nación forjada por Tomás Garrigue Masaryk. Y pocos días después de la capitulación o de la traición de Hacha, el 22 de marzo, presentó Hitler un ultimátum a Lituania, para que le entregara sin condiciones el territorio de Memel, en la frontera noreste de Alemania. Imposibilitados los lituanos para oponer resistencia a la maquinaria bélica del Reich, sus gobernantes no tuvieron más remedio que ceder ante la fuerza y entregar el territorio que se les exigía.

Culminaron todas estas agresiones totalitarias con la invasión del pequeño reino de Albania, en abril de 1939, realizado justamente en el curso de la semana santa por las fuerzas fascistas italianas. Al cabo de una infructuosa resistencia del rey Zog, Albania cayó en poder de Mussolini, quien puso la corona del monarca destronado, como en el caso de Abisinia, sobre la cabeza del Rey y "Emperador" Víctor Manuel.

Para entonces ya estaba reconocido por Inglaterra y por Francia, como gobernante único y legal de España, el militar faccioso Francisco Franco, instrumento servil de los totalitarios. ¡Reconociéndolo y halagándolo, con la espalda vuelta a la realidad y con el anciano Mariscal Pétain —¡su maestro!— de Embajador francés en Madrid, se imaginaban Chamberlain y Daladier que sería fácil neutralizar al

“Generalísimo”, y aun ponerlo en pugna con sus amos y protectores de Roma y de Berlín!

Para entonces, también, habían cometido los incomprensibles apaciguadores la nueva y criminal torpeza de reforzar todavía más al señor Hitler, con armas y municiones checas en cantidades fabulosas. Al efecto es necesario dejar constancia en estas páginas —como ya lo ha hecho el autor en otras publicaciones— de que los señores Chamberlain y Daladier, a pesar de cuanto estaba ocurriendo, no se conformaron con haberle dejado a Hitler, en el caso de Checoslovaquia, los grandes centros industriales y militarmente estratégicos de ese país.

Lo inexplicable, lo delictuoso es que en el mismo mes de marzo, según los datos concretos que nunca fueron negados por las autoridades francobritánicas, y que dió a la publicidad el diputado y escritor francés André Marty, Londres y París fortalecieron más aún la posición del Reich con un equipo ultramoderno de material de guerra. ¡Chamberlain y Daladier entregaron todo eso al Fuehrer, naturalmente, para que Alemania decidiera por fin atacar a Rusia!

Pero ya se comprenderá que tales armas y tal apoyo de las democracias europeas a la barbarie, sólo sirvieron para que el capataz tudesco cometiera en esos mismos días los nuevos atentados a que se ha hecho referencia en los párrafos anteriores. De acuerdo con la información no desmentida del señor Marty, las armas de Checoslovaquia, entregadas en marzo a Hitler, fueron las siguientes:

1,600 aviones, 514 cañones antiaéreos, 2,175 piezas de artillería, 758 lanzallamas, 459 tanques, 43,876 ametralladoras, 1.190,000 rifles, 3.000,000 de obuses y más de 1,500.000,000 de cartuchos, junto con una enorme cantidad de materiales para construcción de puentes, reflectores, vehículos motorizados y todos los demás implementos bélicos que tenía Checoslovaquia. Es natural que todas esas armas fuesen de gran utilidad al Reich para redondear su conquista del territorio checo y para evitar la resistencia de los lituanos en el caso de Memel.

¿Cuál fué entonces la reacción de Chamberlain, al darse cuenta de que Hitler faltaba una vez más a sus compromisos internacionales, violando en forma escandalosa todo lo pactado y todo lo convenido antes de Munich, en Munich y después de Munich? La realidad,

como es lógico suponerlo, le dió razón completa a los que habían combatido la política absurda del apaciguamiento. Y al Primer Ministro de la Gran Bretaña no le quedó otra disyuntiva, por consiguiente, que adoptar una nueva táctica frente a los agresores, completamente distinta de la que había seguido.

Para darle forma a su plan de futura resistencia empezó Downing Street con una serie de maniobras diplomáticas, encaminadas a ofrecer garantías y apoyo a Polonia, Rumanía, Grecia y la República Otomana, procurando al mismo tiempo acelerar el rearme de la Gran Bretaña y conseguir una alianza con el Soviet; pero en forma tan poco hábil lo relativo a Rusia, y por mediación de funcionarios ingleses de categoría tan secundaria, que las semanas iban pasando sin que Londres y Moscou llegasen a ningún arreglo.

La táctica del señor Chamberlain parecía más bien una maniobra política de simple exploración, con la que trataba de hacerle ver al Fuehrer que la Gran Bretaña, si los nazis continuaban amenazando y perturbando la paz de Europa, se vería forzada a entrar en una alianza con la Unión de las Repúblicas Soviéticas; es decir, con el fantasma comunista que tanto odiaban y temían la plutocracia europea y la barbarie y la ambición de los germanos.

Pero al señor Hitler no le preocupaban las quejas, ni las maniobras diplomáticas, ni las protestas orales de sus atemorizados cómplices de Munich. Mientras los llamados demócratas discutían y se llevaban las manos a la cabeza, el nacional socialismo alemán operaba con la fuerza de las armas y con el poder incontrastable del quintacolumnismo, que era la más firme avanzada de Berlín en las naciones cuyo dominio y cuya servidumbre necesitaban los arios, "de pura raza", para seguir realizando los proyectos del *Mein Kampf*.

Demasiado tarde reaccionaban Inglaterra y Francia; vale decir, la Inglaterra y la Francia de Chamberlain y Daladier, de Bonnet y Halifax, de la City de Londres y de las doscientas familias de París. Porque mientras toda esa espuma plutocrática seguía quejándose y alzando los brazos al cielo, ya eran "hechos consumados" la conquista de Abisinia, la reincorporación de la Rhenania al territorio alemán, la anexión de Austria, el derrumbamiento de España, el descuartizamiento de Checoslovaquia, la toma de Memel y la conquista de Albania.

Frente a esos "hechos consumados" no valían para nada las ma-

niobras del señor Chamberlain, ni sus débiles amenazas, ni su comentada frase en la que dijo que los nazis, al final de cuentas, "se arrepentirían amargamente de lo que estaban haciendo".

CUESTIONARIO

1. *¿Quedaron satisfechos Hitler y Mussolini con las concesiones que habían obtenido de las democracias en 1938?*
2. *¿En qué forma pretendían resolver Chamberlain y Daladier el problema colonial planteado por los totalitarios?*
3. *¿Cuándo se firmó el convenio francoalemán de no agresión?*
4. *¿Qué resultados tuvo, en relación con España, la visita de Chamberlain a Mussolini en enero de 1939?*
5. *Referirse al descuartizamiento total de Checoslovaquia, a la anexión de Memel y a la conquista de Albania, anotando la actuación del Presidente Hacha.*
6. *Explicar cuál fue la reacción de Chamberlain, al darse cuenta de las nuevas violaciones cometidas por Berlín y Roma a todo lo pactado antes de Munich, en Munich y después de Munich.*

LECCION XXI

ESTALLA POR FIN LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

*Sangrientas persecuciones antisemitas perpetradas
por los nazis en el viejo mundo*

QUEDARON reseñadas en los últimos capítulos las “ofensivas de nervios” que, durante largos meses, hábilmente organizadas por los nazis, mantuvieron a Europa en constante tensión. Se explicó también cómo esas ofensivas vinieron a parar en el derrumbamiento de España, el descuartizamiento de Checoslovaquia, la anexión de Memel y la conquista de Albania.

Pero, además, parece necesario referirse a otros hechos, verdaderamente monstruosos, que hubieran sido suficientes para que Londres y París reaccionaran contra crímenes tan incalificables como los que se sucedían, uno tras otro, desde la caída de Austria. Para que reaccionaran, en último caso, al comprender que los postulados del *Mein Kampf* se iban cumpliendo, inexorablemente, conforme las hordas hitleristas se apoderaban de distintos pueblos europeos. Aleccionador, sin duda, era lo relacionado con la campaña antisemita.

¡Incendios de sinagogas; asaltos constantes de tiendas, de pisos y de barrios enteros habitados por judíos; desmanes, que causaban pavor, contra los israelitas de Viena y de las demás regiones ocupadas, en la misma forma en que venían los nazis persiguiendo, ultrajando y expropiando a los de Berlín, de Munich y de otras capitales del propio Reich!

De acuerdo con los lineamientos en que descansa la doctrina de la superioridad racial de los arios, quedó establecido, por medio de leyes y decretos especiales, que los judíos son de “raza inferior”; que tienen la “sangre envenenada”; que son “criminales por naturaleza”; y que aun los nacidos y formados en Alemania, en el curso de varias generaciones, deben declararse como “extranjeros”, desprovistos de todos sus derechos civiles, expuestos a comparecer ante los tribunales por su crimen de “vergüenza racial”, y condenados a ser barridos de toda clase de actividades comerciales y profesionales.

Según las famosas leyes nacional socialistas de Nuremberg, el

matrimonio entre judíos y "arios" quedó absolutamente prohibido y considerado como uno de los más graves delitos que pudieran cometer los súbditos del Fuehrer, llegándose a tales extremos de intolerancia y de crueldad, que se aplicaron sanciones, con efecto retroactivo, a matrimonios efectuados muchos años antes de que Hitler soñara con imponer su arbitrariedad y su locura en territorio alemán.

Como consecuencia de la persecución antisemita en Alemania, cada vez en mayor escala, se calcula que más o menos la mitad de los israelitas del Reich, o sea unos trescientos mil judíos, tuvieron que salir violentamente de su patria, después de sometérseles a terribles humillaciones, de haber sido confiscada su propiedad y de obligarles a dejar en el país a los maridos o a las esposas de raza "aria", que habían formado hogar con la semita o el semita desterrados. Estos, sin embargo, tenían que llevarse consigo a los hijos del matrimonio en desgracia, porque ya sus descendientes llevaban en las venas "sangre podrida".

Médicos, profesores, artistas, escritores, hombres de ciencia, entre ellos Einstein y el austríaco Freud, tuvieron que salir al exilio. El monumento al poeta Heine fué destruído en Hamburgo por los fanáticos de Hitler. Y la música de Mendelssohn y de Offenbach quedó absolutamente prohibida en Alemania.

Pero los atentados y las más horribles masacres contra los judíos, que por millares llenaban ya los campos de concentración, tomaron caracteres verdaderamente trágicos durante los días 10 y 11 de noviembre de 1938, en represalia por la muerte misteriosa de un secretario de la Legación alemana en París.

Fué entonces tan intensa la repulsa en el exterior por esos actos vandálicos, tan rotunda y tan unánime la protesta de todas las naciones civilizadas por la nueva serie de atentados antisemitas de los nazis, que el Fuehrer trató de disculparse con sus ya conocidos argumentos demagógicos. Mas no era posible que pudiera excusar en ninguna forma los crímenes horrendos de sus lugartenientes y de las turbas nacional socialistas, porque los mismos funcionarios del Reich ratificaban, con sus acuerdos y con sus soberbias declaraciones, lo que el capataz tudesco trataba de negar.

El tenebroso doctor Goebbels, por ejemplo, más que una disculpa hizo publicar, en su carácter de Ministro de Propaganda, la siguiente advertencia, cuyos términos inconcebibles aumentaron en toda nación civilizada las voces de condenación y de odio al salvajismo. Dijo

Goebbels, el 11 de noviembre: "La intensidad de las represalias, que estamos dispuestos a intensificar en toda forma, dependerá de la actitud que contra el Reich asuman los judíos en el extranjero".

El otro brazo derecho de Hitler, el Mariscal Goering, lanzó a su vez una orden, fechada el 12 de noviembre, por la cual se dispuso castigar, no a los culpables de los atentados sino a los perseguidos. La orden de Goering rezaba en síntesis: "Los daños en perjuicio de las empresas, del comercio y de las viviendas semitas, como resultado de la indignación del pueblo alemán por la campaña del judaísmo internacional contra el Estado nacional socialista, tendrán que ser íntegramente reparados y sufragados por los propietarios y por los mercaderes judíos. Los derechos de seguro sobre la renta —agregaba la orden— y otros valores movibles que pertenecen a judíos de nacionalidad alemana, quedan confiscados, desde luego, en provecho del Reich".

En la misma fecha informó desde Berlín el corresponsal francés de *Le Figaro* que, para entonces, había en Alemania más de 35,000 judíos detenidos en diversos campos de concentración. Agregaba el corresponsal de dicho diario que la policía estaba expulsando de sus casas a mujeres, ancianos y niños, quienes tenían que pasar la noche en los jardines públicos. Debe advertirse que *Le Figaro* era y es un periódico reaccionario, anticomunista y simpatizador tan destacado de los nazis, como ya lo eran desde tiempo atrás Pétain, Laval y los demás miembros de la Cruz de Fuego.

Por su parte Franz Wagner, jefe nazi de los camisas pardas de Munich, publicó el mismo día 12 una proclama, de la cual vale la pena recoger estas pocas palabras: "Los judíos han recibido la contestación que merecen; sus sinagogas han sido incendiadas; hemos cerrado sus almacenes; hemos aniquilado su comercio y arrasado sus hogares. Los más insolentes y destacados israelitas están en la cárcel. Haremos aquí en Munich una gran demostración contra el mundo judío y sus aliados negros, católicos y rojos".

Otra vez Goebbels, ya no como Ministro de Propaganda sino como Presidente de la Cámara de Cultura del Reich, quiso hacer alarde de la forma despectiva en que recibía la crítica mundial, y de la forma en que daba cumplimiento a sus funciones "culturales", con el siguiente úkase: "Prohíbese a todos los directores de teatros, organizadores de conciertos y de conferencias, a las empresas de cine, a los directores artísticos y de danza, que permitan a los perros judíos

la visita o el acceso a sus espectáculos. Toda violación de esta orden acarreará sanciones severísimas para los empresarios pero, sobre todo, para los insufribles y rabiosos hijos de Sión”.

Sería interminable relatar los atentados, los incendios, las expropiaciones, los asesinatos, los asaltos a mujeres indefensas y las increíbles escenas de horror que tuvieron lugar en Alemania durante la segunda semana de noviembre de 1938. Estos tres apuntes —y no de fuentes que pudieran considerarse “rojas”— dan una idea clara de los procedimientos nazifascistas.

“Existía en Soden un sanatorio israelita para tuberculosos; las fuerzas de choque del señor Hitler arrojaron de allí a todos los enfermos.” “Funcionaba en Caput un orfanato judío; las autoridades nacional socialistas lo cerraron y expulsaron del edificio a los pequeños y aterrados huérfanos, a quienes sólo se les concedió media hora para coger sus ropas y marcharse.” “En el barrio judío de Grenadierstrasse la acción devastadora de los nazis fué particularmente violenta. El interior de los almacenes quedó completamente destruído; y los objetos más diversos, sacados a la calle, fueron incendiados en grandes piras.”

¡Ni Su Santidad Pío XI, a pesar de su actitud y de sus oraciones pontificales en favor de Franco, protegido del Fuehrer y del Duce, pudo escapar de la furia de los hitleristas, pues no se sabe en qué forma descubrieron los biógrafos o los biólogos nazis, que también el Papa era judío! Así rezaba un mensaje curiosísimo sobre el particular:

“Berlín, noviembre 17 (A. E.).—El jefe hitleriano de la región de Nuremberg, Streicher, pronunció un discurso en Colonia en el cual declaró que Dios, por medio de Hitler, ha dado al pueblo alemán el encargo de resolver la cuestión judía en el mundo. Streicher atacó a la iglesia católica y a varios de sus prelados, agregando que Pío XI defiende a los judíos porque tiene un alto porcentaje de “sangre semita envenenada”. Anunció el alto jefe nazi que hará publicar en breve el árbol genealógico del Papa, en el que se demuestra plenamente que es de puro origen judío.”

Por qué, entretanto, Chamberlain y Daladier seguían “apaciguando” a sus aliados de Munich

Ya se dijo antes de qué manera repercutieron en el exterior sucesos tan reñidos con la calumniada y mal herida civilización occiden-

tal. He aquí, por ejemplo, lo publicado en el *New York Times* del 11 de noviembre de 1938: "Con el consentimiento de las potencias occidentales, apoyo inexplicable, el Gobierno alemán ha extendido recientemente su dominio en el viejo mundo. Estas victorias pacíficas habrían de ser el preludio del apaciguamiento europeo. Pero en lugar de un apaciguamiento asiste la humanidad a escenas ocurridas en Alemania, en el curso de ayer y de hoy, que ningún hombre puede mirar sin sentir vergüenza de sí mismo".

Adviértase que no se basa lo transcrito en informaciones de fuente sospechosa para los reaccionarios, defensores de los "paraísos blancos" del "nuevo orden". Se trata, por el contrario, de grandes empresas capitalistas de publicidad. Y para que a los lectores no les quepa duda sobre el sentimiento de indignación que los atentados nazis provocaban en Norteamérica, un diario todavía más conservador, el *New York Herald Tribune*, escribió editorialmente estos conceptos el día 12:

"Nadie podría suponer que un solo asesinato, que la muerte de un secretario de Legación, pudiese ser tomado tan en serio y tan a lo trágico por Alemania. ¡Por el país que hace apenas cuatro años reorganizó su propio Gobierno asesinando, oficialmente y sin proceso, a sus líderes políticos! Es fácil comprender que se produzca una nueva ola de ultrajes nazis; pero lo que no se concibe es que siendo los nacional socialistas los dueños y los amos actuales de Alemania, puedan imaginarse que fomentando y consintiendo tales actos provoquen otra cosa que el desprecio de los hombres civilizados."

Hasta el ex Presidente Herbert Hoover, olvidando su probada antipatía por todo lo que signifique un mejoramiento efectivo de las masas trabajadoras, hizo también declaraciones fulminantes en su patria contra "los procedimientos bárbaros de los hitleristas, enemigos actuales de la cultura y de la dignidad humana".

Y el Presidente Franklin Roosevelt, con fecha 16 de noviembre, declaró textualmente: "Las noticias recibidas de Alemania en estos días, están causando gran estupor entre el pueblo norteamericano. Si las recibiésemos iguales, no importa de qué parte del mundo, provocarían inevitablemente una profunda reacción de horror y de protesta, idéntica a la que ahora se observa en todas las esferas de nuestro país.

"Me he resistido a creer que cosas semejantes puedan ocurrir en la civilización del siglo veinte, aunque se me informa que tales hechos,

por desgracia, son exactos. Para tener un conocimiento más detallado de la situación que prevalece en Alemania, he pedido al Secretario de Estado ordene a nuestro Embajador en Berlín que se traslade inmediatamente a Washington.”

Manifestaciones iguales de censura —es indispensable repetirlo— tomaban cada día mayor fuerza en los países escandinavos, en Holanda, en Francia, en Bélgica, en Inglaterra y en las demás naciones reconocidas como cultas en Europa y en América. Incluso en el ánimo de Chamberlain y de Daladier tenían que hacer efecto aquellos atentados y el clamor de protesta que suscitaban. Pero ya vimos que a pesar de todo, dominados constantemente por la obsesión del apaciguamiento, siguieron Londres y París en tratos y en componendas con Berlín y con Roma en lo que restaba de 1938 y en los primeros meses de 1939.

¡Por lograr el apaciguamiento procedían en esa forma Downing Street y el Quai d'Orsay! Menos audaz parece esta versión. Porque la otra, la que se desprende de una realidad verdaderamente increíble, se basa en hechos y en datos que no podrían calificarse sino con los adjetivos más duros y severos en cualquier idioma.

Esos datos, recogidos por el diario francés *L'Humanité*, se refieren a los intereses materiales del grupo Chamberlain y de la gran plutocracia europea en poderosas empresas del Reich. En sus columnas señaló *L'Humanité* varios nombres de aristócratas y de financistas “torios”, algunos de los cuales participaron en el Congreso nazi de Nuremberg. Para “empresarios” como los que se señalan en el periódico de referencia, sin otro afán que el lucro y su interés de clase, es natural que no tuvieran primordial importancia los crímenes de sus aliados nazifascistas.

Resulta penoso, desde luego, dar cabida a versión tan en pugna con los principios más elementales de la decencia humana. Algo habría de todo ello, aun cuando parezca increíble que las clases dirigentes de Francia y de Inglaterra, por defender los bienes y las propiedades de su grupo, pusieran en peligro los destinos de su propia patria; y aunque parezca también increíble que esos gobernantes se resignasen a figurar en la Historia envueltos en el ridículo, constantemente burlados por Hitler y por Mussolini, ante la perplejidad de sus contemporáneos.

Mas lo que sí se puede afirmar rotundamente; lo que sí vino a comprobarse y a constatarse como evidencia irrefutable es que Cham-

berlain y Daladier, con sus lugartenientes y con los funcionarios que les rodeaban; con el grupo de los "tories" y con la plutoaristocracia francesa de las doscientas familias, estaban plenamente seguros de que prestando a Hitler toda su cooperación, los ejércitos teutones pelearían por ellos contra el Soviet, alejando así de Europa el peligro, que tanto temían, de una transformación social.

Hechas las consideraciones anteriores valdría la pena, a título de simple información, ahondar en las denuncias y en las biografías de algunos hombres destacados cuya lista publicó *L'Humanité*. Pero considerado ese periódico como de extrema izquierda —¡a su Director, el señor Péri, lo fusilaron Pétain y la Gestapo en septiembre de 1941!—, acaso sea preferible no insistir demasiado en lo que hacían y deshacían lord Runciman y el señor Stamp, directores del London Midland and Scottish Railway; Montagu Norman, Gobernador del Banco de Inglaterra; Mac Gowan y el propio Chamberlain, con sus fuertes inversiones en el gran trust de las industrias químicas inglesas, asociado a su vez con el gran trust químico alemán, en el que participaban los accionistas británicos con una aportación efectiva de 9,540,677.00 libras esterlinas; lord Cline, lord Brocket, Harry Duncan, lady Guinness, lord Lothian, el marqués de Londonderry y otros banqueros y financiadores multimillonarios de las más poderosas empresas interimpérialistas del viejo continente.

Toda esa trabazón financiera; el haberle informado Montagu Norman al Gobierno de Francia, desde la época de Leon Blum, que el Banco de Inglaterra estaba dispuesto a tomar represalias si el Quai d'Orsay no seguía la política de Londres; el haber pretendido valorizar la entrega de Checoeslovaquia en 10,000,000.00 de libras esterlinas, suma que ofrecieron los banqueros de la City al nuevo régimen de Praga, no obstante que el territorio y las industrias de la nación sacrificada, que se le entregaron al Reich "sin avería", costaban diez veces más; la necesidad de salvar los enormes créditos de los prestamistas londinenses en favor de los facciosos españoles encabezados por Franco; el petróleo, la gasolina y los productos de toda clase que la Royal Dutch y otras corporaciones británicas habían proporcionado, en grandes cantidades, tanto a los invasores japoneses de la China como a los rebeldes de Burgos; todas esas maniobras financieras, en fin, que nada tenían que ver con la civilización occidental ni con la fe católica —y el temor a Rusia, por supuesto— expli-

can, con más o menos elocuencia, buena parte de la tragedia europea y de la política falaz del apaciguamiento que precedió a la segunda guerra mundial.

*Con el ataque a Polonia fracasó el apaciguamiento
y comenzó la guerra*

Mas he aquí que de nada sirvieron los arreglos de las democracias con el totalitarismo, ni el descuartizamiento de las primeras víctimas de la agresión nazifascista, ni las poderosas ligas financieras del intercapitalismo europeo, para detener la segunda guerra mundial de nuestro siglo. Estalló la hecatombe, inevitablemente, el 1º de septiembre de 1939, cuando los ejércitos del Reich se lanzaron al fin sobre Polonia, y cuando Londres y París no tuvieron entonces más remedio que romper hostilidades, dos días después, con el Estado alemán.

De acuerdo con frecuentes discursos de Hitler —aunque bien es cierto que iguales promesas de paz había hecho el Fuehrer en los casos de Austria y de Checoslovaquia—, Polonia se podía sentir a salvo de un ataque del Reich. Pero más que por las palabras del señor Hitler, el Gobierno polaco, que no tuvo escrúpulo en tomar participación en los despojos de la nación checa, llegó a creerse realmente seguro en relación con Alemania, porque estaba formado por una camarilla despótica de militares, afines del sistema totalitario, conocidos con el nombre de “El grupo de los Coroneles”.

Estos militares gobernaban, en vida del “hombre fuerte” de Polonia a raíz del Tratado de Versalles, el Mariscal Pilsudski; y después de su muerte en 1935, con el respaldo de los más grandes latifundistas del país; con los líderes liberales de la oposición, encarcelados; con parlamento y constitución en forma simplemente nominal; de acuerdo, pues, con los métodos dictatoriales y antihumanos de los nazis.

Régimen de tal naturaleza era lógico que olvidara los postulados y los convenios de Locarno, ya referidos en lecciones anteriores; que se alejara de las democracias; y que procurase un acercamiento con sus viejos enemigos los germanos. Se llegó así al convenio de no agresión entre Hitler y Pilsudski, firmado el 26 de enero de 1934 por un término de diez años.

Fué Polonia, en realidad, el primero de los oponentes de Alema-

nia en la guerra de 1914 que tomó una actitud tan decidida en favor del Reich y en contra de los que fueron sus aliados y le hicieron justicia en Versalles, devolviéndole su independencia y su territorio, por cuya recuperación había estado luchando el pueblo polaco durante más de 120 años.

Creyó entonces el régimen dictatorial de Varsovia, enemigo rotundo, además, de las Repúblicas Soviéticas, que de ese modo estaría respaldado y fortalecido, a la sombra y al amparo de las swástica. Y se basaba esa confianza, por otra parte, en que el convenio germanopolaco antes mencionado establecía que ambas partes, respetuosas en todo momento del Pacto Briand-Kellogg, "buscarían en caso de diferencias una solución por medios pacíficos, sobre la base de un convenio mutuo; y que por ningún motivo recurrirían a la fuerza para solucionar tales conflictos".

No satisfecho con engañar a Europa mediante acuerdos tan tranquilizadores, una y otra vez profesaba Hitler su amistad por Polonia en frases como las siguientes: "Reconocemos al Estado polaco como el hogar de un gran pueblo patriótico, con la comprensión y la cordial amistad de naciones sinceras". Las palabras transcritas forman parte del discurso que pronunció el Fuehrer en el Reichstag, el 21 de mayo de 1935. Estas otras son tomadas de su discurso en el mismo sitio, pronunciado el 20 de febrero de 1938: "El Estado polaco respeta las condiciones nacionales en este país, y Danzig y Alemania respetan los derechos que Polonia tiene allí adquiridos".

Más adelante, el 26 de septiembre de 1938, y el 31 de enero de 1939, refiriéndose otra vez a la ciudad libre de Danzig, puesta bajo el control de Polonia, así como al Corredor polaco que une a Polonia con el Mar Báltico, volvió Hitler a declarar rotundamente: "He podido llegar a una inteligencia con Polonia, porque reconozco que una nación de 33,000,000 de habitantes se esforzará siempre en tener una salida al mar. Sobre este punto no cabe discusión, pues los pueblos del Reich y de Polonia deben vivir al lado el uno del otro, sin que ninguno de ellos pueda chocar ni eliminarse".

Y agregó el señor Hitler: "Hemos dado garantías a todos los Estados del oeste. Hemos asegurado a todos nuestros vecinos inmediatos la integridad de su territorio, porque no tenemos ningún interés en alterar la paz. Nuestro pacto de no agresión con Polonia fué y seguirá siendo una contribución más que valiosa a la paz europea, y lo respetaremos incondicionalmente. Esto no es una frase vacía:

es nuestra sagrada voluntad. No tenemos ningún interés en alterar la paz. No queremos nada de los pueblos que nos rodean”.

Pero dos meses después, en marzo de 1939, cuando ya los totalitarios tenían cercada a Francia con el dominio de España y de Checoslovaquia, olvidó el capataz del Reich todas sus promesas y todos sus tratados, exigiendo que Danzig y el Corredor se le entregaran al Reich. Sus demandas, a pesar de los esfuerzos de Chamberlain para negociar un arreglo pacífico, se hicieron más violentas en agosto de 1939, cuando Hitler estaba convencido de que las maniobras indecisas de la Gran Bretaña, para ponerse de acuerdo con el Soviet, se podían dar por fracasadas.

En el capítulo siguiente se hará una relación sintética de cómo el propio Chamberlain, los grandes intereses plutocráticos de su país, los quintacolumnistas franceses y el “Grupo de los Coroneles”, principalmente —no importa que se trataba de defender a Polonia—, obstaculizaron a tal extremo la alianza de las democracias con el régimen socialista ruso, que no tuvo más remedio el Gobierno de Moscou que ponerse en guardia y firmar su discutido pacto de no agresión con Ribbentrop, el 23 de agosto de 1939.

El 1º de septiembre, cuando ya el líder nazi Forster había proclamado la unión de Danzig con Alemania, y cuando tropas y agentes disfrazados del Reich tenían ocupada y dominada esa ciudad, decidió Hitler invadir todo el territorio polaco con sus numerosas columnas mecanizadas. Vencido aquel heroico pueblo por la ineficacia de sus defensas y por la baja moral del famoso “Grupo de los Coroneles”; disuelto ya el Gobierno de los militares, de las castas privilegiadas y de los latifundistas; minada, en suma, la resistencia de Polonia al invasor tudesco, entraron entonces los rusos en acción, ocupando vastas regiones de la Ukrania polaca y de la Rusia Blanca, que con anterioridad formaron parte del Imperio czarista.

Posteriormente ha podido evidenciarse la razón que tuvo Rusia para evitar que los nazis se apoderaran de un territorio como aquel, indispensable para su seguridad y para su defensa, y cuya completa libertad es uno de los postulados que Londres, Washington y Moscou tienen en su programa de la victoria.

¡Bien merece recuperar su patria un pueblo así, de acuerdo con lo convenido con el General Sikorski, nuevo Jefe del Gobierno libre de Polonia! Se formó ese gobierno en la capital inglesa con elemen-